



## DOÑA LUZ.

---

XX.

LA CARTA MISTERIOSA.

**L**A llegada de un forastero, con especialidad si el forastero gasta levita y *colmena*, esto es, sombrero de copa alta, es siempre un acontecimiento extraordinario en todo lugar de tierra adentro en Andalucía. La curiosidad se excita vivamente, y no hay nadie que no pregunte:—¿A qué habrá venido por aquí este señor?

Esto preguntaban los *villafrianos* ó *villafriescos* apenas vieron á D. Gregorio. Y la curiosidad se decupló, ó poco ménos, cuando se supo que el tal D. Gregorio había ido á albergarse en casa de doña Luz.

A más de la curiosidad, siempre se despiertan en las poblaciones pequeñas otros sentimientos más nobles con la llegada de cualquier forastero: el de la sociabilidad y el de la cortesía.

Los señores del pueblo se apresuran á visitar al forastero y á ponerse á sus órdenes; y así lo hicieron con D. Gregorio los principales magnates ó próceres de Villafría.

Claro está que la visita, aunque por cortesía se haga, no es menester que se encierre dentro de los límites de la mera cortesía. *Lo cortés no quita lo valiente*; y, por lo tanto, se dirigen al recién venido cuantas preguntas importan para indagar quién es, á qué viene y qué se propone.

En cambio, se suele informar al forastero, aunque nada pregunte, de cuanto ocurre en el lugar, exagerando por fachenda la riqueza y prosperidad de sus habitantes.

De esto último estaban muy curados y escarmentados en Villafría, porque hacía poco que habían recibido una durísima lección.

Vino al pueblo cierto forastero, que en el camino trabó conocimiento con el hijo de uno de los más pudientes hacendados, el cual también venía de viaje. Este señorito llevó al forastero de visita en casa de su padre, que era el que más escupía por el colmillo en Villafría en punto á hablar de onzas de oro y á ponderar la abundancia y grandeza con que vivía. A las pocas preguntas del forastero, el hacendado le dijo todo lo rico que era, triplicando sus facultades. Tenía un alambique que andaba durante cuatro meses, y le dijo que tenía dos que andaban todo el año, y con frecuencia de día y de noche. Tenía un molino aceitero con una prensa hidráulica, y le aseguró que tenía tres con otras tantas prensas. Había cogido cinco mil arrobas de vino, y le dijo que había cogido doce mil. Había molido dos mil fanegas de aceituna, y le aseguró que eran seis mil y pico las que había molido. No queriendo quedarse muy atrás, los otros hacendados ponderaron también al forastero sus provechos, cosechas é industrias. El forastero se llegó á persuadir de que estaba en Jauja, y entónces descubrió que era un inspector del Gobierno, que venía á ver las ocultaciones de riqueza que había en los pueblos, sobre todo en lo tocante á subsidio industrial.

El pánico en Villafría fué espantoso. El comisionado dijo que se veía en la dura necesidad de poner en noticia de la superioridad los tesoros que allí se ocultaban; y aterrados los mayores contribuyentes, se reunieron al punto en las Casas Consistoriales, y, llamando al comisionado, le rogaron que no los perdiese; que eran pobrísimos, y mentira y vanidad

las tres quintas partes de lo que habían confesado poseer. El comisionado contestó que tal vez habría alguna exageracion jactanciosa, pero que, en verdad, eran más ricos é industriosos que lo que constaba de una manera oficial, y que él tenía que enterarse bien de todo para dar su informe, cumpliendo religiosamente con su deber. Los señores contribuyentes le suplicaron que no se metiese en tales barahundas, que se iba á calentar demasiado la cabeza, y nadie se lo había de agradecer; y, al fin, para acabar de convencerle, echaron entre todos una manga y le dieron ocho mil reales, como ayuda de costas y consuelo en los trabajos de su peregrinacion, con lo cual se fué bendito de Dios con la música ó dí-gase con la estadística á otra parte.

Desde que tuvo lugar esta ocurrencia, la gente de Villafría había depuesto la jactancia y se complacía en ser humilde. La franqueza y la sinceridad les parecían asimismo prendas muy necias y que nunca deben emplearse con los curiosos, comprendiendo toda la práctica sabiduría del proverbio que dice: *A quien quiere saber mentiras en él.*

Procedía de aquí la prudente desconfianza y el hábil disimulo con que los villafriescos hablaban con todo forastero; mas esto no impedía que procurasen saber de él cuanto había que saber.

No fué necesario mucho ingenio para mover á D. Gregorio á que dijese el objeto de su viaje. Ya no había en esto secreto alguno, y D. Gregorio lo dijo todo.

El pasmo y la estupefaccion se extendieron al instante por todos los ámbitos de Villafría, con la nueva de que doña Luz era millonaria: heredera de una fortuna enorme.

Para D. Acisclo fué la sorpresa no inferior á la de todos sus compatriotas.

Nada distaba más de su mente que la herencia de doña Luz; pero D. Acisclo sabía y aguardaba la venida de D. Gregorio, aunque ignorando á qué venía.

Poco ántes de morir el Marqués, teniendo aún á la cabecera de la cama al cura D. Miguel, con quien acababa de confesarse, había hecho venir á su presencia al bueno de don Acisclo; y á solas con él y con el cura, exigió de D. Acisclo,

bajo juramento de guardar el más profundo secreto, que cumpliría á su tiempo una comision que iba á darle.

Don Acisclo prometió y juró ser muy sigiloso, y el Marqués dijo al cura que abriese un cajon de su bufete, donde encontraría una carta cerrada y sellada, que decía en el sobrescrito: *A mi hija Luz.*

El cura encontró luégo la carta, y entónces, exigiendo tambien del cura que no hablase de aquella carta con nadie, considerándola como secreto de confesion, el Marqués le recomendó que la custodiase y no la entregase sino á D. Acisclo, el cual no había de pedírsela hasta que viniese á Villafría un señor llamado D. Gregorio Salinas, ó hasta que pasasen dos meses de la muerte de una señora que vivía en Madrid, llamada la Condesa de Fajalauza. Para esto, D. Acisclo debía tener con cautela y discrecion á algun sujeto en Madrid encargado de avisarle cuando muriese la Condesa, y no bien cumplida cualquiera de las dos condiciones, D. Acisclo había de tomar la carta y llevársela á doña Luz. Caso del fallecimiento del cura, la carta debía pasar á poder de D. Acisclo, y caso de fallecer éste, él mismo debía designar á persona que le sustituyera en el encargo de entregar la carta misteriosa.

Don Acisclo tenía, aunque envuelta en el debido respeto, tan mala opinion del juicio de su pobre y arruinado amo, que, á pesar de toda la solemnidad de lo que le encargaba, no quiso darle importancia alguna, y lo que ménos le pasó por la cabeza fué que aquella carta pudiese tener relacion con algo que se pareciese á dinero. Don Acisclo dió por evidente que la tal carta sería alguna nueva tontería del Marqués.

Sin embargo, segun queda dicho ya varias veces, D. Acisclo era un varon recto y temeroso de Dios; jamás faltaba á la probidad ni á la justicia, tratando de conciliarlas con su medro; y cumplía fielmente los encargos cuando el cumplirlos costaba poco ó nada. Así fué que guardó el secreto de la carta durante años y años, y tuvo siempre encomendado á un amigo de Madrid que le notificase la muerte de la Condesa.

Ya hacía más de dos semanas que D. Acisclo había recibido noticia de dicha muerte, y estaba aguardando el término de los dos meses ó la venida de D. Gregorio.

Esta, como hemos visto, ocurrió mucho ántes de que dicho término se cumpliera.

Don Acisclo fué, pues, á pedir la carta al cura D. Miguel, quien se la entregó sin dificultad, visto que las condiciones se habían cumplido.

Don Acisclo, sabedor ya de los muchos millones que heredaba doña Luz, y comprendiendo á las claras que la carta había de tener relacion con los tales millones, léjos de despreciarla, la consideró como importantísima y trascendente, y se apresuró á llevarla á la persona á quien iba dirigida.

Miéntas la carta permaneció cerrada en manos ya de don Acisclo, y sin llegar á las de doña Luz, aunque transcurrió poquísimo tiempo, D. Acisclo le tuvo de sobra para cavilar y forjar una risueña hipótesis acerca de su contenido.

El Marqués, aunque al morir dejaba á su hija muy niña aún, no lo bastante para que no conociese su soberbia, y como tambien conocía que la dejaba pobrísima, había de haber presumido que su hija se quedaría soltera. ¿Cómo, pues, iba doña Luz á manejarse con tantos millones, sin tener á su lado á un hombre entendido y de toda confianza? ¿Y quién, en la mente del Marqués, podía ser este hombre sino el propio D. Acisclo, que con tanta habilidad y lealtad había administrado sus bienes? D. Acisclo tuvo, pues, por cierto que el contenido de la carta era recomendar á doña Luz con el mayor encarecimiento que hiciese de él su administrador.

Ya sabía D. Acisclo, por boca de D. Gregorio, que los millones de doña Luz estaban en fondos públicos extranjeros, y que ganaban á lo más un seis ó un siete por ciento anual. Esto le tenía indignado. Como buen español y buen católico, se dolía de que explotasen aquel hermoso capital, pagando tan mezquinos réditos, gentes *de extranjis*, herejes ó judíos de seguro. ¿Cuánto mejor empleado no estaría aquel dinero en España, y sobre todo en Villafría y los pueblos cercanos? Era indispensable traer á España aquel dinero. Don Acisclo, con arreglo á sus doctrinas de hacer ganar á su amo ganando él, trazaba ya el plan económico para el manejo de los millones. En vez del seis ó del siete, haría ganar á doña Luz el nueve ó el diez por ciento sobre el capital; tres por ciento de

ventaja; pero, como él hallaría modo de colocar el dinero al doce y hasta al quince, sobre buenas hipotecas ó con escritura de depósito ó con otros medios conminatorios para la seguridad, por aquello de que *el miedo guarda la viña*, D. Acisclo se veía ya convertido en algo como director de un banco hipotecario, de un artilugio ingenioso, de una bomba absorbente, para quedarse con todas las tierras y ochavos de la provincia, haciendo ganar á doña Luz muchísimo más de lo que su capital ántes ganaba.

Don Jaime era desprendido, se ocupaba en cosas de ambición y de política y no en negocios de dinero; el dinero le importaba poco, pues se había casado con doña Luz siendo ella pobre; y sin duda encontraría muy razonable que D. Acisclo administrase los millones é hiciese con ellos la felicidad de Villafría, fomentando su industria y su agricultura.

Revolviendo en su mente estos alegres pensamientos, llegó D. Acisclo á casa de doña Luz, entró en su cuarto y acertó á encontrarla sola como deseaba.

Después de felicitar á doña Luz porque Dios había mejorado sus horas de modo tan estupendo é imprevisto, refirió el encargo que tenía y las circunstancias y solemnidades que hubo cuando se le hicieron.

—Venga esa carta de mi padre, dijo doña Luz con visible emoción.

Don Acisclo entregó la carta.

Ella rompió el sello, la sacó del sobre, y sin decir una palabra más, se puso á leer.

No iría mediada aún la lectura, cuando doña Luz, que comenzó á leer sentada, se puso de pié manifestando intranquilidad.

Don Acisclo, que lo observaba todo, receló algo malo al ver aquello, y dijo para sí:

—¡Diantre! Este Marqués tenía el dón de errar. ¿Si se habrá compuesto de suerte que todo lo de la herencia venga á deshacerse como la sal en el agua? ¿Si encargará á su hija que traspase los millones á otro sujeto?

Mientras que D. Acisclo cavilaba, doña Luz, suspendida por un instante la lectura, cavilaba también.

Una sonrisa arqueó suavemente los labios de doña Luz. Era el resultado de sus cavilaciones. Don Acisclo lo tuvo por buen agüero.

Después doña Luz siguió leyendo la carta.

La sonrisa se fué acentuando cada vez más. Al cabo vino á convertirse en risa algo burlona.

—Es curioso, pensó D. Acisclo. ¿Con qué chistes se descolgará ahora su papá, á los doce ó trece años de muerto, para que ella se ria tan fuera de sazon?

En esto, doña Luz acabó de leer la carta. Volvió á cavilar en silencio, que D. Acisclo no se atrevió á interrumpir, y volvió á reirse un si es no es descompuestamente.

Como doña Luz era la compostura personificada, D. Acisclo se aturdió con tan insólita risa.

Hubo un instante en que cruzó por el pensamiento de don Acisclo que doña Luz se reia sin duda de que su padre le recomendase que le tomara á él por administrador. Don Acisclo se enojó y se enfurruñó un poco.

Doña Luz, sin embargo, en vez de enmendarse, siguió riendo, y terminó por prorumpir en sonoras carcajadas.

—¿Qué pasa? ¿Qué hay de tan gracioso para reir así? dijo D. Acisclo.

Doña Luz no contestó, y rió con más violencia.

Su risa vino á tener muy alarmantes condiciones. Se conocía que era ya independiente de su voluntad: nerviosa, insana.

Ella se había guardado la carta en el seno.

Lo que pensaba, lo que infería de la carta era lo que la hacía reir.

Por último, D. Acisclo, viendo que la risa continuaba, empezó á asustarse.

El rostro de doña Luz se trastornó. Un paroxismo histérico bien marcado se apoderó de ella.

Los sollozos se mezclaron pronto con la risa, y por último, doña Luz cayó al suelo como desplomada, y allí se agitó en fuertes convulsiones.

Don Acisclo tocó entónces la campanilla, llamó á voces á la gente de casa, y acudieron D. Gregorio, Juana, Tomás y otros criados.

Todos se aterraron.

Las convulsiones seguían.

Juana mandó llamar al médico D. Anselmo.

Este, con los recursos de su arte, y obrando también la naturaleza, logró volver la calma á doña Luz, la cual quedó muy postrada.

Don Acisclo y todos los allí presentes se quedaron con el deseo de averiguar la causa moral, como sin duda la hubo, de aquel ataque repentino, tan ajeno á la robustez y condición sana de la Marquesa de Villafría.

Doña Manolita vino á ver á la enferma, y doña Luz tampoco le confió nada.

---

## CONCLUSION.

Habian pasado cuatro meses desde que ocurrió el ya referido ataque.

En este tiempo habían sucedido cosas singularísimas, que nadie acertaba á explicar en Villafría.

Al dia siguiente del ataque había llegado D. Jaime, á quien llamaremos el Marqués, pues ya lo era.

El Marqués aceptó y recogió la magnífica herencia de doña Luz.

Don Gregorio se volvió á Madrid en seguida.

Todo esto era naturalísimo. Lo que no lo era, porque venía á contrariar planes anteriores, conocidos ya de todos, era que el Marqués, en vez de llevarse á doña Luz á la corte, se volvió solo á los cuatro dias de estar en el lugar, y se dejó en él á Doña Luz, bastante delicada é indispuesta.

Los que vieron partir al Marqués aseguraban que llevaba el rostro muy fosco, y que parecía estar de un humor de todos los diablos.

Doña Luz, desde la partida del Marqués, había estado encerrada siempre. Ni para ir á misa salía á la calle. Estaba enferma ó pretextaba estarlo.

Así se pasaron, segun queda dicho, cuatro largos meses.

No había ya tertulia.

Doña Luz sólo recibía á D. Anselmo, á quien ni como á médico consultaba cosa alguna, y á doña Manolita, con quien esquivaba toda conversacion sobre su marido, sobre su he-

rencia y sobre la repentina enfermedad que ella había padecido.

La índole de doña Luz parecía muy cambiada.

Andaba siempre melancólica y taciturna.

Doña Manolita notaba, cuando iba á verla, que tenía los ojos fatigados y rojos de llorar. A veces, doña Luz no podía reprimir el llanto, y en presencia de doña Manolita lloraba.

Durante algun tiempo, la tristeza de doña Luz había sido sombría, reconcentrada y feroz. Su amiga íntima no se había atrevido á preguntarle la menor cosa ni á quejarse de su silencio.

En los dias, no obstante, á que hemos traído nuestra narracion, la tristeza de doña Luz se modificó visiblemente. Se hizo más tierna y más expansiva.

Doña Luz no se limitaba á recibir á su amiga cuando ésta iba á verla, sino que á menudo la mandaba llamar.

Lloraba, suspiraba más, pero estaba ménos sombría. A veces cruzaba una dulce sonrisa por entre sus lágrimas, como rayo de sol entre nubes.

Una mañana, por último, doña Luz escribió á doña Manolita el siguiente billete:

« Querida amiga mia: No puedo callar más tiempo. Mi infortunio me ahoga, me mata, y quiero vivir. Soy muy desgraciada y hay una esperanza que me sonrie. Necesito conservar la vida. Temo que este oculto dolor me asesine. Es menester que te le confiese; que me desahogue contigo; que tu compasion y tu amistad me salven. Ven á verme al punto. Te quiere tu Luz.»

No hay que decir que doña Manolita estuvo á los pocos minutos en el cuarto de doña Luz, la cual se echó en sus brazos, llorando con mucha ternura y besándola y llamándola su único consuelo.

—Todo lo vas á saber, le dijo. Me moriría si no me consolase diciéndotelo. Tú, eres buena y sigilosa. ¿Prometes callarte?

—Lo prometo, contestó la hija del médico.

—Ni á Pepe Güeto, ¿entiendes? ni á Pepe Güeto dirás nada.

—No diré nada ni á Pepe Güeto.

—Pues bien, exclamó doña Luz en voz muy baja, pero con

extraordinaria vehemencia, la causa de mi mal es que he descubierto, á los quince dias de casada, que el hombre que yo imaginé tan noble, tan generoso, tan enamorado de mí, tan digno en todos conceptos de que yo le amara, y á quien dí mi corazon y mi mano, y á quien entregué mi sér y mi vida, es un miserable sin alma.

—¿Estás loca, Luz? ¿Qué motivos tienes para decir palabras tan espantosas?

—¿Qué motivos tengo? Mi padre, sin querer, me lo ha revelado todo en la carta que me entregó D. Acisclo. ¡Fué notable exceso de precaucion!

Y doña Luz empezó á reir con la risa nerviosa que tuvo cuando el ataque.

—Vamos, cálmate, vida mia. Cálmate y habla con reposo, dijo doña Manolita.

Doña Luz logró tranquilizarse y continuó hablando:

—Por temor de que, en el caso de que la condesa de Fajalauza me dejase por heredera, D. Gregorio no cumpliese bien su comision, mi padre, que toda su vida fué descuidadísimo, quiso en esta sola ocasion pecar de cuidadoso. Mi padre confió, quizá tambien por vanidad, toda la historia de sus amores á un antiguo amigo suyo, le entregó papeles que podían obligar y comprometer á D. Gregorio, si éste no se conducía bien como fideicomisario, y le encargó que lo callase y reservase todo como no fuera menester descubrirlo en su dia. Para el caso de que muriese este amigo de mi padre ántes de la muerte de la Condesa, tuvo autorizacion dicho amigo de confiar á su hijo el secreto y de transmitirle la comision. Dicho amigo se llamaba D. Diego Pimentel. Su hijo es mi marido D. Jaime. Muchos años hacía que él sabía que yo podía ser poderosa, pero no le bastó conocer la posibilidad. Necesitó de la certidumbre para enamorarse de mí. Sin la certidumbre, jamás le hubiera yo dado *flechazo*. ¿Te acuerdas cuando tú me decías que le había yo dado *flechazo*? Ya sabes cuál fué la flecha de oro de que se valió amor para hacer tamaño prodigio. Don Jaime no tuvo necesidad de verme para sentirse atravesado de la flecha. Ya la traía en el corazon cuando vino de Madrid, con pretexto de visitar á sus electores. Ya sabía él la muerte

del Conde y que la Condesa estaba moribunda. Mientras vivía el Conde, mientras la Condesa pudo morir antes de que el Conde muriese, se guardó bien D. Jaime de enamorarse de mí. Mira, pues, en lo que viene á parar todo el poema de amor que yo había compuesto. El amor desinteresadísimo que en D. Jaime me enamoró, fué un cálculo seguro de alzarse sin trabajo con diez y siete millones. Don Jaime calculó bien, y no quiso aventurar nada. Me ha engañado vilmente, porque tampoco creyó tan precavido á mi padre para que me hubiese escrito la carta que me entregó D. Acisclo. Don Jaime presumía ¿qué digo presumía? juzgaba tener seguridad de que yo no sabría jamás que él estaba en el secreto de mi herencia. Ahora mi amor se ha convertido en odio y en desprecio. Y no le desprecio y le odio á él solo, sino tambien al amor liviano que logró inspirarme. ¿Por qué me enamoré de él? ¿Por qué cedí tan pronto? Por vanidad de creerme amada; por ligereza; por deslumbrarme como una rústica lugareña de sus cortesanas elegancias. Apénas vale el amor que le tuve un quilate más que el amor que él fingía tenerme. No; no se fundó mi amor en la estimacion de las prendas de su alma que yo desconocía, sino en vana soberbia satisfecha, y en ciegos instintos, en groseros estímulos acaso, al verle gallardo y bello de cuerpo. Me avergüenzo de haber sido suya, y de la inclinacion que me llevó á ser suya. La estancia en que le recibí en mis brazos, despues de las bendiciones nupciales, me causa ahora rubor, como al afrentado le causa rubor el sitio en que sufrió la afrenta. La explicacion que tuve con él, cuando él volvió de Madrid y yo le rechacé al ir él á abrazarme, fué horrible... horrible... Sus infames disculpas, sus burlas cínicas cuando le arranqué la máscara, el desden con que me dijo que yo no sabía vivir y que me había forjado del mundo una idea fantástica, y la insolencia con que acabó por calificarme de loca y de insensata, me han afirmado en mi decidido propósito de una eterna separacion. Al morir á manos del desengaño este amor efímero, al convertirse en hiel esta liviandad legalizada y consagrada que me echó en brazos de D. Jaime, ha revivido en mí otro amor espiritual y con objeto digno; otro amor,

de que yo neciamente me sonrojaba; otro amor que he querido ahogar, que he querido ocultarme á mí propia, y que ahora reaparece immaculado y puro, aunque sin esperanza en esta vida. Por esto he deseado la muerte. ¡Qué diferencia, Manuela! Aquel... ¿no lo sabes?... aquel murió de amor por mí. Para éste soy juguete, medio de poseer una fortuna. Este no comprende siquiera el amor. Le escarnece. Me ha llamado necia y disparatada porque me pesaba de que no me amase de amor cuando se casó conmigo; porque le dije que ha profanado y envilecido mi amor haciéndomele sentir sin él sentirle. ¿Te parece todo esto pequeño motivo para mi desesperacion?

Doña Manolita estaba atolondrada, llena de dolor al ver tan infeliz á su amiga, pero sin saber qué decirle.

Doña Manolita suspiraba, acariciaba á doña Luz, la miraba compasiva, la escuchaba muy atenta, y se callaba.

Por último, se le ocurrió decir:

—Pero ¿qué desesperacion es la tuya? ¿No ponías en tu billete que deseabas la vida? ¿No me hablabas de una esperanza?

—Sí: la tengo, contestó doña Luz. Por ella, sólo por ella no me he muerto.

Y asiendo doña Luz ambas manos de doña Manolita, las puso sobre su regazo, reteniéndolas allí por algunos instantes.

—¿Lo has sentido? ¿Lo has sentido? exclamó entónces doña Luz. Salta en mi seno. Vive en mis entrañas. Yo viviré por él y para él. No quiero creer que una material impresion haya dejado aquí la imágen del hombre que desprecio. Mi espíritu concibe este sér. Mi pensamiento y mi voluntad, durante largos meses, le han prestado y le prestarán forma, y le han dado y le darán alma semejante á la de aquel que me la dió toda. En los besos que estampé en su noble rostro, cuando moría, hubo más verdadero amor que en todos los abrazos que al otro prodigué alucinada.

Dé esta suerte, doña Luz hizo á su amiga sus más íntimas confidencias.

---

Hasta hoy, doña Luz cumple su propósito.

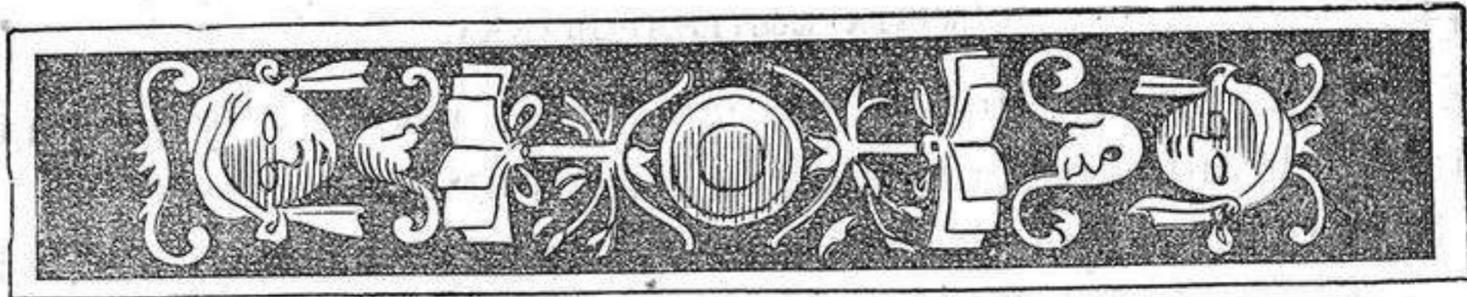
No ha vuelto, y bien se puede afirmar que no volverá nunca, á reunirse con D. Jaime.

Doña Luz sigue viviendo en Villafría, muy retirada de todo trato y conversacion.

Miéntras su marido brilla sobre manera en la corte, ella cuida de un hijo muy hermoso y muy inteligente que Dios le ha dado, y cuyo nombre de pila es Enrique.

JUAN VALERA.





## EL FETICHISMO

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN WESTMINSTER

POR EL PROFESOR

F. MAX MÜLLER.

(Conclusion.)



ÉJOS de nosotros suponer que en ciertas y determinadas circunstancias no valgan tanto por su fuerza demostrativa los racionios abstractos como las pruebas históricas, si bien en este último terreno creemos haber trabajado no poco presentando muchísimas tribus hasta el día tenidas por fetichistas, y que, á pesar de todas las opiniones y prejuicios, poseen ideas religiosas tan sencillas y á veces tan sublimes, que en vano buscaríamos iguales en Homero y Hesiodo.

Sin embargo, como quiera que sea peligroso dejar á nuestra espalda ningun género de fortaleza, bueno será atacar el fetichismo en la nueva forma con que se nos presenta, siquiera sea brevemente.

Parece ser cosa cierta que todos cuantos sostienen la teoría de que el origen universal de las religiones fué el fetichismo, no conciben más sentido de esta palabra que el de objetos casuales, que por una razon ú otra, ó tal vez por ninguna, son

mirados como dotados de excepcionales poderes, y gradualmente elevados hasta la dignidad de espíritus ó dioses.

No conciben estas personas aquel otro significado que puede tener la palabra fetiche, voz que en un principio debió ser sinónima de símbolo, emblema ó señal exterior de cierto poder previamente conocido, que en su origen se creyó diverso del fetiche y que más tarde se creyó residía en él.

Lo dicho nos presenta ya el comienzo de la vida religiosa, de la que el fetiche no debe mirarse más que como estacion muy secundaria.

No basta afirmar, como lo hace el profesor Zeller, «que la fantasía ó imaginacion de los pueblos personifica, cual si fuesen dioses, los séres que carecen de razon y aún de vida.»

La verdadera cuestion que aquí se nos presenta es esta: ¿cuál es la causa que así obra en la imaginacion de los hombres? ¿qué justifica el predicado de Dios que los hombres apropian á ciertos objetos?

Nosotros, pues, nos las habemos de haber con aquella teoría que sostiene ser necesariamente el fetichismo la primera etapa de todo desarrollo religioso. Los mantenedores de este sistema defienden que la religion comenzó de la contemplacion de las piedras, de las conchas, de los huesos y otros objetos semejantes, de los que el espíritu humano asurgió á la concepcion de objetos muy distintos, como espíritus, poderosos dioses, y otros séres elevados llamados con éste ó aquel nombre.

Veamos por partes lo que esta teoría pretende.

Cuando los viajeros, los etnólogos y los filósofos nos dicen que las tribus salvajes tienen á los huesos y árboles como dioses, ¿qué es lo que nos sorprende? Seguramente que no son las piedras, los huesos ni los árboles: no, no es el sujeto de la oracion, sino el predicado que se le aplica, el gran predicado de Dios.

Las piedras, los huesos y los árboles son cosas que todos vemos y en todas partes las encontramos. Lo que el hombre pensador anhela conocer, es cómo de ellas se puede predicar que sean Dios. En esto estriba toda la dificultad.

Si presentándonos un niño su gato nos dice: «Aquí teneis

un animal vertebrado,» lo primero que se ocurre preguntar y saber, es dónde adquirió el niño el concepto de animal vertebrado.

Si un adorador de fetiches nos presenta una piedra diciendo que aquello es su dios, á todos nos vendrá el deseo de conocer dónde oyó el salvaje la palabra dios, y qué es lo que por ella entiende. Y en este punto no podemos ménos de consignar la ligereza con que procedieron ciertos escritores tratándose de religiones antiguas, sin duda por no saber lo árduo de la empresa.

Algunos, por ejemplo, hallareis para los que nada más fácil que hallar una de las religiones primitivas entre los isleños de Fidjé. Aquellos salvajes, dicen, tienen por dioses á las estrellas errantes, de las que las más reducidas son miradas como espíritus humanos, ya separados y libres.

Antes de que para nada nos apoyemos en semejantes asertos, claro está ser deber nuestro conocer á fondo lo que los isleños de Fidjé entienden por Dios, y el nombre con que lo designan. Despues no estaría de más averiguar si el predicado Dios lo aplican aquellos indígenas á otros seres que no sean las estrellas errantes.

Y á la verdad, ¿con qué fundamento nos atrevemos á suponer que todas las ideas de los fidjianos acerca de la Divinidad tienen por único término las estrellas errantes? ¿Quién podrá sostener que los salvajes en cuestion no miran á las estrellas errantes como una de tantas manifestaciones realizadas por un poder divino ya de antemano conocido por ellos en virtud de otros medios?

Si aconteciese lo que en último término hemos dicho, en tal caso toda la cuestion queda reducida á la investigacion de esos medios, y del modo con que tuvo origen el nombre y concepto del algo divino, que es su objeto.

Cuando se nos dice que los poetas de Veda presentan al sol como un Dios, nada más lógico que inquirir el vocablo con que los indios designan el Sér Supremo. Pues bien, nos dicen que se le designa con la palabra *deva*, voz que en su primitivo significado quiere decir *punte*.

Sobre las diversas acepciones de la palabra *deva* pudiera

escribirse un volúmen en folio, y hasta que esta cuestion no quede ámpliamente declarada, será imposible pueda convencerse de que la proposicion que sostiene ser el sol un *deva* para los indios, envuelve ningun género de certeza.

Igual observacion es aplicable á la teoría de que los fidjianos y otras tribus salvajes consideran las estrellas errantes como espíritus humanos libres y separados de los cuerpos. ¿Quiénes son los que aquí se identifican? ¿Las estrellas errantes con las almas, ó las almas con las estrellas errantes?

Nuestros oyentes responderán que todo depende del sentido en que los salvajes tomen la palabra *espíritu*. ¿Y quién es capaz de decírnoslo? ¿Quién está al tanto de la intencion de aquellos isleños? Se nos dirá que somos demasiado exigentes, pero la verdad es que ántes que demos crédito á las muchísimas anécdotas que andan rodando en las obras que versan sobre estudios antropológicos, debemos dilucidar las cuestiones etnológicas y sicológicas, que dejamos consignadas.

¿Cómo debe entenderse, por ejemplo, la creencia que se atribuye á los negros de Benin, para los cuales no son las almas más que puras sombras?

Si los negros toman la voz alma en el sentido que más ordinariamente se le da, la proposicion consignada nos parece bastante improbable, por la razon sencilla de que ningun hombre, por ignorante que sea, dirá jamás que su alma no es más que la sombra de su cuerpo.

No basta decir que el espíritu es una especie de sombra, una cosa impalpable; lo que precisa determinar es si los negros sostienen ser alma una sombra y nada más que una sombra. Nosotros mismos no conocemos al espíritu por sí mismo y en su intrínseca naturaleza, sino por sus manifestaciones, á pesar de lo cual, y á pesar de que en la imaginacion se nos presenta como una sombra, esto es, como sutil, como penetrable, esto es, como desprovisto de las propiedades de los cuerpos, nunca decimos, es más, no podemos decirlo, el espíritu no es más que pura sombra.

A ménos, pues, que se nos diga que los negros de Benin quieren decir con la palabra que en su lengua quiere decir espíritu lo que los latinos llaman *anima*, esto es, el aliento,

la señal de vida ó *animus*, á saber, el entendimiento, el principio del pensamiento ó aquel sér en que radican las afecciones y pasiones; hasta que sepamos, en fin, si el espíritu de los negros es una cosa material ó inmaterial, visible ó invisible, mortal ó inmortal; la mera indicacion de que ciertas tribus salvajes consideran las sombras, las aves ó las estrellas errantes cual humanos espíritus, debe hacernos muy poca mella.

La cuestion varía por completo de aspecto desde el momento en que la psicología etnológica nos enseña, por ejemplo, cómo de la observacion de la sombra, objeto que de dia nos sigue doquiera y de noche nos abandona por completo, surge la idea de otro sér misterioso, comparable en sus propiedades con la sombra.

Grande es el parecido entre la sombra y el aliento, pues éste como aquélla acompaña al hombre en su vida y le abandona despues de muerto.

Del concepto de la existencia de ese sér misterioso unido con el de su semejanza, con el aliento, es fácil pasar gradualmente al concepto de un algo, que aunque separado del cuerpo, se halla, sin embargo, dotado de vida.

Tenemos ya la transicion de lo visible á lo invisible, de lo material á lo inmaterial; mas en vez de decir que el pueblo, en el estado primitivo de sus conocimientos, creía que sus almas eran sombras, deberíamos con gran justicia afirmar que los salvajes eran de parecer que su aliento, despues de dejar en la muerte el cuerpo, partía á morar en alguna cosa parecida á la sombra que por todas partes nos sigue miéntras vivimos.

Aplicando á la teoría ordinaria del fetichismo igual manera de pensar, veremos que realmente el problema es éste: ¿pueden los espíritus ó dioses tener su origen en las piedras? O para ponerlo más claro. ¿Es concebible una transicion fácil entre la percepcion de una piedra y la del concepto de Dios ó un espíritu? (1).

Antes de pasar adelante, bueno será que una vez más veamos sobre qué sólida base podemos hacer estribar nuestro argumento para que sea irrefutable.

---

(1) Waitz, II, 187.

Como sabemos, De Brosses imaginó que el nombre *feitiço* tiene bastantes puntos de contacto con el *fatum* de los latinos, y su derivado moderno *fata*, nominativo neutro del plural, usado más tarde como nominativo singular femenino para designar lo mismo que nuestro vocablo *duende*.

De tal modo de ver las cosas, resultó parecer al referido autor no tan inconveniente el que el nombre de fetiche se aplicase no sólo á los séres viles, materiales ó artificiales, pero aún á los árboles, montañas y rios.

Debemos, sin embargo, advertir que la adoracion de los árboles, de las montañas y rios, psicológicamente estudiada, es cosa no poco diversa de la adoracion de los *feitiços* ú objetos labrados por la mano del hombre, y aún de la adoracion tributada á los huesos, á las piedras, á las conchas y alguna vez á los harapos y pingajos, de los que un devoto fetichista reunió, segun cuentan, más de 20.000 (1).

Doquiera que existe algun fetiche ó algunas sagradas ruinas, allí tambien, y bien pronto, se miran como pertenecientes á la misma categoría, los rios y las montañas. No se cree, sin embargo, que los antecedentes de estos dos géneros de fetiches, y hablamos de los antecedentes más dignos de llamar la atencion, tienen nada que ver los unos con los otros.

Tenemos especial empeño en examinar con todo cuidado el procedimiento que nosotros llamamos *teogónico*, por cuyo medio la percepcion de los árboles, de los rios y montañas, gradualmente se convierte en conceptos de objetos muy varios.

Decimos esto, porque el objeto capital de estas lecturas debe ser descubrir la transicion de ciertos objetos visibles á un algo invisible, averiguar el puente que sirvió á los hombres para relacionar el mundo físico con el suprasensitivo, y de aquí lanzarse al vasto campo de lo espiritual, lo inmortal y lo divino.

No es difícil oír que no hay medio más fácil de explicar la transicion de que tratamos que aceptando el fetichismo como forma primitiva de religion. Veamos cómo.

Imaginaos, nos dicen, al hombre en un estado mental lo

---

(1) Tylor, II, 145.

más rudimentario, esto sin más ideas que las suministradas por sus cinco sentidos corporales, cuando hé aquí que de repente un dia tropieza con una piedra de inusitado brillo ó con una concha de preciosos colores: herida al momento su imaginacion, coge el precioso encuentro, lo guarda como depósito de afecto y estima, se persuade que aquella piedra ó aquella concha no es como las otras, sino que posee grandes, extraordinarios y misteriosos poderes, que las otras piedras ó conchas distan mucho de poseer.

Figuraos, añaden, que el hombre recogiese la piedra por la mañana, en un dia en que hubo de sostener luchas terribles con los adversarios, de los que salió victorioso: ¿qué cosa más natural que atribuir á la piedra el feliz resultado de su empresa?

El sujeto favorecido conservaría la piedra como signo de buen agüero; lo más probable es que en otras diversas ocasiones le favoreciese y ayudase, y de aquí, por último, el culto hácia objeto tan bienhechor, convertido desde aquel punto en verdadero fetiche, culto que sería tanto más intenso y durable, cuanto mayores fuesen los beneficios obrados.

De todo ello resultaría la creencia de que la piedra poseía un poder sobrenatural que la distinguía de todas las otras meras piedras, poder que debía atribuirse á algun espíritu milagroso que en ella residía, y la hacía digna de todo el respeto y honor que el feliz posesor le tributaba, y en ella al espíritu oculto.

Hay quien asegura que todo este proceso en medio de su irracionalidad es lo más racional. No seremos nosotros los que lo neguemos: sí decimos que no nos parece ofrecer la irracionalidad propia de los entendimientos poco cultivados.

Y á la verdad, todo el procedimiento de los racionios expuestos, tal como aquí va descrito, ¿no está con las ideas de hoy dia mucho más en armonía que con las primitivas y antiguas?

Además, ¿quién juzga aquel método posible á no ser cuando ya los hombres se hallaban muy avanzados en punto á conocimientos sobrenaturales, y en plena posesion de cada

uno de aquellos conceptos, cuyo origen tan difícilmente nos explicamos hoy día?

En un principio se creyó que el problema psicológico envuelto en el fetichismo podría explicarse con sólo poner los ojos en cómo juegan los niños con las muñecas, ó cómo se enfadan contra las sillas que les fueron ocasion de tropezar, y las golpean.

Semejante explicacion hace mucho que se retiró del campo de la ciencia, porque áun suponiendo que el fetichismo consistiese meramente en atribuir á los objetos materiales vida, actividad y personalidad, ó si se quiere figurismo, animismo, personificacion, antropomorfismo ó antropopatismo; todavía la mera casualidad de que los niños obren ni más ni ménos que como los salvajes adultos, no puede inducir nuestro ánimo á la firme persuasion de que el problema psicológico había encontrado solucion oportuna.

Un hecho cualquiera, dado que fuese misterioso, lo sería tanto para los niños como para los salvajes. Aparte de esto, por más que haya cierta verdad al llamar niños á los salvajes, ó á los salvajes niños, conviene no obstante distinguir.

Es cierto que los salvajes son verdaderos niños en ciertos puntos, pero no en todos. Ni un solo salvaje se hallará que al llegar á cierta edad no sepa ya distinguir entre los objetos animados y los inanimados, entre una cuerda, por ejemplo, y una serpiente.

Los que sostienen ideas contrarias, defendiendo que los salvajes quedan aññados en muchas materias, se engañan á sí propios atendiendo únicamente á las metamorfosis que nosotros padecemos.

Por otra parte, tales cuales hoy están los niños, no pueden sino muy rara vez sernos norma del modo con que los primitivos salvajes adquirieron sus ideas.

Los niños de nuestros tiempos desde el primer destello de luz que brilla en sus mentes, ya se hallan rodeados de una atmósfera saturada de ideas grandiosas y sublimes, producto de lo avanzado de nuestra civilizacion.

Un niño que no se ilusiona al ver alguna muñeca elegantemente vestida, ó dotado de suficiente energía para no des-

cargar su cólera contra la silla que le hirió en la cabeza; debe mejor considerarse como un pequeño filósofo, que como un salvaje recientemente desengañado de lo que es el fetichismo.

Resulta, pues, que las circunstancias que rodean al salvaje y al niño son entre sí lo suficientemente diversas para que cualquier comparacion que entre ámbos se entable exija de parte del que la establece suma y extraordinaria atencion, si tal comparacion ha de presentar el más mínimo valor científico.

Va tan léjos nuestra condescendencia con los mantenedores del primitivo fetichismo, que si hubiéramos de mirar la religion como propiedad universal de la humanidad, no titubeamos en afirmar que lo primero que había de hacerse era prescindir de las condiciones universales que actualmente son anejas á toda religion.

Otra particularidad que ofrece nuestro modo de sentir es, la de que jamás hablaremos en contra de los que rehusan discutir el problema del origen de la religion con los que aceptan una revelacion primitiva ó una facultad religiosa, distintiva entre el hombre y el animal. En efecto, al hombre debe ser de vez en cuando permitido separarse del camino trillado y comun para formular hipótesis sobre lo posible y probable.

Por ese motivo no encontramos dificultad en que miremos simplemente al hombre como dotado de sus cinco sentidos, y como provisto únicamente de aquellos conocimientos que mediante los mismos puede adquirir.

No hay duda, decimos, no hay dificultad, repetimos, que el hombre pudo muy bien recoger y guardar una piedra, una concha, un hueso.

Mas en tal caso, ¿quieren los defensores de la teoría del primitivo fetichismo decirnos, cómo de recoger los salvajes las piedras, las conchas y los huesos, resultó que apareciesen en las mentes de aquellos hombres ignorantes los conceptos de espíritu, Dios, poder sobrenatural, y culto tributado á tales séres invisibles y misteriosos?

No falta quien asegure existen cuatro grados, bien famosos por cierto, contra los cuales no milita nada de lo que llevamos dicho, siendo por consiguiente muy á propósito para hacer inteligible el origen del fetichismo. Hélos aquí.

Primero, la sensación de sorpresa.

Segundo, la concepción antropopática del objeto que causó la sorpresa.

Tercero, la admisión de cierta conexión causal entre el referido objeto y determinados objetos como la victoria, la lluvia y la salud.

Cuarto, el reconocimiento del objeto, como poder que es digno de respeto y veneración.

Mas hablando con verdad, ¿quién no ve que el establecer estos grados, más bien es cubrir las dificultades con una lluvia de palabras doradas y relumbrantes, que explicarlas satisfactoriamente?

Aun dado caso que un hombre pueda ser sorprendido con la vista de cualquier piedra ó concha, objetos á la verdad por su escaso mérito nada á propósito para causar sorpresa, ¿qué quiere decir el que tomemos una piedra ó una concha bajo el punto de vista antropopático?

Tomadas las citadas palabras en lenguaje castizo no quieren decir otra cosa sino que en vez de considerar una piedra dotada de idénticas propiedades que las de su clase, suponemos en ella dotes peculiares que la hacen distinta de las otras, gracias á los sentimientos humanos de que las juzgamos adornadas.

Así como es natural que hablando en lenguaje técnico y científico usemos de largos nombres como antropopatismo, antropomorfismo, personificación y figurismo; así también nada más contrario al sentido común, y á lo que los cinco sentidos nos enseñan, que decir que una piedra es piedra, aunque no del todo, ó que una piedra es un hombre aunque no por completo.

No negaremos nosotros que después de largas series de etapas intermedias, pueden tener lugar las sobredichas contradicciones; mas sí negamos rotundamente que puedan verificarse de repente. De todos modos, es inverosímil que ya desde un principio tuviesen lugar, á menos que queramos incurrir en dificultades mayores aún que las que presente la admisión de la revelación primitiva.

El objeto primordial de la ciencia que estudia las religiones,

es averiguar por qué grados fué el humano entendimiento tímida y paulatinamente ascendiendo de lo inteligible á lo que á todas luces se ve ser muy superior á nuestra comprension.

Si miramos como cosa corriente y cierta lo que debiera demostrarse; si admitimos ser muy natural que los primitivos salvajes encontrasen en las piedras algo de humano; si nos satisfacen, finalmente, las palabras antropopatismo, animismo ó figurismo; en tal caso, confesamos que todo lo demas es bien fácil y no da lugar á la más mínima duda.

Sí, señores: la piedra tiene en ese caso perfecto derecho á que la tengan por cosa sobrehumana, de que la miren como objeto poco inferior á la divinidad; no debiendo nadie, por consiguiente, extrañarse de que se la tributen honores superiores que á las demas piedras y áun hombres.

Nuestra posicion en tal caso sería muy definida: nosotros defenderíamos que cuantos creen en un fetichismo primordial, admiten como verdadero lo que debieran demostrar, á saber: que todos los séres humanos se hallaron en un principio milagrosamente dotados del concepto, envuelto en lo que forma el predicado de todo fetiche, llámesele poder, espíritu ó dios.

Nadie ha podido hasta el dia demostrar, ni como hecho ni como teoría, que objetos casuales, como piedras, conchas, colas de leon, nudos de pelo y otros desechos parecidos poseen en sí mismos caractéres teogónicos ó que envuelvan la idea de dioses.

Nadie ha conseguido probar que exista actualmente ó haya nunca existido religion alguna compuesta de solo fetichismo; y los que defienden lo contrario se fundan en argumentos que ningun filósofo, ningun historiador ha considerado evidentes.

De todo lo cual, resulta que debemos dirigir nuestra vista hácia otros puntos, si queremos descubrir cuáles fueron las impresiones sensitivas que por vez primera excitaron en el entendimiento del hombre la sospecha de que existía un algo supra-sensitivo, infinito y divino.



# LAS CAPITULACIONES

DE

FRANCIA Y TURQUÍA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

---

III.



EN 1596 se renovaron las capitulaciones de 1536, con alguna modificación hecha para fijar de un modo más minucioso el alcance de sus primeros artículos. De esta manera se añadieron á los antiguos privilegios, privilegios nuevos. Todo frances, se dijo, todo frances establecido en el país quedará perpetuamente exento de la capitacion; los embajadores y cónsules tendrán el derecho de libertar á los esclavos franceses que se encuentren en poder de los musulmanes y de reclamar que se castigue á los piratas ó corsarios que los hubiesen apresado ó vendido; el Sultán hará sustituir los objetos robados por los corsarios en los barcos franceses y castigar á los culpables; la marina otomana recibirá orden de tratar amistosamente á los barcos franceses, de socorrerles y auxiliarles en el caso de que naufragaren en las costas de Turquía y de hacer respetar las personas y los bienes de los náufragos.

La nacion francesa debía gozar en los estados otomanos de todos los privilegios concedidos á Venecia. Así, miéntras la República y España consumían sus fuerzas en estériles y prolongadas guerras marítimas, Francia fué dueña del comercio del Mediterráneo. Los barcos franceses hacían en las costas del imperio turco el comercio de cabotaje sin pagar derecho alguno. Se fundaron en dicho Estado misiones católicas y un convento de capuchinos en los barrios de Constantinopla. Los embajadores franceses protegieron con frecuencia á los cristianos de aquellos países, sobre todo á los de Siria.

En el reinado de Amurat III se renovaron las capitulaciones con Francia, aumentándolas con algunos artículos importantes, entre otros el que establecía su derecho de *préséance* sobre todos los embajadores de la cristiandad. Otro artículo aseguraba á Francia el protectorado de las naciones cristianas en Turquía. Estaba concebido en estos términos: «Que los venecianos, genoveses, ingleses, portugueses, españoles, catalanes, sicilianos, anconitanos, etc., y todos, en una palabra, cuantos hubiesen caminado hasta entónces bajo el nombre y la bandera de Francia, caminasen en lo sucesivo de igual modo.»

Hacía dos años que se habían renovado las capitulaciones en Francia cuando la reina de Inglaterra, Isabel, cuyos barcos no habían navegado hasta entónces por aguas otomanas más que bajo la bandera de Francia, solicitó del Sultán que la Puerta concediera á los ingleses libertad de navegacion y de comercio bajo su pabellon. Amurates accedió á ello.

Protestaron los embajadores de Venecia y Francia, que tenían análogos derechos como privilegio, Venecia pagando tributo á la Puerta y Francia por las capitulaciones; pero el Sultán no quiso deferir á sus protestas. La razon que se dió para ello fué la de que «la Sublime Puerta estaba abierta para todos los que fueran á ella demandando proteccion.» Siempre la misma idea de esa superioridad irritante que se han atribuido los turcos respecto á las potencias cristianas.

Ya en este tiempo empezaba el asunto de las capitulaciones á perder su primitivo carácter. Las que firmaron Francisco I

y Soliman el Magnífico eran la justificación y la manifestación de una alianza política. Ocupaban dentro de ella un puesto secundario los preceptos relativos á la libertad del culto cristiano, á los derechos y garantías comerciales. Pero conforme avanzaba el tiempo, á medida que el progreso natural de las ideas iba enseñando á los gobiernos cuál debiera ser el objeto que con mayor empeño procuraran realizar, aquellas cláusulas y las materias sobre que versaban adquirían señalada importancia.

No estaba lejano el tiempo de que Colbert aconsejara á su soberano, Luis XIV, el sacrificio de todos los intereses políticos más altos y aún el sacrificio, bajo pretextos especiosos, de la dignidad del trono y del gobierno ante la conveniencia de mantener la paz con Turquía y próspero y seguro el comercio de Levante.

Inglaterra, en la época á que nos hemos referido ántes, venía á la Puerta en demanda de libertad de comercio para sus súbditos, no como M. de la Forêt por Francia para realizar un objeto político, sino exclusivamente por lo que aquellos intereses materiales importan y representan.

Francia, no obstante, recordaba siempre las causas que originaron las capitulaciones. Reinaba aún en el imperio otomano el tercer Amurates, y en Francia el tercer Enrique. Felipe II de España se había unido á la liga formada contra el rey de Francia por los Guisas, en defensa del partido católico intransigente, y Enrique III había dispensado una acogida benévola á los diputados bátavos que llegaron á su corte para ofrecerle la soberanía de las Provincias Unidas. Iba á estallar una nueva guerra entre Francia y España. Enrique III encargó á su embajador de Constantinopla que solicitara del Padischah el envío de la escuadra otomana contra Felipe II. Catalina de Médicis escribió á la sultana favorita con el mismo objeto. En tiempos de Amurates III no eran los visires ni los generales los que gobernaban el imperio. Toda la autoridad del Sultan se ejercía desde el harem por su madre, sus hermanas, la sultana Bafa y dos esclavas cristianas de extraordinaria hermosura que se disputaban el afecto del Padischah. Catalina, sin embargo, no consiguió su objeto. La sultana enseñó

su carta al bailio de Venecia; éste puso en juego todas las intrigas imaginables, y el socorro fué negado. Poco tiempo despues, el embajador de Francia hizo otra peticion: que se restableciera el vaivoda de Valaquia, y la Puerta tampoco accedió á ella. El embajador se quejó, y á sus quejas se contestó con amenazas de retirarle los favores hasta entónces concedidos á su nacion. En las cuestiones religiosas suscitadas por entónces, tampoco gestionó Francia con mucha fortuna.

Inglaterra ganaba el terreno que Francia perdía; pero no pudo conseguir para sus luchas con España el concurso material de la Puerta.

El reinado de Mahomet III fué tan turbulento y desgraciado como el de su padre. Miéntras que los imperiales le disputaban la Hungría, y Miguel el *Bravo* la posesion de la Valaquia, se mantuvo en paz con los demas Estados cristianos. Polonia solicitó la conservacion de los tratados de paz que ligaban á ese reino con la Puerta; la república de Venecia y el embajador le dieron muestras repetidas de afecto y de consideracion, y Francia estrechó y renovó su alianza con el Padischah. Las capitulaciones, sin embargo, eran frecuentemente violadas, sobre todo por motivos religiosos, y el embajador frances procuró y consiguió algunas veces reparacion y remedio. Consiguió tambien que no fuese recibida por el Sultán una embajada que le envió Felipe II, é impidió que Inglaterra usurpara algunos de los derechos hasta entónces sólo concedidos á la nacion francesa.

Las naves inglesas y los piratas berberiscos habían atacado en el Mediterráneo algunas veces á las embarcaciones francesas, causando grave daño al comercio de este país. Enrique IV ordenó á su embajador que se quejara, y Mahomet le dirigió una carta dando satisfaccion á sus reclamaciones, cuyos términos merecen conocerse:

«Vuestro embajador cerca de nuestra Sublime Puerta nos ha manifestado que los ingleses, so pretexto de ser nuestros amigos y aliados, aprisionan y maltratan á vuestros súbditos, á los de la Señoría de Venecia y á otros que navegan bajo vuestra bandera. Se ha quejado de que los corsarios de Berbería hacen lo mismo, sin tener en cuenta la antigua y leal

amistad que existe entre nuestras majestades. A fin de poner remedio á estos hechos, hemos escrito al gobierno de Inglaterra, y dado las órdenes oportunas á nuestros esclavos de Berbería... Deseamos que en modo alguno dudeis de que obran contra nuestra voluntad y deseos los que, dependiendo de nosotros, se unen á los piratas ingleses para tomar parte en sus excesos... Habiendo sabido por vuestras cartas que nuestro virey de Túnez, Mustafá Pachá, era de los que estaban en inteligencias con dichos ingleses, lo hemos destituido de su cargo, ordenándole que venga á dar cuenta de sus actos ante nuestra gran Puerta; hemos enviado en su lugar otro virey con encargo expreso y terminante de impedir que los súbditos franceses que recorren esos lugares para comerciar y traficar, sean molestados en lo más mínimo. Tambien hemos destituido á nuestro virey de Argel, Soliman Pachá... Hemos encargado á nuestro visir Hassam Pachá que escriba al rey de Inglaterra, advirtiéndole, que si desea nuestra amistad, es necesario que impida á sus súbditos hacer correrías por nuestros mares... Hemos enviado una carta imperial al rey de Fez, haciéndole análogas prevenciones, etc.» Este escrito lleva la fecha de 15 de Agosto de 1603.

Produjeron las medidas adoptadas por el Padischah los resultados que de ellas se esperaban. Mahomet III murió poco tiempo despues.

#### IV.

El reinado de Achmet I, que tanto contribuyó á la desorganizacion y la decadencia del imperio, fué importante bajo el punto de vista diplomático. Terminaron entónces las guerras de Hungría, comenzadas durante el reinado de Amurates III. Se firmó en 1606 el tratado de Sitvatorok, suprimiendo el tributo anual de 30.000 ducados que Austria pagaba á la Puerta, y considerándose y distinguiéndose como iguales en ese documento el Emperador y el Sultan. La paz de Sitvatorok fué, á juicio de Hammer, la preparacion del tratado de Carlovitz.

En 1604, á petición de Savary de Brèves, embajador de Francia, habían sido renovadas las capitulaciones. Lavallée, que consagra extraordinario interes á este punto, hace el resumen de las principales del hatti-shérif de aquel año.

«Nuestra Alteza,—así principia,—rogados por M. de Brèves en nombre del emperador de Francia su señor, como consejero de Estado y embajador cerca de nuestra Puerta, para que se renovaran los tratados de paz y capitulaciones que desde antiguo existen entre ambos países... ordenamos que esa capitulacion se redacte en estos términos :

1.º Los embajadores que nos envíe S. M., los cónsules que nombre para nuestras abras y puertos y los comerciantes, súbditos suyos, que vengan á nuestro país, no serán en modo alguno molestados, ántes bien honrados y recibidos con todo el cuidado que se debe á la fe pública.

2.º Los venecianos é ingleses en primer término y los españoles, portugueses, catalanes, los de Ragusa, Génova, Ancona y Florencia, y en general todas las demas naciones, cualesquiera que sean, pueden venir á nuestro país á traficar y ejercer el comercio con la autorizacion y bajo la seguridad de la bandera de Francia, que deberán llevar como salvaguardia, y de esta manera podrán ir y venir y traficar por todos los lugares de nuestro imperio como lo han hecho de tiempo atras, obedeciendo á los cónsules franceses que residen y habitan en nuestras abras, puertos y ciudades marítimas. Tambien ordenamos que los súbditos del dicho Emperador y de los príncipes sus amigos y aliados, puedan venir libremente con su autorizacion y bajo su amparo á visitar los Santos Lugares de Jerusalem sin que se les ponga impedimento alguno.

3.º Además, por el honor y la amistad de dicho soberano, permitimos que los religiosos que habitan en Betlem, Jerusalem y otros lugares de nuestro imperio, y que están consagrados en ellos á servir las iglesias de antiguo construidas en los mismos, puedan continuar residiendo allí y sean respetados y considerados en el libre ejercicio de sus deberes.

El artículo 4.º dispone que todas las naciones enemigas de la Puerta, que no teniendo embajador en Constantinopla, quisieran traficar con los turcos, lo hiciesen amparándose

bajo la bandera de Francia. El artículo 5.º dispone que esta capitulación sea inviolablemente conservada y fielmente obedecida. Así se observa haya sido posible que naciones que han vivido perpetuamente en guerra con Turquía, no hayan interrumpido nunca con sus habitantes las relaciones mercantiles. La prerogativa concedida á Francia era en realidad exorbitante.

El artículo 6.º da á los franceses y á los que naveguen bajo su bandera derecho de comprar en Turquía gran número de géneros.

El 7.º prescribe la admision de la moneda francesa, que no podrá ser rechazada.

El 8.º y el 9.º prohíben hacer prisioneros á los franceses que naveguen en barcos enemigos de la Puerta.

Los artículos 10, 11 y 12 permiten á los barcos franceses tomar en todo tiempo víveres en cualquier puerto del imperio.

Los artículos 13, 14, 15 y 16 aseguran á los franceses su perpetua exencion de todo impuesto.

El 17 ordena á los corsarios de Berbería respetar los barcos de Francia, y dispone que se dé libertad á todos los prisioneros de dicha nacion que conserven en su poder. Los términos en que está concebido este artículo no pueden ser más satisfactorios para el rey de Francia. Los vireyes y gobernadores de dichos países serán destituidos en cuanto se produzca una sola queja, y la queja será apreciada por sí sola como prueba bastante del hecho de que se trata.

El artículo 18 concede á los franceses privilegio para pescar coral en la costa de Berbería.

Los artículos 19, 20, 21, 22, 23 y 24 son relativos á las facultades judiciales de los cónsules y embajadores, cuyo poder se establece con entera independendencia.

El artículo 25 establece la *préséance* del embajador de Francia sobre todos los acreditados en Constantinopla, y especialmente respecto de España.

Los artículos siguientes desde el 26 al 49 se refieren al comercio, á la justicia, á las herencias y á las deudas. El 50 contiene el juramento del Sultán de no contravenir á lo pactado y establecido en los anteriores.

Después de firmadas estas capitulaciones, el embajador que las había obtenido, Savary de Brèves, recorrió buena parte del imperio visitando las provincias y las iglesias de Asia. La realidad distaba mucho de ser la que acaso había imaginado ó la que le pintaban los altos funcionarios de la Puerta al discutir los artículos de la última capitulación; la realidad era bien triste. Aquellos principios bienhechores y cultos se desconocían ó menospreciaban; el vencido seguía bajo el caprichoso despotismo del vencedor, á merced del cual conservaba la violencia su vida, sus bienes y su honra; en el general desorden que reinaba en el imperio por el mal gobierno de Constantinopla, ¿qué autoridad ó qué fuerza ampararía á los desventurados cristianos frente á frente de los enemigos de su fe, de su raza, de sus tradiciones, de su aspiración?

Savary de Brèves escribió una Memoria titulada: *Discurso sobre la alianza que tiene el rey con el gran señor, y sobre las ventajas que reporta á la cristiandad*, para defender á su soberano de la acusación de traidor á los intereses de ésta que aún formulaban contra él los austriacos. Savary de Brèves demostraba en efecto que aquel vínculo era provechoso al comercio francés. «Es notorio, decía, que de las costas del Languedoc y de Provenza salen todos los años más de mil barcos para el tráfico de Levante»; pero no probaba lo mismo, ni las grandes ventajas que á la cristiandad rindieron teóricamente las capitulaciones, ni sobre todo que de otra suerte, con las armas y la unidad de todos los gobiernos de Europa, no se hubiera conseguido más de la Puerta, con mayor provecho de nuestros intereses morales, políticos y materiales.

En el mismo punto en que llegaron en su apogeo la autoridad y la influencia de Francia en Oriente, comenzaron á decaer. Al embajador Brèves lo reemplazó un Gontaut-Biron de Solignac, en cuyo período hubo dificultades suscitadas por la poca previsión de los jesuitas. Muerto Solignac, fué nombrado en su lugar Aquiles Harlay. Entónces empiezan, dice un historiador inglés, las humillaciones que contribuyeron á destruir en Constantinopla el prestigio de los ministros europeos, y casi llega á un rompimiento definitivo la antigua alianza turco-francesa.

Había revestido ésta diferentes caracteres según las diversas épocas que pueden señalarse en su desarrollo. Primero militar y política, más tarde mercantil y religiosa; en su comienzo viva, íntima, apasionada; después fría y calculadora, acabó por trocarse en hostil y amenazar la paz de ambos Estados muy seriamente.

Francia no era ya la única potencia con quien tenía la Puerta relaciones y á la que se daban muestras de amistad. En los protestantes de Suecia y Alemania habían encontrado Richelieu y Mazarino auxiliares más aceptables y eficaces que los turcos para debilitar el poder de la casa de Austria. El espíritu religioso que habían despertado las luchas de aquel tiempo—aquel era el tiempo de la guerra de treinta años,—favorecía poco todo lo que no fuera hostil á los musulmanes. Añádase á esto la falta de habilidad y de prudencia de los embajadores, la barbarie y el orgullo de los príncipes otomanos, y se comprenderá cómo esos lazos se debilitaron hasta el punto de llegar un día en que el gran visir y el ministro de Francia, después de dirigirse las más groseras injurias, llegaron á vías de hecho, siendo maravilloso que no estallara entre ambos pueblos cruda y sangrienta guerra.

Durante el reinado de Amurates IV continuó ese descenso iniciado con la misión del Sr. Harlay. La de M. de Marcheville agravó la situación considerablemente. Después de 1630 Richelieu tuvo que enviar la escuadra francesa para que contuviera las depredaciones de los piratas berberiscos. Invadida la isla de Creta, en guerra Venecia con el turco, Francia auxilió, aunque de una manera oculta, á la Señoría. Años después de este hecho y de otros más graves que le siguieron, un embajador de Francia protestaba ante el Padischah de la adhesión de su gobierno á la Puerta, y le decía:

—Nosotros hemos sido, señor, constantes y fieles amigos de V. M...

—Será verdad... respondió el Sultán; pero os hemos encontrado siempre con nuestros enemigos.

Tal era el estado en que se encontraban los negocios diplomáticos del imperio á la muerte de Ibrahim.

## V.

Los defensores de las capitulaciones han supuesto que estos tratados tuvieron una influencia decisiva en la suerte de los cristianos de Oriente; nosotros no abrigamos prevención alguna respecto de ellos, pero su estudio desapasionado nos inspira la convicción de que no fué tan profunda aquella influencia.

Las condiciones en que se encontraba el gobierno de Constantinopla no eran las más favorables para alcanzar en este sentido un éxito favorable. Reinaba en el serrallo el desorden más completo; los favoritos, las sultanas y los visires omnipotentes é incapaces que se sucedían en el ejercicio de la autoridad y en los favores del soberano, atendían sólo á su exclusivo medro y á su personal engrandecimiento. Cuando más, cuidaban de que en Constantinopla, á la vista de los representantes extranjeros, se respetasen las capitulaciones y tratados, tarea relativamente fácil, porque siempre en los grandes centros de población hay un espíritu de tolerancia más constante y eficaz.

Fuera de Constantinopla, á menudo los pachás y gobernadores se sublevaban contra el gobierno central, y aún cuando no lo hicieran, regían sus provincias con imperio absoluto, sin limitaciones de ningún género, sin dar á nadie cuenta del uso de sus discrecionales facultades. Esos pachás, sus tenientes, auxiliares y delegados, como los jueces, los capitanes de las tropas, los genízaros y los spahis, eran otros tantos dominadores y dueños del territorio. Guardaban entre sí los respetos jerárquicos, más que por el deber, por el terror y los rigores de una bárbara disciplina; pero respecto del pobre cristiano, del desamparado rajah, todos eran lo mismo, y frente á frente del vencido, el spahi y el genízaro apoyaban al pachá con tanta adhesión como empeño ponía éste en ocultar y tolerar las crueldades de sus subordinados. Ni llegaban las quejas á Constantinopla, ni aunque

hubieran llegado tenía medios el Padischah de hacerse obedecer por los revoltosos gobernadores, á quienes apoyaba en esta empresa tiránica, en estas exageraciones de un increíble despotismo, el odio religioso del ejército y de la población musulmana, no satisfecho aún con la larga y triste servidumbre de los oprimidos cristianos.

Las capitulaciones eran violadas con harta frecuencia; los rajahs estaban expuestos á numerosas y oscuras persecuciones; los dramas íntimos de aquella época y de ese imperio, conmovían al hombre más enérgico hasta hacerle derramar abundantes lágrimas; nunca pueblo alguno sufrió martirio más horrible.

Por el más liviano pretexto invadían los genízaros el recinto de una iglesia, y arrojaban de ella á fieles y á guardianes; un pachá quiso convertir en mezquita la del Santo Sepulcro. Cuando el embajador frances Brèves recorrió parte del Asia, se convenció de la insuficiencia de los tratados, y comprendió que era muy difícil pedir ni conceder lo justo y lo legítimo donde hasta los funcionarios más subalternos del orden civil ó del ejército, donde hasta los soldados mismos y los más inferiores agentes de todas las esferas de la administración, podían erigirse en tiranos, y donde las preocupaciones religiosas ordenan en algunos casos y justifican siempre las mayores crueldades. Le acompañaba en aquel viaje un oficial del Sultán encargado de velar por el cumplimiento de las órdenes dadas por S. A. al embajador frances para que remediase y corrigiese los abusos que advirtiera en su visita. Mucho le costó, aún despues de esto, reparar algunas injusticias, y en gran número de casos creyó preferible tolerar en silencio irregularidades, exacciones y violencias muy señaladas, á fin de que la situación de los cristianos no se agravara despues de su partida.

No sólo eran, pues, insuficientes las capitulaciones, sino que aún la influencia misma del gobierno frances discretamente empleada como en aquellas circunstancias, resultó poco provechosa, bastando á mejorar en casos aislados la condición de los cristianos, pero sin producir ningun efecto general digno de tomarse en cuenta.

La victoria de las armas turcas y el apogeo del imperio habían sido fatales para los cristianos, porque la soldadesca otomana, engreída por el triunfo, no hallaba en parte alguna dique ni contrapeso á su capricho. Por otras razones fueron igualmente desastrosas para los vencidos las derrotas que en el exterior experimentaban sus opresores. Así en los días de la próspera, como en los de la adversa fortuna, el rajah tuvo que sufrir resignado la inclemencia de sus amos y el rigor de su servidumbre.

La batalla de Lepanto fué causa de regocijo en la cristianidad y de consternacion en Constantinopla. El Padischah (Selim II) se encerró durante tres días en una habitacion de su serrallo y no quiso tomar alimento alguno. Exacerbáronse las pasiones populares. Se recrudeció el odio que inspiraban los cristianos. La multitud embriagada de terror y de ira recorría las calles de Stambul, pidiendo su muerte, cuando desembarcó el embajador frances Noailles. Por orden del Sultan se había reducido á prision á todos los sacerdotes *francos*. Amenazó Noailles con que Francia entraría en la liga cristiana contra el imperio si no se les ponía en libertad, y esta amenaza les libró la vida.

En las provincias donde el embajador no estaba, la suerte de los cristianos fué más triste. Las apasionadas exageraciones del populacho musulman causaron grandes crímenes y terribles violencias.

Durante el reinado de Amurates III gobernaban el país su madre, sus hermanas y sus concubinas. En concurrencia con ellas ponían en juego todo género de intrigas para apoderarse del débil espíritu del soberano, los empleados del harem y de la casa imperial encargados de ejercer los cargos más íntimos y domésticos, como el jefe de los eunucos, el preceptor, el scheikh ó predicador, el iman ó capellan y el mufti.

Para lograr su objeto desembarazadamente inspirábanle accesos de celo religiosos que se traducían por persecuciones contra los cristianos, en las cuales perecían miles de estas víctimas de la crueldad de sus fanáticos señores. Un día ordenó Amurates que todas las iglesias de Constantinopla se trasformaran en mezquitas.

Durante la terrible peste que asoló la capital en 1592, hubo que lamentar, como en todas las crisis del imperio, escenas terribles. La insolencia de los genízaros era ya en esta época intolerable. El Padischah, para evitar mayores males, utilizar su celo y distraer los de Constantinopla, convino en que se declarara la guerra á Hungría.

Las hostilidades empezaron en seguida. La derrota que experimentaron en Sisek redobló el furor de los musulmanes. El embajador alemán fué hecho prisionero, se persiguió á los cristianos y se declaró la guerra al Austria. Corría ésta con análogo éxito para ambas naciones, cuando estalló una insurrección formidable en la Transilvania, Moldavia y Valaquia. Eran los vencidos, hartos de sufrir el cruelísimo yugo de sus dominadores, que reivindicaban su independencia y sus derechos.

La rebelion dió márgen á sangrientas represalias. Los turcos, que estaban diseminados por aquellas provincias, fueron muertos por los insurrectos, que se aliaron con el emperador. El espíritu de las desorganizadas tropas otomanas quedó profundamente abatido. Amurates III murió y entró á sucederle Mahomet III.

Continuó la guerra en Hungría y Transilvania, guerra terrible de destrucción y de venganza.

Los turcos devastaron el país, saquearon las ciudades, hicieron cautiva buena parte de la población.

Nada dice Lavallée de lo que pasaba mientras tanto en el interior; en su espíritu favorable á los otomanos, sin duda oculta la verdad. En guerra la Puerta con sus súbditos cristianos de una parte del imperio, ¿cuál podía ser la suerte de los que habitaban otras provincias?

El vaivoda Miguel el *Bravo*, cuyo nombre tiene merecida celebridad histórica, derrotó y destruyó en más de una ocasión el ejército del Padischah, les hizo repasar el Danubio por Giurgewo, tomó á Nicópolis y á Widin. Un historiador válaco, Miguel de Cogalnitchano (1), refiere elocuentemente

---

(1) *Historia de Valaquia y de Moldavia*, 1837.

esta campaña: «En el espacio de un año, dice, todas las fuerzas turcas habían sido derrotadas, las fortalezas del Danubio no pertenecían ya á la media luna, sobre sus muros y sus torres flotaba el águila de Valaquia, los pachás, los más valientes y experimentados generales de la Puerta habían fracasado ante los esfuerzos de un pueblo que combatía por la libertad de su patria. El vaivoda Miguel, para reparar los males que Valaquia sufría como consecuencia inevitable de la guerra, hizo venir de Transilvania víveres y semillas, y las distribuyó al pueblo, que á la voz de su soberano abandonó los bosques vírgenes que cubren una gran parte del principado, seguro asilo y fortaleza impenetrable en los tiempos desgraciados para sus habitantes.

«Los válacos reconstruyeron sus ciudades y pueblos; sobre las ruinas de las antiguas edificaron nuevas viviendas, y la nación se sintió envanecida por haber conquistado á tan alto precio su libertad é independencia. Pero esta independencia no estaba aún asegurada. Exigía nuevos sacrificios y nuevos combates. A pesar de que los turcos habían sido vencidos varias veces, no quisieron perder la Valaquia sin llevar á cabo todos los medios para recobrar su posesion.»

En tal situación, Mahomet consiguió algunas ventajas sobre los húngaros, entre otras la toma de Erlau, cuyos defensores fueron pasados á cuchillo cuando abandonaban la villa en virtud de la capitulación concertada.

En medio de aquella serie de sangrientas destrucciones y bárbaros combates, hubo como un oasis de calma, un paréntesis de buen gobierno y de templanza, debido al humano y político criterio del visir Ibrahim, hombre verdaderamente superior, que quiso ganar para Turquía el afecto de los cristianos por la benignidad y la dulzura.

Los servios y los válacos de Semendria y Temeswar, dice Hammer, acudieron á él y les colmó de presentes... Los habitantes cristianos de Perega se habían amotinado. En el motin murió el juez turco que desempeñaba sus funciones en aquel punto. Ibrahim declaró que todo había ocurrido así por orden suya, y expidió mandamientos que justificaron la muerte del juez. Los musulmanes fanáticos le dirigían por esta

conducta amargos reproches. «¿Es conveniente—les preguntaba él para darles mejor respuesta,—es conveniente perseguir á esos rajahs y precipitarlos en brazos del enemigo?»

Esta nueva política suscitó grandes contrariedades á Miguel el *Bravo*, más que la política de persecucion y de violencia, é influyó acaso mucho en el cambio de conducta que señaló los últimos años de la vida del vaivoda válaco. Entregado á las aspiraciones de una ambicion desapoderada, reunió violentamente bajo su autoridad la Moldavia, la Valaquia y la Transilvania, é intentó hacerse rey de Polonia y de Hungría. Anduvo en tratos con los turcos para conseguirlo, y quizás lo hubiera logrado á no contrariar la muerte sus propósitos. Murió asesinado.

A pesar de sus grandes faltas, Miguel el *Bravo* es uno de los héroes populares de Valaquia.

Despues de Ibrahim, la situacion de los cristianos de Turquía continuó siendo precaria y miserable. Las violaciones de los tratados que en algun modo garantizaban su existencia, fueron más frecuentes, y la desorganizacion del poder central los dejaba abandonados á todas las tristes eventualidades que hemos tenido ocasion de señalar ántes de ahora. Entónces fué cuando llegó á Oriente el embajador frances Savary de Brèves, que tanto hizo por mejorar aquel Estado, y que sin duda, aunque pasajeros, obtuvo algunos frutos dignos de señalarse.

Miéntras tanto, y ahora con ménos actividad y ménos vigor, continuaba la guerra con Hungría y las provincias insurrectas.

Achmet I la terminó. Muerto Segismundo Batory, su sucesor electo, Bockai, recibió investidura de la Puerta como príncipe de Transilvania y de los distritos de Hungría que había poseido el anterior; se estipuló que á la muerte de Bockai, todas sus posesiones volverían á formar patrimonio del imperio.

Se firmó el tratado de Sitvatorok, que lleva la fecha de 11 de Noviembre de 1606. En él renunció por vez primera la Puerta á consignar las condiciones humillantes que eran de rúbrica en los tratados anteriores. Se observa en esto un progreso, cuya manifestacion en las capitulaciones no habrá

escapado sin duda á nuestros lectores. Compárese el tono de las cartas dirigidas por Soliman á Francisco I con el de la dirigida por Mahomet III á Enrique IV. Efecto de la mayor cultura que á todos los lugares penetra y del decaimiento del poder musulman, es lógico cuanto advierten los historiadores en el tratado de Sitvatorok. En él se trataban como iguales el emperador de Austria y el de Turquía, y se abolió el tributo que pagaba aquella potencia, sustituyéndolo con el pago de 200.000 escudos por una sola vez.

Esta paz ha formado época en la historia de Turquía casi tanto como la de Carlowitz, de la que se considera precedente y anuncio. Es digna de conocerse la opinion de Hammer acerca de ella.

«La paz de Sitvatorok, dice, en la cual no se han fijado bastante los publicistas, y cuyo recuerdo borrado por la de Carlowitz un siglo más tarde se perdió, ha tenido una alta significacion en la historia del derecho político y de las relaciones diplomáticas de Turquía con Europa, porque fijó por la primera vez un límite á la conquista otomana que hasta entónces había amenazado el Occidente. Se suprimieron los signos de vasallaje y los tributos anuales que llevaban los embajadores de las potencias cristianas á Constantinopla. Se establecieron las relaciones diplomáticas sobre una base de igualdad; la Transilvania fué casi sustraída al yugo turco, y aunque Hungría quedó sometida á él por una parte de su territorio, la otra mitad quedó totalmente emancipada con la redencion del tributo que por ella pagaban los emperadores. Por vez primera observaron el gran visir y el Sultan las formalidades diplomáticas acostumbradas en las cancillerías de Europa. El acta de la paz, escrita en turco, no fué impuesta á los plenipotenciarios imperiales sin que tuvieran conocimiento de ella, como hasta entónces había sucedido. La examinaron previamente los dragomanes de ambas partes. La paz de Sitvatorok anunció á las potencias europeas la decadencia de la Puerta, y preparó el tratado de Carlowitz.»

Lepanto, 1571, y Sitvatorok, 1606, marcan el movimiento de descenso que comprende la época decadente del imperio otomano.

Terminada la guerra de Hungría, que habían provocado los sultanes para entretener las afecciones belicosas de los genízaros, y terminada como era lógico que concluyese después de tales y tan impolíticos comienzos, Ahmet quedó en paz con Europa. Las provincias rebeldes, Moldavia, Valaquia y Transilvania reconocieron su *suzeraineté*, y el Padischah adoptó medidas conducentes á mantenerlas fieles y leales á sus juramentos. A la vez se extendía á varias potencias cristianas el privilegio de las capitulaciones, y todos estos hechos señalaron una época relativamente tolerante, como era natural que las produjera en sus oscilaciones políticas y militares aquel imperio.

Habíase verificado entónces el viaje á Asia de Savary de Brèves, cuyos efectos ya hemos señalado, y se acababan de firmar con Francia nuevas capitulaciones, las de 1704. Pero en lo interior, ántes que mejorar, empeoraban los asuntos de los otomanos.

En tiempos del sucesor de Brèves, Gontaut Biron, ocurrió un incidente que merece señalarse. Los jesuitas se habían establecido en Constantinopla. Entregándose á los sueños de ambicion que los caracterizan, habían concebido proyectos verdaderamente colosales para la regeneracion del catolicismo en Oriente y para la mayor prosperidad y engrandecimiento de su compañía; más sin duda para esto que para aquello, dada la índole de esa peligrosísima asociacion. Habían establecido escuelas, predicaban en las iglesias de Pera y llevaban muy adelantados sus trabajos de propaganda para convertir á los griegos y afiliarlos al catolicismo.

Los ingleses, enemigos jurados de la Compañía, se alarmaron y los denunciaron á la Puerta como espías de España. El divan creyó en peligro la seguridad del Imperio y ordenó su arresto. Gontaut Biron obtuvo la libertad de los detenidos; pero el visir le declaró que prefería tener en Constantinopla diez sacerdotes no afiliados á la Compañía á un solo jesuita. Y en este punto no faltaba razon á la Puerta.

Pero la cuestion de los jesuitas no terminó tan pronto. Algunos años después, bajo el reinado de Amurates IV (el suceso anterior había ocurrido en el de Achmet I) los emba-

jadores de Inglaterra y de Holanda solicitaron de la Puerta que cerrase las escuelas y las imprentas establecidas por los jesuitas y los arrojara de Constantinopla. La Puerta accedió, y la expulsion de estos religiosos se mantuvo durante doce años.

Entonces los jesuitas y el Papa eran ardientes enemigos del Padischah. Ahora no sucede lo mismo. La Santa Sede favorece más al soberano musulman que á los de otros países católicos por excelencia. La corte romana, que posee muchos millones de deuda turca, hace cuanto puede por sostener al hombre enfermo en sus verjeles sobre el Bósforo, y gracias á las ideas que ha afirmado por ahí el dogma de la infalibilidad, procuran los jesuitas y ultramontanos mover el sentimiento de los católicos en favor de la media luna.

Afortunadamente no podrán conseguirlo. Los católicos verdaderos, que tienen en mucho aquellos sublimes dogmas del cristianismo en que se exalta la caridad, y que defienden y proclaman las conquistas de la civilizacion, desean en nombre de estos grandes principios que desaparezca de Europa ese decadente imperio enemigo de nuestra cultura, azote de una de las más bellas regiones del mundo y causa perpetua de luchas y trastornos y dificultades para todos los pueblos.

Estos últimos hechos pertenecen á la época de la historia diplomática del imperio turco, en que decaía la influencia francesa y no prosperaba dentro de Constantinopla la de las otras naciones. Marcheville uno de los embajadores que más contribuyeron á este resultado, era un gentilhomme parisien, audaz, insolente y presuntuoso. Obró de tal suerte y cometió tales ligerezas, que prendieron á su hijo y ahorcaron á uno de los dependientes de la embajada. Ocurría esto en el reinado de Amurates IV, uno de los príncipes más crueles y sanguinarios de su dinastía. Todas las órdenes de Amurates IV terminaban de esta manera: « Hazlo del modo que ordeno, ó te mandaré cortar la cabeza.»

El resultado fué, pues, el que debía presumirse. Recrudescióse el encono de los musulmanes y se persiguió con gran violencia á los cristianos en Constantinopla y en las provincias. Se mandaron cerrar sus iglesias, se quitaron las armas á

los comerciantes francos y hasta á los embajadores y sus guardias, y se impuso á los extranjeros residentes en el imperio toda suerte de gabelas y tributos.

La frecuencia y repetición de estos hechos excitaban la opinión en Francia y en toda Europa contra los turcos. Se convenía en que para semejantes males no era posible hallar remedio sino en una acción enérgica de las potencias cristianas sobre el imperio otomano. Empezaba entonces el siglo xvii y ya en aquellos años vino á plantearse el problema de Oriente en términos análogos á los que en la actualidad tiene. Sólo recordando las luchas, las enemistades, las desconfianzas y los recelos que han separado constantemente á la cristiandad, y que aún nos dividen, se comprende que no haya recibido ese problema satisfactoria solución, y que todavía surja como causa de grave discordia entre todos los gabinetes de Europa. Por eso pocas cuestiones internacionales se estudian con tanto interés como esa. Vésela palpar casi desde el primer día de la conquista; se observa en cada uno de sus pasos uno de los pormenores que ha vivido hasta nuestros días, y satisface al espíritu hallar una y otra vez en cada página de cualquier libro consagrado á exponerla, plena comprobación de todo lo que constituye su esencia y puede señalar su desenlace.

Savary de Brèves, en la Memoria de que hemos hablado en otro lugar, parecía satisfecho del estado de cosas en el imperio turco á poco de volver á Francia, concluida su importante misión cerca de la Puerta; pero el mismo Savary de Brèves había de modificar sus creencias y unirse al sentimiento general que propagaba ya con entusiasmo y constancia ideas opuestas á la conservación en Europa del imperio otomano.

Una de las causas que contribuyeron á fortalecer ese sentimiento en Francia, fué la decadencia de su influjo en Oriente, y Francia, cuyas cualidades de nación propagandista se le reconocían ya, contribuyó mucho para comunicarlo á Europa. Europa, además, veía el espectáculo vergonzoso que ofreció la Puerta durante la primera mitad del siglo xvii. Ocupado el trono otomano por príncipes incapaces, viciosos y crueles, llenos de odio hacia los cristianos, rodeados de ministros imbeciles que se inspiraban en preocupaciones de fe y de raza

para perseguir á los vencidos y maltratar á los extranjeros, «violaron á su capricho, por dañar y mortificar á los *perros infieles*, las capitulaciones, el derecho de gentes y las leyes de la humanidad. Hicieron la guerra á los cristianos sin objeto político y por brutalidad fanática, y autorizaron las piraterías de los berberiscos, odiosa y última fórmula que revistió la conquista del islamismo (1).

No era posible ver con paciencia un espectáculo tal, deshonra de Europa y del mundo, y se reanimó el espíritu de las cruzadas. «La opinion pública se conmovía con el relato de las barbaries cometidas por los infieles; aplaudía los proyectos de expediciones contra ellos, y reclamaba que se renovase la guerra santa. En la primera mitad del siglo xvii se publicaron multitud de obras de todo género sobre la guerra contra los turcos; la mayor parte excitaban al rey de Francia á seguir las huellas de sus antepasados, y á *ir á Palestina á coger palmas*. Enrique IV, en sus proyectos de una organizacion más acertada de Europa, señalaba como término y remate del establecimiento de la república cristiana la expulsion de los otomanos. El famoso P. José hizo un proyecto de *cruzada* que envió á todas las cortes de la cristiandad, y compuso á este propósito un poema titulado *La Croisade*. «Vuestros antepasados, decía Baudier á Luis XIII en la dedicatoria de su *Historia de los Turcos*, han disipado y quitado de en medio en otros tiempos valientemente ese espantoso diluvio de infieles que amenazaban á la cristiandad con un naufragio universal; de vuestro régio valor se espera que despues de haber adquirido renombre de justo asegurando y enalteciendo vuestro Estado ireis á aquellas regiones por donde el sol nace á recibir el de libertador de la cristiandad.» Savary de Brèves publicó en 1620 un escrito titulado *Discurso abreviado sobre los medios seguros de aniquilar y arruinar la monarquía de los príncipes otomanos*. Partiendo del principio de que el poder de los turcos no procedía más que de nuestra desunion, proyectaba que para destruirlo se coaligaran todos los Estados

---

(1) Lavallée.

cristianos y se sublevaran los fieles de la Albania, Grecia, Egipto, y sobre todo de Siria.» (Lavallée.)

Esta propaganda no produjo inmediatamente resultado alguno. Sembró en la opinion de Europa, sin embargo, gérmenes saludables que habían de contribuir bastante á debilitar el imperio otomano, á enajenarle todo apoyo y á abandonarlo á su triste y merecida suerte.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.





## LAMARTINE

SU VIDA Y SUS IDEAS POLÍTICAS.

---

### VIII.



ASTA aquí habrán podido constatar nuestros lectores la perfecta unidad de pensamiento del orador y las vías por donde aquélla fué desarrollándose en el mundo.

Empero, si bien se advierte, desde luego se verá que la Francia por él imaginada, liberal en el interior y poderosa en el exterior, la Francia cuya respetada bandera debe flotar en todas partes como signo de civilización y grandeza, no es en manera alguna la Francia mezquina y de suyo vergonzosa que soñaban M. Molé y M. Guizot.

Asimismo podremos observar que cada uno de sus discursos es una crítica del gobierno, y el conjunto de estas críticas cobra más vigor cuando se refieren á la dirección general que el gobierno imprimía al país; porque en este caso se dirige el orador directamente á la autoridad, y le pide únicamente que permanezca fiel á su origen y compromisos, representando en todo y por todo á la opinion.

Para ello presenta su demanda con el respeto y sumisión del ciudadano que acepta la Constitución de su patria y que reconoce la autoridad de los gobernantes; mas ante las res-

puestas que tienden á dilatar las resoluciones definitivas, ante la obstinacion de una política mezquina y cautelosa, pierde una por una sus ilusiones y reconoce que la tradicion de la monarquía absoluta ha hecho imposible en Francia la monarquía constitucional.

Entónces es cuando su voz va elevando por grados el tono que le es propio y llega hasta la amenaza.

Lamartine no es solamente ciudadano por deber, sino que lo es tambien por derecho; la causa que defiende es la de la nacion entera, y su autoridad se aumenta con las impaciencias y rencores que cada dia se hacen mayores á su espalda.

La serie de discursos de M. de Lamartine sobre la direccion general del gobierno, nos presenta en su conjunto el más magnífico proceso que nacion alguna ha podido entablar contra sus legítimos superiores.

En ese completísimo trabajo no echareis cosa alguna de ménos, porque, si grande es la causa, grande es tambien el atrevimiento que anima la acusacion, sin que falte habilidad en la defensa, fuerza en los testimonios ó deje de ser terrible la justicia del juicio.

Sigamos paso por paso este debate histórico y reconocemos, sin duda, que quizas no ha habido revolucion alguna que haya sido provocada más ciegamente por los mismos que posteriormente habían de morir en los trastornos que los convirtieron en víctimas.

## IX.

En el momento que pisaba M. Lamartine los umbrales de la Cámara de 1833, el gobierno, despues de tres años de existencia, se hallaba ya en verdadero desórden.

Abortada en Paris la revolucion en 1830, se había propagado en el resto del país y por todas partes levantaban cabeza las facciones.

Nos referimos á la sublevacion de la Vendée, al saqueo verificado en la persona del arzobispo de Paris, á los trastornos

del entierro de Lamarque y de la calle Transnonaim, al alzamiento de los obreros de Lion, en una palabra, á la aparicion de todas las ideas socialistas que atacaban por su base á la sociedad y que por todas partes predicaban diariamente la disolucion.

Aterrorizado el gobierno y como yerto del pasmo que se apoderaba de su organismo ante los múltiples ataques que recibía, no columbraba más sombra de remedio para tanto cúmulo de desórdenes que la resistencia.

Verdad es que, merced á las tropas con que contaba, podía sofocar las insurrecciones parciales; pero en este caso, en cambio de estudiar la causa profunda de los desórdenes y dedicarse á desarmar al pueblo, valiéndose de instituciones eficaces, sólo supo pedir á las Cámaras leyes de represion, creyendo tenerlo todo hecho cuando conseguía poner algun orden, siquiera fuese aparente, en medio de las masas que se agitaban en la calle.

Contra política tan ciega y poco inteligente lanza desde el primero de sus discursos la elocuencia de sus palabras M. de Lamartine.

Permitidnos copiemos aquí algunos trozos que no pueden ménos de entusiasmar á nuestros lectores.

«¿Se desorganiza la sociedad? Ley contra el derecho de reunion.—¿Se altera, se corrompe el espíritu público? Ley de imprenta.—¿Se apoderan de Lion sesenta mil obreros y descubren el horrible volcan sobre que descansa la industria? Ley sobre las coaliciones.—¿El espíritu de una juventud ardiente y sin empleo de sus fuerzas sueña con la república, con la anarquía, con el desorden? Ley contra la asociacion.—Empero leyes para vivificar la industria, para esclarecer y moralizar á los gremios de obreros, para ocupar y satisfacer este exceso de fuerzas que atormenta á la poblacion y juventud de Francia, leyes de prevision para el porvenir, para mañana... ni por pienso» (1).

Al año siguiente le oimos volver al mismo asunto, añadiendo las siguientes palabras:

---

(1) *Introduccion*, pág. XXIX.

«A los republicanos, señores, teneis un medio, el único, para vencerlos. Tomad de antemano sus posiciones, id en su delantera y dad al país lo que ellos le prometen. Por vuestro sistema de inmovilidad engendrareis, sin pretenderlo, nuevos republicanos; porque una opinion no es fuerte sino por los derechos que se le niegan, no por los que se le conceden» (1).

«Toda revolucion debe algo al pueblo,» decía por la misma época el gran orador, y escribía á M. Virieu: «Mi divisa es la conciencia del país.»

En 1835, cuando despues del atentado de Fieschi el Ministerio presentó á la Cámara las tres nuevas leyes más represivas aún que las anteriores sobre la prensa, el jurado y el tribunal supremo, y que fueron despues conocidas con el nombre de leyes de Setiembre, cuando M. Guizot las sostenía diciendo «que el castigo, el terror eran la moralidad de las sociedades,» M. de Lamartine le contestaba diciendo: «Así el castigo y silencio son los únicos guardianes que se sientan en el umbral de nuestros gobiernos libres, como si el deber de éstos no fuese sustituir la moralidad al terror y hacer que el orden naciese de la libertad.»

Y despues de haber conjurado al poder para no frustrar en contra del país el beneficio de la revolucion, termina con esta notable advertencia: «Los pueblos perdonan algunas veces á los que los exasperan, pero nunca á los que los engañan» (2).

Los conservadores, que habían creído hallar un apoyo en M. de Lamartine y que de pronto lo vieron presentarse como adversario, en su admiracion empezaron á enfriar su primitivo entusiasmo, se alejaron y en medio de la ceguedad ordinaria del espíritu de partido llegan á hablar de traicion y desercion.

Los republicanos, por el contrario, se aproximan al orador, lo cercan, lo felicitan, etc., etc.

A pesar de todo no se verifica la fusion, las personas permanecen alejadas entre sí, y M. de Lamartine guarda aislada su gran situacion, y no por eso dejarán de ser ménos vigorosos los golpes de su elocuencia.

(1) Sesion del 13 de Marzo de 1834.

(2) Sesion del 21 de Agosto 1835.

En 1839, cuando se discutía el mensaje reclama con ménos fuerza un cambio de personas que un cambio de sistema, haciendo ver que el pueblo estaba avergonzado y cansado de los que le gobernaban.

«Francia, dijo á este propósito, es nacion que se cansa y, tenedlo muy en cuenta, el cansancio fácilmente se convierte en convulsion y ruina» (1).

Tres años despues, al pedir con la oposicion acrecentamiento del censo negado por el Ministerio, añadía dirigiéndose á M. Guizot: «Por mucho tiempo habeis llevado escrito en vuestra bandera, resistencia, siempre resistencia... pero si en eso está todo vuestro genio para gobernar no hay necesidad de hombres de Estado, un pedazo de mármol nos basta (2).

Hasta esta época M. de Lamartine había defendido sin treguas ni descanso el principio de autoridad, mientras atacaba frente á frente y con suma entereza todos y cada uno de sus actos; mas este mismo año en la sesion de la discusion del mensaje rompió las hostilidades.

En efecto, despues de haber hecho una recapitulacion de la obra llevada á cabo por los gobernantes, y mostrado que la política interior había sido falaz y corruptora: — «¿ No se sabe, dice, en los departamentos la tarifa moral de ciertas adhesiones?» — Así tambien ininteligible y floja era la política exterior, y reconoce que entre el interes secundario y pasajero de la dinastía y los intereses permanentes del país, no podía para él haber motivo para vacilar y que ya había hecho sin titubear su eleccion.

«Para todos los hombres que piensan como yo, añade, que enteramente se separan del gobierno, no queda más por hacer que ponerse en fila, contar el número, aislarse, y en el mismo instante sobre el campo de las oposiciones constitucionales presentarse con la fuerte oposicion que nos permita recoger uno á uno todos los principios sucesivamente violados ó artificialmente robados al país, y amontonar todas las aficciones,

---

(1) Sesion del 10 de Enero de 1839, tomo I, pág. 209.

(2) Sesion del 15 de Enero de 1842, tomo II, pág. 17.

todos los intereses, todas las dignidades comprometidas; en una palabra, formar una masa con todos los instintos generosos, progresistas, morales de la nación, á fin de que en el día en que este poder llegue al cúmulo de sus excesos, á su próxima muerte, ya por la debilidad absoluta del espíritu público en el interior, ya por el entredicho político en que se deja colocar por la Europa en el exterior, vuelva el país á buscar los principios de su revolucion, su gloria, su espíritu público, su salvacion, en el asilo en que nosotros los habremos conservado intactos, y en él los halle en oposicion leal y firme, en cambio de ir, en el momento de la crisis, á buscarlos en las facciones (1).»

Como desde luégo se echa de ver, esto no era más que predecir con cinco años de anticipacion la revolucion de Febrero y preparar á las exigencias de los tiempos un asilo.

El país comprendió las palabras del orador, y grande fué por lo tanto el efecto de su discurso.

Las adhesiones que á este propósito recibió M. de Lamartine fueron tan numerosas que él mismo quedó sorprendido de las pocas simpatías que gozaba el gobierno.

Poco á poco fué convirtiéndose en centro de oposicion por grados importante, miéntras que al propio tiempo se iba agrandando el campo de su accion, que, no contenta con ejercer su influencia en las luchas parlamentarias, empezó á dirigirse directamente á las masas.

A los discursos y trabajos de la tribuna se allegaron publicaciones periódicas, folletos y artículos que penetran en todas partes para servir de auxiliares en la guerra encarnizada que poco ántes acababa de declarar el tan eminente poeta como orador y político.

El diario intitulado FRANCE PARLEMENTAIRE publica una serie de artículos entre los que son dignos de llamar principalmente la atencion: *La conspiracion del temor*.—*Causas del aislamiento de M. de Lamartine*.—*Un principio y punto de partida* (2).

(1) Sesión del 17 de Enero de 1843, tomo II, pág. 58.

(2) 2 de Noviembre, 14 de Setiembre y 10 de Noviembre de 1845.

Estos artículos fueron alimentando la emoción, poniendo cada día ante los ojos del público, en manera cada vez más enérgica, la cuestión revolucionaria.

«Si tuviérais una revolución en vuestra mano ¿la abriríais?» Así preguntaba un día M. de Lamartine á M. de Rouchaud que le acompañaba, mientras por distraer el ánimo daban ámbos un paseo en torno al castillo de Monceau.—«¡Yo la abriría!» respondió éste.

Poco despues acontecía lo que en aquellos momentos acababa de decidirse, y la aparición de los girondinos en 1847 produjo un efecto inmenso, poniendo el colmo á la popularidad del orador, que vió agruparse en torno suyo, proclamándolo jefe, á la oposición del país.

En su manifiesto, publicado el 21 de Octubre de 1847 en el periódico titulado BIEN PUBLIC, resume los progresos que como consecuencias necesarias se derivan de los principios de la revolución, y cuya inmediata realización se atrevió á pedir al gobierno.

Este documento era punto por punto el programa de la república racional de 1830.

Los que acusan al orador de tergiversación pueden comparar estos dos documentos á que nos referimos; pero transcribamos aquí los puntos capitales.

1.º Soberanía ejercida por el pueblo por medio del sufragio.

2.º Separación de la Iglesia y del Estado.

3.º Libertad de asociación y de enseñanza.

4.º Libertad de imprenta.

5.º Abolición de la esclavitud en las colonias.

6.º Enseñanza elemental gratuita.

7.º Grandes instituciones de filantropía.

8.º Política exterior nacional y civilizadora (1).

Los tiempos avanzan y los acontecimientos se empujan unos á otros.

En el banquete de Mâcon, en 1847, en un discurso por muchos conceptos eternamente memorable, acumula contra

---

(1) Tomo II, pág. 278.

la monarquía de Julio todas sus críticas é inútiles ataques, concluyendo con estas amenazadoras palabras: «Si este sistema continúa, la dignidad real no caerá sobre su misma sangre como la del 89, pero caerá en el lazo que ella misma se fabrica, y despues de haber tenido la revolucion de la libertad y la contrarevolucion de la gloria, tendremos la revolucion de la conciencia pública y la revolucion del desprecio (1).»

Despues del banquete de Mâcon se acentuó aún más la agitación del país.

Otros banquetes sucedieron al primero.

M. de Lamartine se abstiene, sin embargo, de autorizarlos con su presencia hasta tanto que la cuestion del derecho vino el 20 de Febrero á ponerse, digámoslo así, por su propio pié ante la Cámara.

En este punto fué inexorable.

En el momento en que la oposicion dinástica echa piés atrás, Lamartine declara que irá solo al combate, *solo con su sombra* (2), y termina con estas palabras su magnífica protesta: «No deliberemos más, obremos (3).»

Aquí empezaba la revolucion de Febrero.

No entra en nuestros propósitos hacer aquí la relacion de esta revolucion que el mismo Lamartine relató explicando el papel que en ella desempeñó.

Nuestro insigne orador permaneció en el poder durante tres años y medio, en época absolutamente anormal, de suerte que es muy difícil juzgarlo como hombre de gobierno.

Sin embargo, justo es que reconozcamos que en el poder no abandonó ninguno de los principios por él defendidos en la oposicion, y que siempre demostró el mismo carácter ámplio, generoso y exento de las interesadas y mezquinas pasiones del espíritu de partido.

Por consiguiente, ni consintió en aceptar la bandera roja, ni en excluir á una seccion cualquiera del partido republicano.

Sus actos personales son la circular del 4 de Marzo á las potencias extranjeras, que en lenguaje el más noble determina

(1) Tomo II, pág. 265.

(2) *Introduction*, pág. LXV.

(3) Tomo II, pág. 289.

el derecho nacional y el gran papel que desempeña Francia en la obra de la civilización.

A este documento hay que añadir los decretos del gobierno provisional, la abolición de la esclavitud, la abolición de la pena de muerte en materias políticas, el sufragio universal.

Pero mucho más notable y más característico que sus actos oficiales fué á nuestro juicio la influencia, en alguna manera magnética, que Lamartine ejercía sobre la multitud, cuando diariamente desde el balcón del Hôtel de Ville tenía que responder á un pueblo empujado por la ceguera, por la irritación y por las ilusiones de imposibles quimeras.

Recobrando entónces la inspirada facultad que tantas veces había puesto á sus piés á toda Francia, exhibiendo la maravillosa presencia de ánimo que le distinguía y poniendo en juego la grandeza de lenguaje y acción, y la autoridad de la actitud que nunca le faltó, ora hace que las turbas acepten la sustitución de la bandera tricolor á la roja, «porque tal es la bandera de los triunfos de la patria, de las libertades y glorias de Francia que hay que enhiestar sobre la Europa;» ora apacigua sus enojos haciéndoles sentir que comprende lo que desean; ora les recomienda paciencia y sumisión á las leyes, así como confianza en sus jefes, y ora, en fin, les arranca este grito lleno de heroicas ilusiones: «Aún tenemos tres meses de miseria al servicio de la república».

«No se podrá nadie figurar sin haberlo visto, nos dice el autor de la INTRODUCTION, los heroicos esfuerzos de Lamartine durante los días tempestuosos del gobierno provisional.»

«No hay duda, añade, que el gran político pasó horas de gran congoja; pero la aproximación del peligro le volvió toda su serenidad, y estoy por decir todo su buen humor, que se traducía en dichos que han pasado á ser proverbios humorísticos.»

«Circunstancias extraordinarias convirtieron al poeta en hombre de Estado, haciéndole desempeñar ese extraño papel en que la humana palabra parece destinada á renovar los milagros atribuidos por la antigüedad á la música que encadena los instintos y logra encantar á las pasiones (1).»

---

(1) *Introduction*, pág. LVI.

Mas el milagro por sí mismo extingue la admiracion, y las ilusiones extendidas y aumentadas en el seno de las masas populares debían por desgracia ser arrancadas por la brutalidad de hechos positivos.

La libertad no nace en un dia de entusiasmo pasajero, y jamás ha concedido á los que la poseen el paraíso de las dichas terrenales.

La libertad se engendra laboriosamente en medio de trabajos y fatigas, y es fruto de la experiencia y de la voluntad á quien la reflexion hace consciente.

Los goces que de ella se derivan son los de la soberanía de sí misma, de la dignidad y del deber.

Hé aquí lo que en aquel entónces no comprendía el pueblo.

El despertar de ese profundo sueño fué terrible y sangriento.

La república sucumbió y M. de Lamartine siguió su suerte.

Jamás se había visto en el mundo caida mayor, y jamás se manifestó más desmesuradamente la ingratitude popular.

Ocupando en las elecciones de 1849 Luis Bonaparte la presidencia, los amigos de Lamartine vieron con dolor que no fué reelegido.

Sus mismos compatricios del departamento de Saona y Loira tuvieron el triste valor de renegar de él, y sólo el departamento del Loiret fué el que en una eleccion parcial le dió poco despues un lugar en la Cámara.

Desde esta fecha el papel político de M. de Lamartine estaba terminado.

Permaneció en la Asamblea, y en ella hizo aún algun que otro discurso hasta la época del golpe de Estado que vino á sorprenderle cuando se hallaba enfermo en el castillo de Monceau.

Tambien se le vió persistir en el periódico *CONSEILLER DU PEUPLE* en mostrar de una manera conmovedora á los iliteratos la grandeza del objeto moral de la república, los esfuerzos y las únicas virtudes que pueden edificarla, pero su noble voz no encuentra ya eco ni en el país ni en la Cámara.

Despues del 2 de Diciembre desde su retiro veía y «dejaba

al mundo precipitarse á la corriente de cieno» (1) sin admirarse de la impopularidad que tantas veces había predicho.

Si en estos momentos al evocar los recuerdos de las pasadas glorias hallamos en los juicios de M. de Lamartine sobre sí mismo algun desaliento, debemos atribuirlo á que el espíritu se debilitaba juntamente con el cuerpo bajo los golpes de esta postrera lucha.

«La noche se adelanta á la muerte de esta inteligencia, agobiada bajo el peso de disgustos y cuidados,» nos dice el autor de la INTRODUCTION. «Como Pericles, á quien él había renovado por su elocuencia y por la dictadura de la opinion, Lamartine sobrevivió á su genio. Amigos fieles en la desgracia lo rodeaban; una piedad tierna, activa y frecuente, pero nunca bastantemente alabada, velaba sobre él bajo la forma de la mujer que hoy lleva dignamente su nombre.

Murió, por fin, en los últimos años del imperio (2), sin que viese caer ese régimen cuya caída había tantas veces predicho como la venganza de la libertad y de la moral (3).

## X.

Y ahora en presencia de esta gran figura nacional, en medio de las aclamaciones y cóleras por ella inspiradas, bueno es que investiguemos cuál deba ser el juicio del filósofo y del historiador acerca de cuanto tamaña figura presenta á nuestra consideracion.

Al comenzar este estudio caracterizamos el genio de M. de Lamartine, llamándole genio de inspiracion y genio por excelencia humano.

Dijimos que era inspirado, y lo dijimos porque su espontaneidad es constante, y sabido es que la razon no tiene sino muy débil parte en la concepcion, y que el arte tiene su forma.

---

(1) Versos dirigidos al Conde de Orsay.

(2) 8 de Mayo de 1867.

(3) *Introduction*, pág. LXVI.

Dijimos que era humano, porque expresa al individuo mucho ménos la naturaleza particular que la naturaleza á todos comun.

Ahora bien, este genio de poeta fué trasladado en cuerpo y alma al campo de la política, con todas sus grandezas y lagunas, con todas sus bellezas é insuficiencias.

En efecto, la espontaneidad no es más que una parte del alma humana; la facultad de observar, de reflexionar, de raciocinar es cosa muy distinta.

Pues bien, la facultad que consiste en reflectir sobre sí mismo, en dudar, en comprobar por medio del análisis sus propios pensamientos, sus propios sentimientos, la facultad llamada *crítica* por la filosofía moderna, faltaba por completo en Lamartine.

Genio por antonomasia sintético, se eleva de un golpe á los principios y consecuencias de las cosas, sin que siga los eslabones de su encadenamiento, levantándose en alas del entusiasmo sobre el oscuro y confuso laberinto de las realidades positivas.

En el campo del ideal de la poesía esta falta de crítica dió á su genio cierta monotonía de aspecto, quitándole con la variedad su propia originalidad, y causando por el contrario notables negligencias.

Empero estas sombras humanas desaparecieron entre los esplendores de la gloria que rodean su noble figura, y por ellas no dejó el poeta de ocupar la primera fila entre los que cultivan ese celestial campo de la literatura.

«En otros tiempos y bajo otro cielo que el nuestro, nos dice M. de Rouchaud, Lamartine hubiera sido un profeta como Mahoma, guerrero, legislador y poeta, hubiera conmovido el mundo con una sola idea (1).»

En efecto, en uno de esos pueblos primitivos á quienes vemos confundir el trabajo social con el político, la religion con la poesía, M. de Lamartine hubiera podido desempeñar uno de esos grandes destinos para los cuales basta la inspiracion; mas

---

(1) INTRODUCTION, pág. LXXXV.

en una civilización avanzada y compleja como la nuestra, en que nada se hizo por la fe, sólo las facultades de análisis nos dan la indispensable combinación de los medios para la realización de las ideas prácticas.

Es error capital acusar á M. de Lamartine, según frecuentemente se ha hecho, de haber sido en política el juguete de una imaginación quimérica que anda vagando de rama en rama, sino que por el contrario hemos de parar mientes en el modo con que desde luego acierta al fin que se propone, entablando las cuestiones con gran exactitud, mientras que al recurrir á los medios siente que se le escapan de las manos, porque estos se componen de detalles, de observaciones y de experimentos; y si M. de Lamartine ve, no observa, y nunca ha hecho experimento de cosa alguna, sino que como todas las naturalezas inspiradas no sale jamás de sí mismo.

En efecto, si examinamos bien todas sus acciones, veremos que proceden de un espíritu envuelto, digámoslo así, en su propio genio, que forma en torno de su persona una como atmósfera que le sigue á todas partes.

Marcha acompañado de su idea y se entretiene con su propia alma.

Si como poeta llega á declararnos algún secreto encerrado en lo más profundo de nuestro corazón, es porque lo ha descubierto en las profundidades del suyo; y si como hombre político comprendió tan á perfección las aspiraciones de su época y de su pueblo, fué porque su espíritu se las reveló.

El no contempla más que las regiones elevadas.

Nadie tuvo jamás mayor sentimiento de la humanidad ni menor conocimiento de los hombres.

Y en realidad de verdad, no habiendo jamás entrado en comunicación con los hombres, no pudo conocer sus cambios y diversidades.

En todas partes estaba solo, en medio de las turbas á quienes entusiasma, en la Cámara cuyas pasiones excita, en medio de sus partidarios que le admiran, entre sus amigos y sus más próximos parientes que le veneran y que le aman.

Ahora bien, el aislamiento en política, es la manifestación

y paralización, y siendo los hombres en este terreno los instrumentos para llegar á servirse de ellos, es necesario, ante todo, conocerlos, despues penetrarlos, cogerlos, apoderarse de ellos por mil maneras distintas, á fin de que se alleguen á nosotros.

Las abstracciones no bastan en este punto, sino que es necesario el pacto individual, la amalgama, digámoslo así, de los afectos é intereses humanos (1).

Jamás esta necesaria fusion uni6 á M. de Lamartine á persona alguna, y ved por qué fué siempre inestable su situacion, áun cuando fué la más encumbrada, y por qué no consiguió fundar ni un partido de oposicion, ni un partido de gobierno.

Permanece, pues, aislado áun en la misma victoria, y ninguna personalidad fué más espoliada que la suya, ni más mal conocida.

En la lucha, todos suelen aprovecharse de los golpes recibidos, mas no así M. de Lamartine, á cuya elocuencia no faltan en todas ocasiones aplausos; mas como estos proceden unas veces de un lado y otras de otro de la Cámara, agigantan su fama sin fortificar su crédito y sin crearle en la estima y la confianza de la nacion una de esas situaciones que nunca jamás pueden ser destruidas.

Por esto precisamente fué tan pronta y tan poco combatida la caida que hizo en una hora el vacío en torno suyo, y nos parece que en la causa de un hombre tan grande llegó la ingratitude á los últimos arrebatos de la demencia.

Si la falta absoluta de crítica, la falta de facultades de observacion no permitieron á M. de Lamartine conocer á los hombres, no se opuso ménos á que pudiese darse cuenta del papel que desempeñan las instituciones.

Leed sus discursos y observareis que siempre que traten de cuestiones prácticas, es precisamente la práctica la que se echa de ménos.

Todo se acumula en un punto de vista general y moral,

---

(1) «No se funda con solas ideas un partido, sino que hay que amalgamar los intereses y pasiones.» INTRODUCTION, pág. XXX.

muy justo, sin duda, y muy notable, pero que no lo es todo en la materia en cuestion.

No sólo los discursos que tratan de negocios dejan de tener el carácter que les es propio, sino que tambien cuando proponen una gran medida de filantropía, tal cual la organizacion de un nuevo sistema de enseñanza, la abolicion de la esclavitud, el restablecimiento de asilos para los niños abandonados, echareis siempre de ver que hace abstraccion de los medios y áun parece que duda de que éstos valgan ó no para algo.

Otro tanto puede decirse de la política general.

En efecto, lo encontrareis magnífico en la acusacion y en el ataque, magnífico en el sentimiento de las situaciones, magnífico, en fin, en la prediccion de los eventos futuros.

Algunos de sus discursos son filípicas, otros verdaderas profecías; empero, si se trata de la organizacion del gobierno y de los medios de poner en práctica la libertad, echamos desde luégo de ver la falta de genio especial para estas materias.

Que venga Tocqueville á decirle que las instituciones del despotismo pueden ser simples, porque no cuentan más que con la voluntad y la razon de un jefe, miéntras que las instituciones de la libertad son complejas, porque cuentan con el derecho, la voluntad y la razon de todos, porque para ellas se necesitan tres elementos: elemento de accion, elemento de comprobacion y elemento de equilibrio, y que nada más delicado y complicado en la práctica como la armonía de estos elementos; que invoque la práctica de las libertades locales como medio de crear la educacion política de los ciudadanos y de realizar ese gobierno del país por el país que forma el sublime objeto de la democracia; ante estas conclusiones, lógicamente sacadas de la experiencia, M. de Lamartine volverá la cabeza, porque su mirada de águila no puede fijarse más que en las alturas.

Le vemos ser centralizador, porque la centralizacion tiene algo de grande; pide la unidad de representacion nacional, reclama la eleccion directa del presidente por el pueblo, y sin cesar se preocupa de fortificar el poder.

¿Sería acaso su ideal una dictadura liberal, generosa y popu-

lar á cuyo servicio intentaba poner todas las fuerzas de la nacion?

Si así hubiera sido, no podríamos ménos de señalar este error del genio, y á él atribuir todas las causas del descontento general.

No seremos nosotros los que digamos que M. de Lamartine debió defender en 24 de Febrero la regencia de la duquesa de Orleans para evitar á Francia la ignominia del imperio, los dolores de la invasion y la pérdida de dos provincias.

Fácil es especular con los puntos desconocidos de la historia.

Por esto solamente nos contentaremos con decir que mientras él buscaba la base en que apoyar un gobierno *popular, sólido, inquebrantable*, valiéndose de un sufragio cuya virtud aún no se había probado; mientras llamaba á los franceses á bajar *al fondo mismo del país para sacar de él el gran misterio del derecho nacional de donde procede todo orden, toda verdad, toda libertad* (1), lanzaba al destino el reto que momentáneamente lo condenó.

Mas la historia no se escribe en un dia, y ella será para M. de Lamartine más justa que lo han sido sus contemporáneos y el mismo interesado, en el dia en que su sinceridad puso en sus labios el más doloroso *mea culpa*.

Ella, pues, reconocerá que si pareció quizás que Lamartine nos daba demasiado temprano el sufragio universal, no sólo lo hizo con la gran conviccion de su noble conciencia, sino que despues de todo obró quizás, no sólo sin precipitacion, sino bien.

¿Quién sabe si quizás hacía falta al pueblo la terrible leccion del imperio y la leccion aún más terrible de la invasion para advertirle que el gobierno del pueblo por el pueblo es la primera condicion del gobierno de la cosa pública, y quién sabe tambien si no faltaba el omnipotente empuje del sufragio universal para arrastrar para siempre fuera de los límites de la patria la ciega infatuacion de esas clases que, en su loca

---

(1) Discurso del 24 de Febrero de 1848.

pretension de dirigirlo todo, hubieran consentido arruinar la nacion ántes que abdicar voluntariamente en sus sacrosantas manos?

## XI.

Ahora resumiremos el rápido análisis que acabamos de hacer, diciendo que siempre bastará poner de manifiesto la vida de Lamartine para que ante el esplendor de su incomparable luz se desplome el frívolo baluarte de odiosas y groseras críticas levantadas por espíritus y corazones viles que buscan por doquiera algun lodo para arrojarlo contra una de las frentes que más noblemente se levantan sobre Francia.

La vida y la actividad, la inspiracion y la expresion presentan en Lamartine una unidad que llama desde luégo la atencion.

En un pueblo entregado á la confusion revolucionaria de una sociedad sin principio ni pasado, la gloria de Lamartine habrá siempre de ser tenida como voz y luz que dice dónde están los orígenes y muestra el camino que á ellos conduce.

Sobre todos los partidos, dirigiéndose unas veces al gobierno y otras al pueblo, sin dejar que nunca viniese á tentarle la ambicion del poder y sin caer jamás en los lazos de la adulacion del pueblo, no dejó Lamartine de mostrar que en la política interior todos los derechos, todos los respetos y todas las libertades tienen vínculos comunes que las encadenan y que, fuera del honor nacional, ese vínculo no consiste en conquistar ó humillar á los otros pueblos, sino en ejercer entre ellos generosa preponderancia por medio de la civilizacion y la justicia.

Así, pues, por la inspiracion del sentimiento y por la autoridad de la vida, unió la política con la moral, uniendo tambien en el concepto de hombre de Estado al más encumbrado moralista con el más ardiente moralista.

Para la expresion de tan nobles ideas supo, asimismo, Lamartine usar el lenguaje más noble, sin que en las más imprevistas improvisaciones le hiciese nunca traicion la pa-

labra, y elevándose ésta en toda ocasión á la altura de las ideas, de suerte que la dignidad ennoblecía la precipitación, y brotando espontáneamente como brotaban los versos, alusiones históricas esparcían en todas las grandes situaciones el luminoso resplandor del genio.

Muchos y terribles son los acontecimientos políticos, las ansiedades y dolores patrióticos de Francia desde que Lamartine desapareció de entre su pueblo querido; aún hoy, absorbida su patria en la obra de la sociedad nueva por la lucha de ayer y la esperanza de mañana, la sociedad no rinde aún á los que le precedieron todo el homenaje que les es debido.

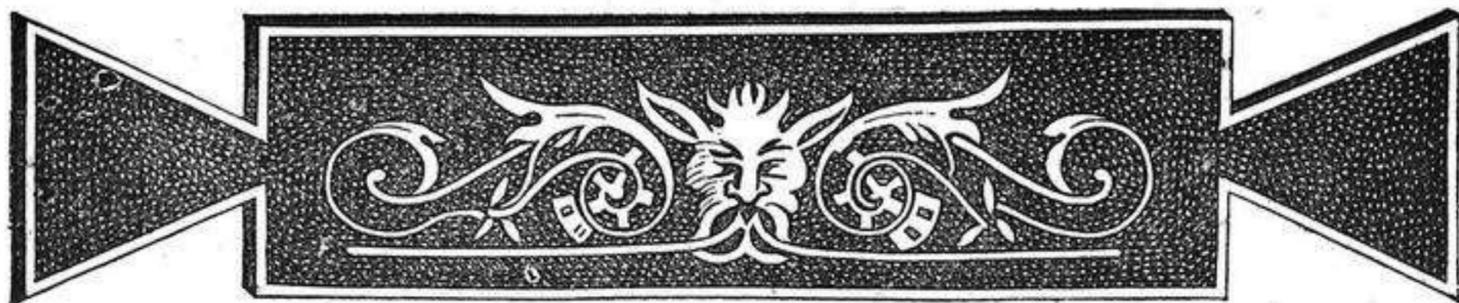
Empero se aproxima la hora en que habrá más tiempo que al presente para hacer justicia.

Las nuevas generaciones, no lo dudemos, colocarán á M. de Lamartine en el gran puesto que le pertenece en la historia política y en la gratitud nacional; porque habrán de reconocer que él fué el verdadero precursor de la república liberal, conservadora y progresista que hoy se trabaja por realizar.

Si á otros es dado edificar la libertad en las instituciones, á Lamartine pertenecerá la gloria inmortal de haber mostrado su origen en la razón y la conciencia.

C. COIGNET.





## DEMONOLOGÍA JUDAICA.

---

### II.

**L**as causas expuestas en el artículo anterior, unidas al progreso realizado en la idea de la divinidad, según el cual fué preciso eliminar del Sér Supremo todas las intenciones de carácter maligno que hasta entónces comprendiera, contribuyeron á impulsar y precisar el desenvolvimiento de esa personificación sombría y maléfica, denominada Satan, que bajo forma individual ó múltiple existe en todas las religiones, y que el absoluto monoteísmo de los judíos había tenido en estado latente é indeciso durante un largo período de su historia. Prescindiendo de aquellas causas, indispensables en nuestro concepto, á falta de otras más plausibles para explicar el desarrollo de una creencia semejante, á medida que la noción de la divinidad iba siendo más pura y elevada, la conciencia religiosa debía encontrarse de frente con un sinnúmero de dificultades cuya solución exigía teorías ménos cándidas que las que la hubiesen satisfecho en otras edades ménos reflexivas. En adelante no podrá admitirse, como hasta entónces, que las inspiraciones fatales provengan de Jahweh, Satan el *adversario* será responsable en lo sucesivo de todas las intenciones perversas que

antes se atribuyeron á la divinidad y de todas las calamidades privadas y nacionales que aflijan al pueblo de Israel (1).

Esto no obstante, á pesar de ser Satan un agente provocador por excelencia, animado de un odio eterno contra Dios y contra los hombres, á quienes trata de pervertir y de perder por todos los medios posibles (2), el dualismo no llega en la mitología semítica á ser tan pronunciado y absoluto como en otras religiones; y hé aquí uno de los caracteres individuales de la personificación del espíritu del mal entre los judíos, que habla en contra de su procedencia extranjera y constituye un argumento poderoso á favor de su originalidad. Satan es enemigo declarado de Dios, pero nunca se atreverá á atacarle directamente. Adversario sempiterno de los hombres, bastarán ciertas fórmulas, pronunciar el nombre del Altísimo, la intermediación de algún ángel para desarmarlo completamente y contrarestar su poder. En cambio, en el mazdeísmo, Ormuzd ha de vencer á Ahriman, el príncipe de las tinieblas será convertido al fin de los tiempos; pero Satan al contrario, condenado por los decretos divinos á una caída fatal é irremediable, persistirá siempre obrando el mal, y después del día del juicio debe expiar eternamente su falta en el estanque

---

(1) Esta transición se ve perfectamente marcada en la historia del rey David, comparando el relato del segundo libro de Samuel con el del primer libro de las Crónicas. Al dar cuenta el primero de estos documentos de la idea desatinada é impía, bajo el punto de vista teocrático-republicano de los profetas de su tiempo, que David tuvo de emprender un empadronamiento de su pueblo, dice (XXIV, 1) que Dios, enojado contra Israel, excitó á David á que diese las órdenes necesarias para llevar á cabo esta operación; pero el primer libro de las Crónicas, al referir lo mismo, empieza de la siguiente manera (XXI, 1): «Satan se levantó contra Israel y excitó á David á que hiciera el empadronamiento de su pueblo.»—La redacción de las Crónicas es con mucho posterior á la época en que se escribieron los libros de Samuel.

(2) De aquí el que se le llamara ο διαβολος (*el calumniador*), de donde procede el nombre de *diablo* con que generalmente se le designa. La palabra διαβολος aplicada á un espíritu del mal, no se encuentra más que una sola vez en los apócrifos palestinos del Antiguo Testamento (I, Macab. I, 36). El libro de la Sabiduría (II, 24) da también el mismo nombre al príncipe de los demonios, y en el Nuevo Testamento es ya muy común aquella expresión.

de fuego, donde irán á parar todos aquellos que reducidos por él siguieran sus perniciosos senderos.

En el libro de Tobit, uno de los deutero-canónicos del Antiguo Testamento, que puede considerarse como el mejor modelo de esas narraciones ó pinturas de la vida íntima en que siempre se distinguieron los escritores judíos, aparece una nueva y distinta personificación del espíritu del mal.

Privado el anciano y virtuoso Tobit, por un accidente casual, de la vista, y no pudiendo sufrir las injurias de su esposa Anna, cae en la más profunda tristeza y ruega á Dios en su desconsuelo le envíe cuanto ántes la muerte. En Ecbatana, Sara, la hija única de Raquel, dirige tambien sus preces al Eterno para que la prive de esta vida ó le conceda un remedio eficaz para aliviar su desgracia. Siete hombres se unieron sucesivamente á ella en matrimonio, y todos habían perecido estrangulados la noche misma de la boda á manos de *Asmodeo*, el espíritu del mal. Oidas por Dios las súplicas de ámbos justos, envía á la tierra el ángel Raphael para librarles de las calamidades que les afligen.—Tobit, creyendo ya llegado el término de su vida, llama á su hijo Tobías, á quien despues de haber exhortado con muchos y saludables consejos, confiere el encargo de ir á Ragae, una de las ciudades más importantes de la Media, á recobrar diez talentos de plata que en depósito había prestado á un tal Gabael. Dispuesto ya á emprender la marcha, y buscando un compañero de viaje, préstase á servirle de guía el ángel Raphael, quien se había presentado bajo la forma de Azarías, hijo de una piadosa familia unida con Tobit por lazos de la más estrecha y cordial amistad. Llegados á orillas del Tigris, Tobías se baña en sus aguas. Un pez de grandes dimensiones se dirige hácia él en actitud de hacer presa, y por consejo de su compañero córtalo Tobías en pedazos y extrae el corazon, el hígado y la hiel. Continúan despues su viaje, y mientras iban caminando, Raphael enseña al jóven Tobías que el corazon y el hígado son un poderoso remedio contra los espíritus malos, y la hiel tiene gran propiedad para curar á los ciegos.—Llegados á las cercanías de Ecbatana, el ángel aconseja á Tobías que pida la mano de Sara, hija de Raquel. Tobías se resiste,

porque teme la suerte de sus anteriores maridos; pero Raphael le tranquiliza indicándole de qué manera podrá poner en fuga los espíritus del mal. Habida la entrevista con Raquel, quien reconoce al momento en Tobías un hijo de su amigo Tobit, y una vez obtenido por la intermediación del ángel el consentimiento para el matrimonio propuesto, pronuncia Raquel la bendición nupcial sobre los nuevos esposos. Raquel se apresura á abrir una tumba para sepultar en ella á Tobías, dado caso que le alcanzara á él la misma suerte que á los anteriores; pero éste, poniendo en práctica las indicaciones de su compañero de viaje, echa el hígado y el corazón del pez sobre carbones ardientes, y herido el demonio por la humareda que despiden, huye precipitadamente y corre á refugiarse en los desiertos del alto Egipto, donde el ángel le carga de cadenas.

Difícilmente puede deducirse de la naturaleza de este escrito, como han pretendido algunos autores, que la influencia de las ideas persas tuviese una gran parte en la intervención y carácter de este *Asmodeo*, que se presenta como un verdadero demonio. Ningun inconveniente habría por cierto en admitirlo así, si no pudiera explicarse perfectamente dentro del judaísmo, y no fueran en gran parte equivocadas las aseveraciones en que se funda aquella opinión. A pesar de los hebraísmos que repetidas veces se encuentran en el texto griego conservado, y que sugieren la idea de que pudiese ser una traducción de un original hebreo, es lo más seguro, en sentir de críticos eminentes, dada la frecuencia de ciertas expresiones y giros de frase, esencialmente griegos, la forma de la construcción, distinta por lo general de la construcción hebraica, y al mismo tiempo el no descubrirse determinadas particularidades que suelen ofrecer todas las traducciones hechas sobre el hebreo: es lo más seguro, decimos, que el libro de Tobit fué originariamente escrito en lengua griega. Los hebraísmos que en él figuran y el conocimiento del hebreo, que debemos conceder á su autor por ciertos indicios, no tienen nada de particular en un escritor judío (1). Un estu-

---

(1) Téngase en cuenta, además, que es muy frecuente hallar en una

dio crítico detenido no permite prohiar tampoco la opinion de algunos, entre ellos Ewald (1), segun la que el libro de Jobit sería la obra de un judío habitante en la Media. De resultar así, no podría ménos de concederse á su autor un conocimiento más ó ménos completo de la demonología de las persas. Pero existen en el libro ciertas indicaciones, que en modo alguno pueden avenirse con aquella idea. El autor desconoce en gran parte la situacion geográfica de los lugares en que se verifican los acontecimientos referidos. Segun él, Nínive está situada á una jornada de distancia al Oeste del Tigris, y Ecbatana y Ragae no distan una de otra más que la extension que representa un dia de viaje, siendo así que las separan como unas cuarenta millas, imposibles de recorrer en ménos de diez y ocho ó veinte dias. El libro, sin embargo, no puede haber sido escrito en un lugar muy distante de Jerusalem si se atiende al religioso respeto con que de ella habla el autor, y á la importancia que atribuye á la peregrinacion á la Ciudad Santa en la época de las fiestas. La opinion más pro-

---

obra escrita en griego giros de frase y aún expresiones puramente hebraicas, sin que por esto pueda decirse que la tal obra sea una traduccion. El griego helenístico en que está escrito el Nuevo Testamento, y que usaron los judíos alejandrinos, y en general los que residían fuera de la Palestina, no es ni más ni ménos que un decalco del hebreo.—La traduccion vulgata del libro de Tobit dista mucho de ser la expresion fiel del texto original. Nótanse en ella algunas supresiones acompañadas de alteraciones y adiciones cuyo fin sería sin duda comunicar al libro un carácter más edificante, pero que le quitan gran parte de su originalidad. San Jerónimo parece haber dado, por lo general, poca importancia á los apócrifos, á pesar de que el libro de Tobit fué siempre reconocido como inspirado y divino. En la epístola de aquel Padre á Chromacio y Heliodoro, que precede y sirve de prólogo á su traduccion, afirma haber hecho ésta sobre un texto caldeo. Es muy difícil averiguar cuál pudiese ser este texto. Los Padres anteriores á San Jerónimo se refieren siempre al griego ó á una version latina usada en la Iglesia de Occidente. En los periódicos he visto últimamente (*Polybiblion*, Janvier, 1878) la noticia de haber sido hallado por M. Neubauer en un manuscrito hebreo el texto caldeo del libro de Tobit que sirvió de original á San Jerónimo; pero no sabemos todavía si la crítica ha confirmado esta pretension. Los textos hebreos del mismo libro son versiones de época muy reciente, verificadas sobre el griego y la traduccion latina. Fabric., *Bibliotheca græca*, III, pág. 725.

(1) *Gesch. des Volks Israël*, t. III, pág. 237.

bable, y casi cierta, es la que considera el libro como escrito en Egipto hácia el fin del siglo tercero ó principios del segundo ántes de nuestra era. En esta época, por los antecedentes expuestos en el artículo anterior, la demonología había adquirido sin duda entre los judíos un desenvolvimiento muy notable para que pudiera crearse la personificación del espíritu del mal que en él figura. El nombre de *Asmodeo*, en el cual muchos se han fundado para afirmar su procedencia mazdeista, puede muy bien ser de origen puramente judío (1). El autor, como judío ortodoxo, no podía desconocer la antítesis que resultaría presentando Asmodeo como un demonio omnipotente, enemigo y rival de la divinidad. Cuando el ángel Raphael desciende á la tierra para aliviar los males que afligen á Tobit y á Sara, no sólo tiene poder bastante para impedir que persistiendo en su deseo impuro dé muerte á cuantos trataban de unirse con aquélla, sino que luégo lo destierra á los confines del alto Egipto y lo sujeta con cadenas.

Dejando ya ahora los escritos canónicos y apócrifos del Antiguo Testamento, en los cuales ningun otro indicio podemos encontrar relativamente á la demonología de los judíos, pasemos á ocuparnos de otros documentos de extraordinaria importancia para el asunto que nos ocupa. Tales son los escritos que de un carácter equívoco se conocen con el nombre de *Pseudoepigrafes* del Antiguo Testamento. Llámense así, porque todos ellos son de autores supuestos. El autor de un escrito de esta naturaleza tomaba el nombre de alguno de los hombres ilustres de otro tiempo, en vez de escribir en nombre propio, con lo cual quedaba revestida su obra de incon-

---

(1) Puede proceder perfectamente del verbo שמד *perder*. M. Renan (*Vie de Jesus*, pág. 262) se inclina á ver en el Asmodeo del libro de Tobit el dios de la concupiscencia, llamado por los persas *Æschina-Daeva*. En el Talmud (*Gittin*, 68, 1) figura como el demonio de la voluptuosidad, y algunas veces como el príncipe de los espíritus malos.

Las tradiciones rabínicas afirmaban que Asmodeo había nacido de la union incestuosa de Tubalcain y su hermana Naama. Añadían que vendido y encadenado por Salomon, fué obligado por este príncipe á prestarle ayuda en la construcción del templo, y que gracias á su auxilio pudo llevar á término la obra sin hacer ruido de ninguna clase, y sin servirse del hierro.—Vide Gfrazer, *Das Jahrhundert des Heils*, 1838.

cusa autoridad; y ocupándose en ella de acontecimientos contemporáneos distantes algunos siglos de la época en que vivió su pretendido autor, se consideraba necesariamente como un conjunto de profecías ó revelaciones sobre lo porvenir. De ahí que la mayor parte de estos documentos se designen con la denominación de Apocalípsis (*Revelaciones*). Los Salmos de Salomon, el libro de los Jubilados, la Asunción de Moisés, el cuarto libro de Esdras, el Testamento de los Doce Patriarcas y el Apocalípsis de Baruch, son de un interés y valor imponderables para el estudio de la conciencia religiosa de los judíos en la época contemporánea á la aparición del Cristianismo, muy principalmente en lo relativo á las ideas mesiánicas. Pero de todos ellos ninguno supera ni llega con mucho á igualar en importancia al libro ó Apocalípsis de Henoch, donde debemos encontrar numerosas y curiosas indicaciones referentes á las ideas demonológicas.

Permítasenos ántes de hacer aplicación de este libro al asunto que nos ocupa, decir algunas palabras sobre su naturaleza y carácter especial, tanto más cuanto es muy posible sea completamente desconocido para la mayor parte de los lectores. El libro de Henoch nunca llegó á formar parte del cánón de los judíos, pero en los primeros siglos de la Iglesia gozó de cierta autoridad y consideración entre los cristianos. Las Epístolas de Júdas y Bernabé recuerdan á los fieles, á los cuales van dirigidas, las predicciones del patriarca Henoch (1). En el siglo II, Ireneo y Clemente de Alejandría lo citan con respeto, y Tertuliano afirma en su *Tratado sobre la idolatría* que el libro es inspirado del Espíritu Santo (2). De un pasaje de otro escrito (*De cultu fœminarum*) de este último Padre, se deduce que ya entónces no era admitido por todas las iglesias en el cánón de las Escrituras. Orígenes (*In Johannem*), á pesar de que no desapruueba se le acepte como un libro sagra-

(1) Ep. Judæ, V, 14; Ep. Barnab., XVI. Lo que se dice en II Petris II, cuatro de la caída de los ángeles, está tomado también sin duda alguna del libro de Henoch. Comp. respectivamente estos pasajes con Henoch, I, LXXXIX, 56; y VII, 1-11; IX, 5.

(2) «Hæc igitur ab initio prævidens etiam ostia in superstitionem ventura præcecinit per antiquissimum prophetam Enoch.»

do, declara (*Contra Celsum*) que ya entónces las iglesias no reconocían en él un origen completamente divino. De acuerdo con las Constituciones apostólicas (L. VI, 16), San Agustín se pronuncia contra su autenticidad (1), y cediendo á la declaracion expresa de San Jerónimo (2), la Iglesia de Occidente deja definitivamente de admitirlo. Esta exclusion fué causa de que en el siglo v desapareciese casi por completo, á excepcion de algunos fragmentos conservados en especial por Jorge el Syncelo, y se hubiera perdido sin duda para siempre á no haber continuado la Iglesia copta admitiéndole en su cánon. Hace poco más de un siglo, en efecto, que un sabio inglés, Bruce, lo descubrió en Abisinia y trajo á Europa dos manuscritos etiópicos (3).

Grandes discusiones se han agitado y continúan todavía entre los críticos sobre la naturaleza y la época de este libro, de importancia tan capital para el estudio de los orígenes del cristianismo. A simple vista se distingue perfectamente que el libro de Henoch tal como ha llegado hasta nosotros no es de una sola mano, y los críticos no han podido ponerse de acuerdo todavía sobre el número de fragmentos que lo componen (4). Esto no obstante, es indudable que todos perte-

---

(1) De Civitate Dei, XX, 23.

(2) «Manifestissimus liber est et inter apocriphos computatur.» (*Comment in psalm. CXXXII, 3*).

(3) Sylvestre de Sacy publicó en 1800 algunos fragmentos del texto etiópico, y en 1821 apareció en Inglaterra la primera traduccion del libro completo con una disertacion crítica por Lawrence. En 1833, Hoffmann tradujo al aleman el trabajo de este último, y en 1840 Gfröezer lo tradujo al latin, publicándolo en sus *Prophetæ veteres pseudepigraphi* (Stuttgart). Por último, Dillmann ha dado del libro de Henoch una edicion crítica hecha sobre cinco manuscritos etiópicos (*Liber Henoch Æthiopice*, 1851), que ha traducido luégo él mismo al aleman con una introduccion y un comentario muy extensos (*Das Buch Henoch überretzt und erkläert*, Leipzig, 1853). Esta obra considerable está dividida en cinco libros, una introduccion, una conclusion y ciento diez capítulos.—Segun M. Renan (*Vie de Jesus*, 40, nota), el libro de Henoch constituye todavía una parte integrante de la Biblia etiópica.

(4) Lücke *Einleitung*, etc., Dillman en la obra ya citada y en la *Real Encyclopaedie* de Herzog (art. *Pseudepigraphen*, des. A. T.). Ewald, *Abhandlung ueber des Æthiopischen Buches Henoch Entstehung und Zusammensetzung*, Goettingen, 1854) Kostlin, *Ueber die Entstehung des Bu-*

necen á una misma época, dada la tendencia dogmática que en él domina desde el principio hasta el fin; pudiendo establecerse una verdadera relacion entre ellos, pues el anterior representa casi siempre el texto del desenvolvimiento contenido en el que le sigue (1). El carácter particular que ofrece de conformidad con todos los escritos apocalípticos, hace muy difícil, si no imposible, dar una idea general de su contenido. El profeta, transportado en éxtasis, no camina por la fe, como dice San Pablo (2), sino por la vision. ¿En qué época tuvo efecto la redaccion de este escrito? Weisse Volkmar y Grøetz opinan entre otros que el libro fué escrito posteriormente á Jesus; pero la mayor parte de los críticos, prescindiendo de alguna excepcion hecha con respecto á alguno que otro fragmento, se deciden por lo contrario. Una vez establecida la relacion intrínseca que existe entre todas las partes que le componen, tal vez no sea muy difícil determinarlo de una manera muy aproximada. Si el capítulo LXXXIX designa á Júdas Macabeo, como cree Langen, debiera más referirla al año 160 ántes de nuestra era; y si no se trata en él de Júdas Macabeo, como piensa Dillmann, hay que adelantarla hasta el año 115 ó 110. De todos modos parece indudable, segun han confirmado estudios muy profundos realizados recientemente sobre el libro de Henoch, que data de una época anterior al cristianismo. Las pretendidas interpolaciones de carácter cristiano que algunos sabios han creído encontrar en diversos puntos, no resultan tales, sino que los aludidos pasajes se hallan perfectamente en armonía con las ideas judaicas del II y I siglos ántes de J. C. y están marcadas además con el sello del judaismo más ortodoxo (3). Lo que no ofrece ningun inconveniente es

---

*ches Henoch*, in der *Tübinger theol. Jahrb.* 1856; Hilgenfeld en su obra *Jüdische Apocalyphtik*, etc.

(1) Langen. *Das Judenthum in Palæstina zur Zeit Christi*, pág. 53.

(2) II, Corinth. V, 7.

(3) En vista de la claridad y precision con que se designan en el libro segundo los caracteres del Mesías, muchos críticos no han vacilado en referir este libro á la era cristiana, considerando aquellos pasajes como interpolaciones evidentes. Pero semejante afirmacion no puede persistir despues que un detenido estudio crítico ha demostrado que los aludidos pasajes reconocen un origen anterior al cristianismo. Ni la doctrina que

admitir que tuviese por último redactor á uno de esos esenios exclaustrados, que tanto abundaban en la Palestina en aquella época, si atendemos á la tendencia mística que en la obra predomina y á ciertas ideas y creencias propias exclusivamente del esenismo, tal como lo conocemos por las indicaciones del historiador Josefo (1). Puede muy bien referirse, por lo tanto, la redaccion del libro de Henoch á la mitad ó á fines del siglo II antes de J. C.

La obra comienza por una revelacion del vidente Henoch sobre el juicio futuro del mundo y sobre sus consecuencias, tanto para los justos como para los pecadores rebeldes á los preceptos de Dios. En el libro I, que comprende desde el capítulo VI al XXXVI segun la division de Dillmann, se explica entre otras cosas el origen de los demonios. Interpretando el autor segun la opinion corriente en su tiempo los versículos del cap. VI del Génesis, donde se dice que los hijos de Dios se unieron á las hijas de los hombres, considera á los demonios como una degeneracion de los ángeles contaminados por su comercio impuro con las mujeres. Los jefes de estos ángeles caidos son en número de veinte, estando á su cabeza

---

identifica el Mesías con el verbo, ni la que representa á Cristo como el juez supremo, ni la denominacion que recibe de Hijo del Hombre, dejan de encontrarse en las ideas religiosas de los judíos relativas al Mesías en la época anterior á Jesus. El libro de Henoch señala precisamente el momento histórico en el cual iba á realizarse la identificacion del Mesías con el *Logos*, resultado necesario de la influencia de Alejandría sobre la Palestina (vid. á Soulier, *La doctrine du Logos chez Philon d'Alexandrie*, Turin, 1876). En los pasajes objeto de la discusion, se manifiesta la tendencia que impulsaba la leyenda nacional á confundirse con la concepcion metafísica. La expresion Hijo del Hombre no es en modo alguno exclusiva al Nuevo Testamento, y aún no repugnaría á las ideas judaicas del primer siglo la creencia en una segunda venida del Mesías. Pero el autor del libro de Henoch acusa un carácter puramente judío cuando al hablar de la venida del Mesías no establece ninguna distincion entre una primera y otra segunda. Si una mano cristiana hubiese intervenido en la redaccion de este escrito, no hubiera dejado de distinguir con cuidado dos eras mesiánicas; en la primera, el Mesías debía aparecer tan sólo á los elegidos, y en la segunda vendría para juzgar al mundo. El libro de Henoch, al contrario, afirma que el Mesías aparecerá tan sólo una vez: «para la redencion de los justos y el juicio de los impíos.»

(1) Comp. principalmente LXXXIII, 11; XVII, 4 y sig., con Josef, *De Bello Judaico*, II, 8, 11.

Semjaza (VI, 7). En otros puntos del mismo libro se designa á Azazel aquel por cuyas obras y doctrina se corrompió toda la tierra (X, 8) como puesto al frente de esos ángeles caídos sobre quienes pesa la acusacion de haber inclinado los hombres á la idolatría (X, XIX, XXI, LIV, LV, LXIV). Azazel es quien debe ser encadenado y precipitado en las tinieblas, donde permanecerá hasta el dia del juicio universal, despues del que será sumergido en el estanque de fuego (*Vide Jud. V, 6 y 2; Petri, II, 4*), junto con todos los demas ángeles caídos y las mujeres que les sedujeron. Los ángeles caídos son doscientos, presididos por veinte jefes, como ya se ha dicho. A pesar de mencionarse en el libro de Henoch los nombres de ininidad de demonios, no se nombra una sola vez ni al *Asmodeo* del libro de Tobit ni á *Armilos, Samael* y otros que pertenecen exclusivamente á la literatura talmúdica y rabínica. En muchos de estos últimos escritos, *Samael* es considerado como el príncipe de los demonios (1), y segun el Targum de Pseudojonatan sobre el Pentateuco él fué quien sedujo nuestros primeros padres (2).

En otros fragmentos de este Apocalipsis, los demonios no son los ángeles caídos á causa de su comercio con las mujeres, sino su progenitura, los gigantes (3). Tenían trescientos codos de altura y devoraban todo cuanto podía producir el trabajo de los hombres. Siendo ya imposible poder saciar su desenfrenado apetito y amenazados éstos por inminente peligro de perecer, claman al Eterno en demanda de auxilio. Entónces Dios encarga á los jefes de la milicia celeste, Gabriel, Michael, Raphael, Phanuel, Suryal y Uriel, la comision de librar una batalla contra los demonios; pero ántes que ésta empiece comunica á los ángeles sus designios y sus órdenes por boca de Henoch, el hombre que habiendo permanecido justo, ha sido

---

(1) Unas veces se le llamaba Gog y Magog (*Targ. Pseud. Jonathan in Num., XI, 26*), y otras Ermolao (*Id. in Isaias, XI, 4*).

(2) In Gen., III, 6. Consult. Eisenmenger, *Endecktes Judenthum*, 1711, I, 827 y sig.

(3) La misma idea se encuentra en los Padres de la Iglesia. Véanse á Gfrœzer, *Geschichte des Urchvistenthums*, 1833, I, pág. 385, y Dillmann, *Das Buch Henoch*, 1853, pág. XLII.

arrebatado al cielo y ha escrito todos los acontecimientos de que él fué actor y testigo al mismo tiempo.

«Ya no habrá paz para ti en adelante, dice dirigiéndose á Azazel; una terrible sentencia se ha pronunciado contra ti. Él te encadenará. No esperes ya ni reposo, ni intercesion, ni misericordia; serás derrotado por haber enseñado á los hombres á ultrajar al Señor.»—Los ángeles ruegan al Eterno retire su sentencia, pero no hay perdon para él.—«Vé, dice el Altísimo á Raphael, átaló de piés y manos y échalo en las tinieblas. Derrumba sobre él grandes y puntiagudos peñascos; que su rostro se cubra de un espeso velo, y, llegado el supremo dia del juicio, sumérgelo en el estanque de fuego. Anuncia entre tanto á los hombres que la tierra por él profanada yo la purificaré.»—El diluvio purifica la tierra y destruye la raza maldita que la había contaminado.

En la cuarta parte del libro de Henoch se narra la historia de los ángeles caidos bajo la forma de alegoría. Allí se identifican los demonios con las estrellas, confusion que nada tiene de particular en un judío versado en el estudio de las Escrituras. Era muy comun designar á los ángeles como las luces del cielo. En varios puntos de los libros sagrados las estrellas son llamadas las armadas celestes, y el Dios de los ejércitos es el Dios de las estrellas de las potencias del cielo (1). «He visto, dice el profeta, caer del cielo una estrella, y cómo se levantaba, comía y pacía en medio de las terneras. Luégo descendieron del cielo otras estrellas, y empezaron á pacer entre las terneras. Estas concibieron todas y dieron á luz elefantes, camellos y onagros... Entónces empezaron á devorar á los toros, y todas las criaturas de la tierra sobrecogidas de terror huyeron precipitadamente. Uno de los ángeles que habían permanecido fieles cogió la primera de las estrellas caidas, y atándola de piés y manos la arrojó al abismo, profundo, inmenso, terrible, donde no hay más que tinieblas. Otro ángel, desenvainando su espada, dióla á los elefantes, camellos y onagros, quienes empezaron á trabar entre sí una

---

(1) *Testam. Levi.*, 14.

batalla formidable. La tierra tembló. Un ángel toma las estrellas, las ata de piés y manos y las precipita al abismo.»—El combate entre el cielo y la tierra se termina por el diluvio, que destruye la raza pervertida de los hombres y deja sólo subsistir á la familia del justo Noé.

Los doscientos ángeles caídos, teniendo al frente á Azazel, enseñaron á los hombres la magia, el arte de los hechizos, las propiedades de las raíces y los árboles, las ciencias perniciosas y las artes perjudiciales, la fabricación de las espadas, cuchillos, escudos, corazas, de los espejos, collares y brazaletes, el uso de la pintura, el modo de dar color á las cejas, de observar las estrellas y determinar los movimientos de la luna. De los demonios aprendieron también los hombres á ultrajar á Dios y á ser tiranos de sus semejantes. De ellos procede la idolatría, plaga asquerosa, la más execrable de cuantas manchan la humanidad. Los ídolos, las estatuas, á las cuales rinden culto todos los hombres y los pueblos extraviados, no son únicamente vanos simulacros, imágenes inertes de piedra y de madera, son espíritus superiores con existencia real, seres perversos que inspiran y realizan el mal; son, en una palabra, los ángeles rebeldes, quienes despues de haber dominado sobre la tierra como príncipes y reyes, han sido divinizados por los hombres pervertidos. Ellos fueron vencidos en la batalla librada por las potencias del cielo, mas su acción subsiste todavía. Despues del diluvio empezaron á realizar de nuevo el mal y á corromper al género humano. Entónces comienza una nueva y suprema lucha que dura todavía, cuyo término espera con ansiedad el autor del libro de Henoch y con él todos los fieles de la tierra. Entre todos los pueblos contaminados por los vicios de la idolatría existe uno digno de la solicitud del Eterno y que va á ser el instrumento de sus desig-nios, de su misericordia y su justicia. Israel va á reconquistar al verdadero Dios todos los pueblos de la tierra. La obra de este pueblo, siempre virtuoso, siempre fiel á los preceptos de su Dios, representado ántes del diluvio por la familia de Seth y que es la descendencia de Abraham, la obra de este pueblo será consumada por el Hijo del Hombre, el Hijo de la Mujer, el Elegido, el Misterioso, el Hijo de Dios; en quien reside

toda justicia y que tiene en su mano la llave de los tesoros ocultos. El Señor de los Espíritus le ha elegido á él con preferencia, y sentándole á su diestra le ha dado una gloria superior á todas las criaturas.

No es de este lugar seguir exponiendo lo que sigue del libro de Henoch, la parte por cierto más curiosa y más importante en que radica el interes capital de este Apocalípsis. En ella se contienen las más admirables revelaciones de la conciencia religiosa de los judíos, en aquella época de transicion en que había llegado al paroxismo la esperanza de su porvenir. Bástanos á nosotros por ahora conocer lo que en él se dice sobre los espíritus malignos, objeto particular del presente estudio. Por él podemos apreciar cuáles eran las opiniones corrientes en la época en que se escribió, sobre la naturaleza de los demonios y el aspecto que ofrecía entónces la creencia en estos espíritus siniestros. Con el mismo pseudo-epígrafe y el auxilio de otros documentos llegaremos á averiguar muchos detalles con que la imaginacion popular de aquel tiempo la había enriquecido.

Segun las ideas dominantes en la época, los demonios formaban lo que se llamaba el reino de las tinieblas, y se dividian en dos categorías diferentes. Los unos, que eran los gigantes nacidos de la impura union de los hijos de Dios con las hijas de los hombres, residían sobre la tierra poblando los aires (1) y ejerciendo contra los hombres su perniciosa influencia. Los otros, que eran los ángeles caidos, tienen su asiento en las ti-

---

(1) En la *Epístola ad Ephesios*, II, 2, se habla del príncipe de la potencia del aire (τον αρχοντα της εξουσιας του αερος τουτου), y en el *Test. de los doce patriarcas* (*Test. Benj.*, 3) se llama á Beliar αεριον πνευμα. El libro de Henoch usa con frecuencia de expresiones análogas. El Beliar que acaba de citarse es uno de los nombres con que se designaba el príncipe de los demonios (II, *Corinth.*, VI, 15), que procede del hebreo *Belijahal* (maldad), y equivale al griego πονηρος (el maligno), adjetivo que se aplica con frecuencia al diablo en los escritos del Nuevo Testamento. Es muy comun el cambio de la λ en ρ en el idioma helenístico, y de ahí que haya conservado la forma Βελιαρ en vez de Βελιαλ. Esta expresion, á su vez, es muy usada en los Pseudoepígrafes del Nuevo Testamento, los cánones apostólicos y los Padres de la Iglesia. Los oráculos sibilinos designan expresamente á Belial como el príncipe de los demonios y como el Antecristo (Lib. III, 61).

nieblas, donde expían su crimen con terribles tormentos. Los volcanes nos revelan la existencia del fuego que los abrasa (1). Allí Azazel y sus partidarios esperan el día del juicio cargados de pesadas cadenas y teniendo sobre ellos la mole de piedras enormes (2) como el gigante Encelado de la Eneida.

Los demonios, pues, que pueden ponerse en relacion con la humanidad residen en los aires, los desiertos y lugares inhabitados (3), de donde salen para atormentar al hombre y afligirle con todo género de calamidades. Era tal la preocupacion que entónces existía sobre la funesta influencia ejercida por los demonios, que no podía ocurrir la menor desgracia á una persona sin que se atribuyese la causa á un espíritu maligno. Las enfermedades desde muy antiguo eran consideradas como efecto de la accion del diablo. En esta época, algunas podían explicarse por el castigo de una falta (4), pero la mayor parte eran atribuidas al demonio (5). Los espíritus malignos pueden posesionarse completamente de una persona, pueden hacer caer en tentacion é influir en el pensamiento y hasta en el porvenir de los hombres (6). El hombre posee en sí siete espíritus de error que le ha dado Beliar (7). El diablo, finalmente, hace de los hombres su propiedad y puede hasta ser causa de su muerte (8). Las enfermedades extrañas por los efectos que producían sin determinar lesion alguna visible en el cuerpo de las personas, eran atribuidas todas á la accion permanente del diablo. La locura por lo general se consideraba como una posesion y se servían de la misma palabra para decir estar loco y ser demoniaco (9).

---

(1) Henoch, LXVII, 7.

(2) Id., X, 4; LIV, 5; X, 12 y sig.

(3) Jesus encontró á Satan en el desierto, y en él encuentra tambien la mayor parte de los demoniacos, á los cuales exorciza. El Asmodeo del libro de Tobit se halla en el desierto del alto Egipto (VIII, 3). Comp. con Math., XII, 13; Luc., XI, 24, y el Azazel del Levit., XVI, 20, 22.

(4) Math., IX, 2; Juan., V, 14; IX, 1 y 2; Ep. Jacobi, V, 15.

(5) Math., IX, 33; XII, 22; Marc., IX, 16; Luc., XI, 14; Act., XIX, 12.

(6) Joseph. *De Bello Jud.*, VII, 6, 3.

(7) Testam. Dan., 1.—Math., XII, 45.

(8) Testam. Nephtali, 8.—Tobit, III, 8; VIII.

(9) El verbo *δαμοναυ* tiene ambas significaciones en toda la antigüedad

La posesion, sin embargo, no era incurable, sino que existían varios procedimientos para echar los espíritus malignos. Todas las escuelas de la Palestina se preocupaban por tales medios, dedicándose con verdadero celo á esta obra de beneficencia. No existía ningun procedimiento generalmente usado, empleando cada cual el que mejor le parecía. Segun nos informa el primer Evangelio (1), los fariseos, y segun Josefo (2) tambien los esenios, gozaban de mucha fama, logrando la curacion de los poseidos por medio de talismanes. Los fariseos, sobre todo, se manifestaban en extremo intolerantes contra aquellos que en sus exorcismos se apartaban de las prescripciones por ellos indicadas; y creyendo que el príncipe de los demonios tenía sobre los espíritus malignos poder bastante para echarlos del cuerpo de un poseido, atribuían el éxito del exorcismo que se había verificado contra las reglas de su sistema, á la accion del jefe de los demonios, diciendo del que había verificado la operacion que estaba entregado á Satanás y era un demoniaco. De Jesus decían que si echaba los demonios era en virtud de Beelzebub (3). Tambien en el primer siglo se decía de Juan Bautista que tenía un demonio en el cuerpo, y parece que era esta una expresion usual usada por los conservadores al tratarse de uno que se separaba de las tradiciones generalmente recibidas.

Como toda enfermedad era una posesion, el ejercicio de la medicina se reducía al arte de echar los demonios en esa época. Josefo nos ha conservado uno de los medios más eficaces que se empleaban en su tiempo y que debe su origen, segun él, al rey Salomon. Consistía en el empleo de ciertas fórmulas mágicas (επωδαί), y sobre todo de cierta raíz llamada *Baaras*, color de fuego, cuya adquisicion es muy difícil y peligrosa. El imprudente que intenta apoderarse de ella se siente herido al momento de un golpe mortal. Pero Josefo indica

---

clásica. La frase *Dæmonium habes*, tan usada en los Evangelios, equivale á esta otra: «Tú eres loco.»

(1) XII, 27.

(2) *De Bello Jud.*, II, 8, 6.

(3) *Math.*, XII, 24.

asimismo la manera de evitar este riesgo inminente. La planta á la cual pertenece la raíz en cuestion crece por los alrededores de Machœrus. Una vez arrancada la planta, se ata la raíz á un perro, que acosado vivamente la arrastra tras de sí: el perro muere y el hombre ya libre del peligro puede apoderarse sin cuidado de la raíz milagrosa. Su empleo consiste en acercarla á la nariz del endemoniado, el cual queda inmediatamente libre de los demonios (1). El mismo Josefo afirma haber visto cómo un sacerdote llamado Eleazar hizo salir en virtud de este talisman el demonio de la nariz de un poseido (2).

Tal sería ó muy semejante el procedimiento muy usado en la Edad Media para echar los demonios, segun se desprende de los vidrios de algunas viejas catedrales en que están pintados casos de exorcismos. Allí se ve al obispo exorcizando á los poseidos y al diablo saliendo por la nariz.

Viviendo Jesus en un medio tan saturado de preocupaciones y creencias extravagantes, y habiendo recibido una educacion puramente judaica, no podía ménos de participar del espíritu y manera de pensar de sus contemporáneos. La creencia en el diablo no constituye un dogma de fe, en su predicacion, en ninguna de sus enseñanzas la exige. Los principios fundamentales de su doctrina pueden muy bien subsistir sin ella y áun hasta cierto punto la excluyen completamente. Jesus exige la pureza del corazon, la sed de justicia, el amor de Dios y de los hombres, y estas prescripciones son independientes por completo de la creencia de Satanás. En otros puntos indica que los malos pensamientos nacen del corazon, idea que de-

(1) *De Bello Jud.*, VII, 6, 3.

(2) *Antiq. Jud.*, VIII, 2, 5. Josefo difiere de las creencias consignadas en el libro de Henoch en cuanto no considera á los demonios como ángeles caidos, sino como los espíritus ó las almas de los hombres perversos (*ανθρωπων πονηρων πνευματα*, *De Bello Jud.*, VII, 6, 3). A pesar de hablar tanto de demonios, el nombre de Satan no aparece una sola vez en sus escritos. Es digno de notarse que Filon de Alejandría sólo habla en un pasaje (*De Gigantibus*, 4) de los espíritus malos. A semejanza de Josefo, opina que los demonios son las almas que degeneradas por haber caido en la sensualidad, divagan errantes por los espacios. Su principal ocupacion consiste en excitar en los hombres deseos impuros.

biera haber explicado de otra suerte si en él hubiese estado muy arraigada la fe en el diablo. Pero esto no obstante no podemos menos de convenir en que formó parte de sus convicciones, si no queremos ponernos en contradicción con las más auténticas afirmaciones de los Evangelios en este punto. No sólo no combatió jamás Jesús la creencia de sus compatriotas en el espíritu del mal, sino que ántes al contrario participa de ella y la confirma por muchos de sus dichos y acciones (1). Creía en la existencia de los demonios, en su influencia funesta, en sus tentaciones y en las enfermedades que ocasionaban. Él mismo tenía también poder para conjurarlos, y son frecuentes en los Evangelios los casos de exorcismo que llevó á efecto, y en cuya virtud era considerado por los fariseos como un poseído, según ántes ya hemos dicho. En los actos más solemnes de su vida, en sus enseñanzas las más auténticas, ha manifestado su completa adhesión á la creencia general (2). En la oración dominical en que enseña á sus discípulos la manera cómo deben orar, les prescribe que pidan al Padre celestial les libre del espíritu malo (3). En ciertas ocasiones ha hablado de una lucha sostenida por él contra un tentador personal (4), lucha que los sinópticos sufrieron á los primeros años de su vida pública (5). Es imposible negar que Satan fuese para Jesús un ser real, afirmando que podía considerarlo como un principio personificado por la alegoría, si se atiende á los términos con que de él hablaba (6). Desig-

(1) Véase de qué manera habla de los demonios y de los demoniacos, y el lenguaje que emplea en la curación de éstos últimos (Math., XII, 43 y sig.; Luc., XI, 45 y sig.; Math., XII, 28).

(2) Math., V, 37.

(3) Las palabras *ρυσαι ημας απο του πονηρου* (Math., VI, 13), no pueden traducirse en modo alguno por «libranos del mal ó del pecado,» como se ha pretendido, sino que claramente significan «libranos del malvado,» esto es, del demonio. Las palabras anteriores (*μν εισενεγκης ημας εις πειρασμον*), que se refieren de una manera evidente á un tentador personal, y el término *πονηρος*, que casi siempre emplea Jesús para designar á Satan (Math., V, 37; XIII, 19; Joan., XVII, 15), no dejan duda alguna respecto al particular.

(4) Math., XII, 29; comp. con Luc., X, 18.

(5) Math., IV, 1 y sig.; Marc., I, 12; Luc., IV, 1 y sig.

(6) Luc., XXII, 31; Joan., VIII, 44; XIV, 31; XV, 30; XVI, 11.

nábalo con diferentes nombres. Unas veces le llamaba el calumnidor (ο διαβολος), otras el malvado (ο πονηρος), otras el jefe de los demonios (ο αρχων των δαιμονιων), otras el enemigo (ο εχθρος) (1), y finalmente (Βεελζεβουλ) (2).

(1) En el cuarto Evangelio, la expresion favorita de Jesus para designar al diablo, es ο αρχων του κοσμου τουτου, «el príncipe de este mundo.»

(2) Math., XII, 24; X, 25; Marc., III, 22; Luc., XI., 15.—Tres son las explicaciones que se han dado de este nombre. Los manuscritos siriacos, la version itálica, la Vulgata, y los Padres latinos han adoptado la forma Βεελζεβουβ que hacen derivar de *Beel-Zebub*, nombre de una divinidad filisteas que significa el «dios de las moscas.» La palabra *Zebub* (mosca), hubiera tomado, segun esta hipótesis, en la pronunciacion aramea, la forma *debaba* ó *dibaba*, y pronunciado de esta suerte el nombre *Beel-Zebub*, se transformaría en *Beel-Debaba*, que significa *el enemigo* (Satan). La mayor parte de los exegetas modernos (Buxtorf, De Wette, Winer, etc.), pretenden que los judíos cambiando la β en λ hubieran adoptado aquella denominacion para calificar al diablo de *dios del estiércol*, esto es, de lo que está manchado é impuro (*Beel-Zebel*). Pero la forma de la palabra no permite proñijar esta opinion. Una interpretacion semejante exigiria la forma Βεελζαβηλ Βεελζαβελ.—Otros, por fin, entre ellos Michælis, Hitzig y Meyer, traducen la palabra Βεελζεβουλ por «Señor de la casa,» esto es, del reino de los demonios, atendiendo á que la palabra *Zabal* significa en hebreo «habitacion.»

Pido indulgencia al lector por detenerme algun tanto en esta palabra, cuya interpretacion tanto ha dado que pensar á los comentadores, y cuyo verdadero sentido nadie ha podido precisar todavía. En mi concepto, la palabra Βεελζεβουλ no significa ninguna de las cosas que hasta aquí se ha pretendido, sino pura y simplemente «príncipe de los demonios:» Hé aquí una interpretacion natural, que ni exige echar mano de imitaciones al extranjero, ni necesita forzar la estructura del vocablo.

La raíz *zabal* es indudable que se emplea en la mayor parte de las lenguas semíticas para designar el sentido de «amontonar estiércol,» «abonar la tierra;» pero ni en hebreo, ni en ninguna otra lengua de la misma familia se encuentra aquella raíz, teniendo el valor bien probado de «habitar.» El motivo de haberse traducido la palabra *zeboul* por *habitacion* en los pasajes del *Ant. Testam.*, en que aparece se funda en la interpretacion que han dado los exegetas á I, Reg., VIII, 12-13; II, Chron., VI, 2, donde se dice (habla Salomon): «Dios ha dicho que quería habitar en las nubes. Yo he construido para ti (Dios) un *Bet-Zeboul* como lugar de residencia para ti eternamente.» Todo el mundo ha creído hasta aquí que *Bet-Zeboul* debía traducirse por *casa-habitacion*. Pero indudablemente el autor, al calificar con este nombre el Templo de Jerusalem, lo llamó así recordando el nombre asirio de *Bit-Zabal* que se daba al templo de Merodach, reedificado por Nabucodonosor, segun el mismo rey afirma en la inscripcion hallada en Borsippa, y que tradujo por primera vez M. Oppert.—Del estudio comparativo de algunos textos cuneiformes, se deduce que la palabra *zabal* tiene en asirio el sentido de *elevacion*, y otras veces

Los apóstoles participaban de las mismas ideas y las mismas convicciones de Jesús (1). En las actas y en la primera epístola de Pedro (2), Satan es considerado como el autor del mal y como el tentador; y en el Apocalipsis de Juan aparece el príncipe de los demonios en completo desarrollo, siendo el acusador de los justos y el seductor de todos los hombres. En este documento recibe los nombres de Dragon (ο δρακων) y Serpiente (ο οφις ο αρχαιος). Al principio residía en el cielo, pero precipitado por Michael y sus ángeles (3), tiene desde entonces establecido su dominio aquí en la tierra, haciendo á los hombres víctimas de su insaciable cólera (4). Roma, la prostituida Babilonia, le rinde culto y homenaje (5); pero cuando llegue el advenimiento del reino de Jesucristo, será vencido por éste despues de formidables combates (6), y entónces

---

el significado de *pasto*, lo cual confirma el sentido de *hacer estiércol* que la misma raíz presenta en las lenguas semíticas, como ya hemos dicho. En árabe el verbo *zabal* ha conservado ambas significaciones. Mas no hay razon alguna filológica que legitime la traducción de la misma raíz en cualquiera parte que se presente por *casa ó habitacion*. Algunos textos bíblicos (Isaías, LXIII, 15; Habacuc, III, 11; Psalm., XLIX, 15), indican suficientemente que es en sentido de elevacion que debe traducirse la palabra *zeboul*, segun se desprende de las últimas investigaciones asiriológicas; y en otro pasaje en que se ha traducido conforme á la idea de habitacion (Gen., XXX, 20), el sentido del texto es más claro y más exacto, sustituyéndole al primero.—La palabra *zabal* es sin duda la equivalente asiria del grupo *Schah-il* en la expresion *E-Sckak-il* (templo de la Altura), templo elevado que figuradamente debe traducirse por templo de la Grandeza, templo de la Majestad. (Véase el *Journal Asiatique*, août-septembre, 1878, pág. 220 y sig.)

Siendo esto así, ¿no es lógico y natural traducir la expresion Βεελζεβουλ por *príncipe de los demonios*? La palabra Βεελ tiene el sentido de *señor*, y la palabra ζεβουλ procedente de la raíz *zabal*, implica la idea de *altura*. Pues bien, Βεελζεβουλ, será el señor más alto, el primer jefe, el príncipe, y como á quien se aplica aquella denominacion es á un espíritu del mal, claro es que se trata de Satan, del príncipe de los demonios.

(1) Math., IV, 3; VIII, 31; Marc., I, 13; Luc., IV, 2; VII, 29; VI, 18 y sig.—Act., X, 38; Ep. Jacobi, II, 19; Ep. Judæ, V, 6; II, Petri, II, 4.

(2) Act., V, 3; I, Petri, V, 8.

(3) Apoc., XII, 7.

(4) Id., XII, 12.

(5) Id., XIII, 4 y sig.

(6) Id., XX, 1 y sig.

será arrojado lleno de cadenas á un calabozo subterráneo, de donde saldrá, aunque por poco tiempo despues, de transcurridos mil años, para ser precipitado en seguida en el estanque de fuego, del cual no se librá jamás.

Tal es el carácter que presentaba en la edad apostólica la idea del diablo. Sin dejar de atribuirle una existencia real, ántes al contrario, considerándole como una verdadera personalidad, fácilmente se comprende atendida la sobriedad de los escritos del Nuevo Testamento respecto á su intervencion en los asuntos humanos y al papel que desempeña en las doctrinas predicadas por Jesus y los Apóstoles, que en rigor predominaba el concepto simbólico y corría el riesgo de perderse en las regiones de su puro espiritualismo. Es una acusacion injusta é infundada la que se hace al cristianismo cuando á él se atribuye el desarrollo de la creencia en el diablo y se le hace responsable de todos los desvaríos y todas las atrocidades á que la misma dió lugar durante el período de su mayor apogeo. El sentido eminentemente espiritualista de la religion cristiana sólo podía conciliarse con esta idea en cuanto tuviese un carácter simbólico, y hubiera acabado por eliminarla del círculo de las creencias á no haber concurrido infinidad de causas ajenas á impulsar su desenvolvimiento. El cristianismo no podía sustraerse á la influencia del medio en que apareció, y tuvo que seguir viviendo. No es de él, por cierto, ni de religion alguna determinada, de donde ha partido la idea de un espíritu del mal; la causa está en el aspecto dualista bajo el cual ántes y despues de él se ha considerado la naturaleza poco conocida todavía por falta de investigaciones verdaderamente científicas. En la primera época del cristianismo la tendencia general y dominante era en extremo favorable al desarrollo de aquella idea. El politeismo decadente, cada dia más dualista, el ascetismo propio de todas las manifestaciones religiosas de aquel tiempo, la práctica del ayuno. causa perenne de sobreexcitaciones y delirios, el maniqueismo, verdadero confluente del dualismo persa y el cristianismo, son hechos todos coetáneos de la religion naciente, los cuales, al acoger en su seno la doctrina del diablo, no hacían más que participar de la creencia general obedecien-

do al impulso del período histórico en que tenían lugar.

En el primer siglo la personalidad de Satan está completamente formada. Satan es el príncipe de las tinieblas, la antítesis del reino de la luz. Las enfermedades físicas, las persecuciones, las adversidades persisten siendo su obra ó la obra de los demonios. Todo cuanto se oponía esencialmente á la verdad y á sus progresos, la mitología, el culto pagano, las herejías y, segun algunos PP., hasta las mismas especulaciones de los antiguos filósofos, provenían de la influencia funesta de Satan. Su poder, sin embargo, no era absoluto. Todo cristiano pronunciando el nombre de Cristo ó haciendo la señal de la cruz podía oponerle resistencia, y algunos Padres de la Iglesia creían con Orígenes que el príncipe de los demonios se convertiría al fin de los tiempos. Mas una opinion semejante fué combatida por otros y resultó condenada en el siglo vi.

La creencia en el diablo continuaba presentándose revestida de un carácter espiritualista.

Hasta entónces Satan no pasaba de ser un espíritu tentador invisible, impalpable, y aunque podía ejercer su acción sobre nuestro cuerpo, en cambio no era accesible á la percepción por los sentidos. Pero bien pronto se convertirá en un sér capaz de ofrecerse bajo todas las formas y apariencias. Fundándose en la opinion corriente en su tiempo que refería la caída de los ángeles al momento mismo de la creacion explicándola por el orgullo, San Agustin opina que por efecto de la misma, sus cuerpos ántes sutiles é invisibles se volvieron más densos. Esta creencia, unida á la idea de que los demonios, con el fin de satisfacer sus deseos impuros, aprovechan la noche para sorprender los jóvenes y las mujeres durante el sueño, puede considerarse como el preludio de todas las evoluciones sucesivas del espíritu del mal. Desde entónces las apariciones del diablo en forma real y material se hacen más frecuentes y se multiplican. Generalmente se aparece tal como es en realidad; ángel de las tinieblas, preséntase como un hombre negro. Pero muchas veces, con objeto de evitar la repulsion y repugnancia que á los fieles inspira, toma las formas más falsas y engañosas. San Martin, segun cuenta la leyenda, lo vió des-

figurado de tal suerte, que tenía el aspecto del mismo Cristo. Con la leyenda de San Teófilo se extendió la idea de que haciendo un pacto con el demonio, una persona podía procurarse todo lo que apetecía. Los restos de politeísmo conservados en todo su vigor y la tendencia de la Iglesia á calificar de diablos y demonios todos los seres sobrenaturales que no fuesen santos ó ángeles, fueron causa de que convirtiéndose en verdaderas personificaciones del espíritu del mal pasaran á poblar el mundo de las tinieblas para acrecer las filas de Satanas los antiguos dioses paganos, cuyo recuerdo se había conservado por la tradicion. En adelante la creencia en el diablo pierde completamente el carácter algun tanto elevado de los primeros siglos y pasa á ser una creencia estúpida y grosera. Desde el primer período de la Edad Media empezaron á considerarse ciertos animales, como el gato, el raton, el perro negro y el lobo, como símbolos y auxiliares unas veces, y otras como manifestaciones momentáneas de Satan. Del siglo XIII al XV la creencia en el diablo se encuentra en su mayor apogeo y constituye la idea fija de todo el mundo. Pretendíase descubrir la intervencion del diablo en las circunstancias más insignificantes y triviales de la vida. Las célebres *Revelaciones* de Richalmus, que tanta popularidad obtuvieron al publicarse despues de la muerte de su autor, contienen sobre el particular los más chocantes y curiosos pormenores. Una cosa llama la atencion, á pesar de que por otra parte se explique perfectamente. Tal es ver que en esa época una personificacion verdaderamente terrible, ofrezca su lado cómico y ridículo. Pero de todos modos, no obstante servir muchas veces de pábulo á la burla y á las risotadas de las muchedumbres, nunca se acentuó con tanta intensidad su carácter sombrío y siniestro.

Esa intervencion permanente del diablo en todos los actos de la vida y las supersticiones que respecto á él se hallaban extendidas, debían originar de una manera lógica y natural la creencia en los *brujos*. El éxito obtenido por un enemigo en una empresa y el resultado feliz de cualquiera tentativa atrevida hacían á los protagonistas sospechosos de mantener relaciones con el diablo. ¡Cuántos inocentes, víctimas de esta

absurda superstición, perecieron en las hogueras! Los odios, los celos, las venganzas y las sospechas casi siempre infundadas, sirvieron frecuentemente de pretexto para que una persona fuese acusada ante los tribunales. La lectura de las formalidades seguidas por éstos contra los individuos sospechosos de brujería y que se han conservado en el *Malleus maleficarum* escrito por los inquisidores Institoris y Sprenger, subleva el espíritu por el infinito cúmulo de aberraciones erigidas con toda gravedad en puntos ciertos, y hace estremecer por la fría crueldad en que se inspiran los procedimientos (1).

La creencia en el diablo había alcanzado la última y suprema etapa de su desenvolvimiento. Satanás era en realidad el rey de este mundo, y todo lo penetraba con la atmósfera de su influencia funesta y maligna; pero bien pronto iba á desplomarse del pedestal á que le elevara la superstición y en el que le sostuviera la ignorancia. El regreso al primitivo espiritualismo de la Religión cristiana por la Reforma, lo excluía implícitamente de la conciencia, como un conocimiento más real de la naturaleza, pues la ciencia debía convertirlo en un sér imaginario y en una ficción. Proclamando la absoluta soberanía del Sér Supremo, la Reforma no podía ménos de considerar á Satan como un simple instrumento de la voluntad divina, y por lo tanto debía influir, aunque de una manera indirecta, en su decadencia. El espíritu científico, tal como lo constituyeron Bacon y Descartes y fundado en el procedimiento experimental, fué causa de que en lo sucesivo todo el mundo se convenciera de que sólo por ignorancia se habían podido apreciar como obras del diablo un sinnúmero de hechos, que eran en realidad consecuencia lógica de las leyes naturales y manifestación elocuente á su vez del plan divino. Los progresos realizados por la geografía, que reveló la forma y la estructura del planeta, y las investigaciones astronómicas cuyo resultado fué un conocimiento más exacto del universo, acabaron con el reinado de Satan. La psicología experimental

---

(1) El *Malleus maleficarum* fué sancionado por el pontífice, y aprobado por el emperador Maximiliano y la facultad teológica de Colonia.

explica perfectamente las enfermedades demoniacas, la tierra no es el centro de la creacion como se había creído, el cielo no está limitado por la bóveda del firmamento, Dios penetra todo el universo con su presencia y con su voluntad. ¿Qué lugar queda ya para el diablo? En el dia de hoy el progreso intelectual en todas sus ramas y en todas sus manifestaciones, ha acabado de una manera definitiva por excluirlo del dominio de lo verdadero, y esa sombra siniestra, pesadilla eterna de persas, judíos y cristianos, espanto y terror de nuestros mayores, se ha desvanecido por completo al poderoso é infalible exorcismo de la ciencia.

JAIME GRES.





## LA HISTORIA EN EL SIGLO XIX.

Toda ciencia tiende á su perfeccion, y todo sér á mejorar las condiciones de su existencia. El hombre que compare su tiempo con una edad de oro existente sólo en su fantasía, hablará de degeneracion y decadencia; pero el que estudie á fondo el pasado, mirará el presente con puro y noble amor.

MACAULEY; *The History of England.*

**N**INGUNA ciencia comparable en importancia á la ciencia histórica. La historia es para las sociedades lo que la memoria para los individuos. Por la historia más que en el espacio, el hombre se desarrolla en el tiempo, viviendo vida perdurable; pues los infortunios de las generaciones anteriores, son nuestros infortunios, sus triunfos, nuestros triunfos, su espíritu, nuestro espíritu. Los cantos del poeta, cuya existencia desconocemos, vienen en los momentos de angustia á templar nuestro dolor y á dulcificar nuestras amarguras; las ideas concebidas por los grandes filósofos de Oriente, ó por los sublimes pensadores de Grecia en edades por millares de años apartadas de la nuestra, alimentan la inteligencia y fortifican la fe abatida por las contrariedades de la vida real. Sin la historia, la existencia de la humanidad no se concibe; pueblos, ideas é instituciones, arrastrados por los vientos del destino, desapa-

recerían sin dejar tras sí huella alguna por donde las edades subsiguientes pudiesen enderezar sus pasos al cumplimiento de sus respectivos fines; y el hombre, para quien la creación sería sólo el reducido círculo abierto ante sus ojos, se asemejaría, según bella frase de insigne historiador, al niño que nacido á media noche, al ver el sol, lo creyese acabado de crear en aquel momento.

El siglo XIX es el siglo de la historia. Sometida ésta en el antiguo Oriente á extrañas influencias, siendo patrimonio de las clases superiores que la convirtieron en medio efficacísimo de perpetuar su dominación; mezclada en unos países con elementos religiosos, representados por la palabra misma de Dios; simple registro en otros de los actos del soberano; menospreciada en algunos, como acontece en el pueblo indio, el cual, mientras concede altísima estima á las operaciones internas del espíritu, transmitiéndonos fielmente sus ideas religiosas y sus especulaciones científicas, desdeña el consignar las manifestaciones de su vida externa, sin que sea posible descubrir la verdad histórica á través de las ficciones poéticas del Ramayana ó del Mahabharata, como han intentado Lassen y Weeler (1); la Historia no puede elevarse al concepto de las transformaciones sociales, á la noción de las leyes que presiden el desenvolvimiento de la humanidad, su único y verdadero objeto.

Sobre el florido suelo de la culta Grecia aparece ya la historia con vida propia, como arte independiente de toda mira egoísta, de todo interés religioso. El deseo de que no perezcan las maravillosas acciones de sus conciudadanos y la esperanza de ejecutar algo útil para las generaciones venideras, llevan al historiador griego á narrarnos las gigantescas hazañas acabadas por sus conciudadanos. Herodoto cuenta las guerras de los griegos con los bárbaros «para que no llegue á desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni ménos á oscurecerse las grandes y maravillosas hazañas así de los griegos como de los bárbaros.»

---

(1) Caillemer, Discurso en el Congreso de Lion.

Tucídides comienza á escribir la guerra del Peloponeso persuadido de su importancia, y de que, más que otra alguna, merecía ser recordada por los hombres. Y así, impulsados por tan nobles sentimientos, llenos de entusiasmo ó de indignacion segun la índole de los sucesos referidos, varios como la tierra griega, resplandecientes como el sol que los ilumina, llenos de amor intenso hácia la patria, sin detenerse á meditar sobre las causas determinantes de los hechos, sin marcar la relacion y enlace de éstos, los historiadores griegos de la primera época, pues Polibio presenta caractéres distintos, como veremos luégo, trazan cuadros admirables cuyo fondo lo constituyen siempre verdaderas epopeyas.

Grande es á todas luces el mérito de los historiadores griegos; dieron á la Historia vida propia é independiente, revisitiéndola, además, con todas las galas de la imaginacion y todo el atractivo del más alto interes dramático, renovado sin cesar por la variedad caprichosa de las escenas descritas; pero así como Homero en la poesía fué el eterno modelo siempre imitado y nunca igualado, en el terreno histórico, los aplausos que arrancara Herodoto de la majestuosa asamblea del pueblo griego, el indescriptible entusiasmo despertado por la lectura de las Historias, señalaron la senda, fácil para las grandes inteligencias tan sólo, que había el historiador de recorrer para despertar en los ciudadanos amor á las grandes y generosas empresas, devoto cariño á la independendencia de la patria, posponiendo su propia vida á la salud de ésta, y horror á los crímenes cometidos por los hombres en su afan de dominio. Pero ¡cuánto dista aún la Historia de su verdadero fin! Grandes monografías no más son las obras de Herodoto, Tucídides y Jenofonte. Para elevarse á la concepcion de una historia general necesitaba la inteligencia nuevas ideas exentas del exclusivismo característico del pueblo griego en sus relaciones con los demas; era necesario el espectáculo de Roma, marchando gradualmente hácia la dominacion universal, «cuando los sucesos de Italia y Africa se confunden con los de Grecia y Asia, y todos parecen marchar hácia un punto fijo á impulsos de unas mismas fuerzas.» Palabras escritas por Polibio en el capítulo primero de su historia de *Las Guerras de los Ro-*

*manos*, que indican ya conceptos más amplios en consonancia con el verdadero objeto de la Historia. Sin embargo, no había de ser grande el progreso de los historiadores romanos; faltos de la espontaneidad artística, patrimonio de Grecia; sin otros antecedentes que oscuras tradiciones y leyendas fantásticas, comunes á todos los pueblos en sus orígenes, y documentos privados de escaso valor histórico; sometidos además á la influencia de su época, no aciertan á representar en su totalidad los grandes sucesos, ni á elevarse más allá de los hechos parciales en busca de las causas complejas, de los principios fundamentales, sometiendo casi siempre el pensamiento á la forma, no natural y poética como en Grecia, sino artificial y oratoria. «Así Tito Livio prescinde de las particularidades que cree no poder tratar espléndidamente, y se detiene donde encuentra lugar oportuno para una descripción ó para una arenga, y Justino elogia á Froglo Pompeyo porque proporcionó á los latinos la comodidad de leer en su lengua las empresas de los griegos. Verdad es que Ciceron llamó á la Historia *la maestra de la vida*, y que Cator, Varron y Dionisio de Halicarnaso se dedicaron á investigar los orígenes, y trataron de descifrar las antigüedades; mas no por eso salieron del camino trillado, ni depusieron el egoismo de las sociedades de su época, ni extendieron sus miras más allá de los hechos parciales, ni subordinaron la forma al pensamiento. Nada diré de Suetonio, incansable rebuscador de anécdotas; pero Plutarco mismo, ecléctico en erudición, en moral, en estilo, que hasta en su sencillez ofrece muestras de ser fruto de una sociedad decrepita ¿nos dará por ventura á conocer completamente á Solon, Arato y Pompeyo? Tácito, á quien la indignación daba ingenio para penetrar las acciones y sus causas, presenta en toda su desnudez los hechos; pero en vano se le pregunta por las leyes, las costumbres, las artes, la religion, en suma, por lo que constituye el carácter de un pueblo. Sus nociones exactas, pero inconexas é incompletas, no nos bastan para comprender el espíritu del gobierno imperial; fijos sus ojos tan sólo en Roma, ignora enteramente las costumbres y hasta la geografía del Asia; deplora la desaparición de la república, sin ocurrírsele que ha desaparecido irreparablemente

bajo sus mismos golpes; ve aparecer una secta de nazarenos, hombres libres de los vicios que á los demas echa en cara, pero la confunde con la secta de los astrólogos y de los magos; narra las persecuciones que padecen, sin que trate de averiguar si son ó no justas, y sin conocer que la religion de Numa perece y que el mundo ha llegado á la madurez necesaria para una regeneracion. En una palabra, el arte era el ídolo perpetuo de los escritores antiguos, y sus discursos tan bellos como poco naturales, debían amenizar la narracion y suplir para el historiador la falta de la ya muda tribuna. De aquí el que se abandonasen á la erudicion los rasgos verdaderos de las costumbres, los pormenores más interesantes y minuciosos y cuanto forma la parte más interesante de la Historia» (1).

El cristianismo da á la Historia base más sólida. A una nueva idea sobre la naturaleza divina había necesariamente de corresponder un nuevo concepto de la naturaleza humana. La frase de las XII Tablas *adversus hostem eternas auctoritas* había sido el lema de los pueblos antiguos; creyéndose éstos nacidos de la tierra, ningun lazo puede unirles con los demas, ántes bien, derecho legítimo les asiste á ser por ellos servidos. El acaso, el destino ó la fatalidad obran en todo. La idea de un plan universal á que obedecen los hechos fué desconocida de las más privilegiadas inteligencias, careciendo por tanto el mundo antiguo de las dos ideas ejes de la Historia: de la idea de unidad y de la idea de progreso. El cristianismo engendra una y otra; pues en el fondo de toda doctrina religiosa, al lado de las manifestaciones de amor y respeto, junto con las súplicas y los himnos de gratitud á la Divinidad, aparecen resueltas multitud de cuestiones de importancia suma, referentes á la esencia misma del objeto histórico. «Hay, dice Joufroy, un librito cuyo contenido aprenden de memoria los niños. Leedlo y encontrareis soluciones para todas las cuestiones. Preguntad al cristiano de dónde viene y adónde va la especie humana; lo sabe. Preguntad al tierno niño por qué está en la tierra y adónde irá despues de la muerte, y os dará

---

(1) Cantú, *Historia Universal*, Prólogo.

una respuesta sublime, que no comprende, es cierto, pero que no por eso es ménos admirable. Preguntadle cómo el mundo ha sido creado y para qué fin; cómo ha sido poblada la tierra; si el linaje humano desciende de uno ó de muchos troncos; por qué los hombres hablan variedad de idiomas; por qué sufren; por qué luchan los unos con los otros; cómo acabará la creacion, y á todo hallará respuesta en el catecismo. Orígen del mundo, origen de la especie, cuestion de las razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre para con sus semejantes, nada ignora; y en la madurez de su vida no dudará acerca de los principios del derecho natural, del derecho político, del derecho de gentes, pues el cristianismo los contiene todos (1).»

Es verdad que Grecia había encontrado allá en las altas esferas de la especulacion filosófica lazos de union entre todos los pueblos; es verdad que Roma había aplicado esa nocion á su derecho, creando instituciones protectoras de los extranjeros; pero ni la filosofía, ni el derecho, ni mucho ménos la historia pagana, se elevaron jamás á la concepcion de la unidad natural del linaje humano. Esta idea, primer anuncio vago é indeciso de una filosofía de la historia, es suministrada por el cristianismo, aparece en las obras de los historiadores religiosos. Pablo Orosio en su *Historicorum libri VII adversus paganos*; San Agustin en su *Ciudad de Dios*, en cuyo estudio hemos de ocuparnos luégo; Eusebio en su *Historia Eclesiástica*, y Sulpicio Severo en su *Historia Sagrada*, se proponen más ó ménos directamente demostrar que todos los sucesos obedecen á un plan divino, á preparar la redencion del género humano, prometida por Dios á los primeros hombres al arrojarlos del Paraíso, y que la doctrina cristiana, símbolo de regeneracion, había de esparcirse por la tierra como la luz por los espacios infinitos, iluminando todas las conciencias, arrancando al hombre de los lazos del pecado y preparando el triunfo de una Jerusalem temporal, que

---

(1) Jouffroy, *Premiers melanges philosophiques*, pág. 330 y 331.

ha de mezclarse y confundirse con la Jerusalen perdurable, al aparecer Cristo en el último día para juzgar á los vivos y á los muertos.

La primera piedra estaba colocada, pero no había la sociedad de la Edad Media de acabar el grandioso edificio; carecía de todas las condiciones necesarias; desde el fondo de un claustro, campo de no muy dilatados límites descubre la vista; los prejuicios se compadecen mal con la observación científica, y un pensamiento invariable domina durante esta época en todas las conciencias. Grecia lo sacrifica todo á la filosofía y al arte; Roma á la política y al derecho; en la Edad Media filosofía y arte, política y derecho en tanto valen en cuanto favorecen el predominio de la idea religiosa. El observador percibe sólo el hecho parcial en su parte externa. Las fuerzas existentes en el seno de las naciones, los móviles complejos á cuyo impulso obedecen aquéllas, no son comprendidos ni apreciados por el historiador. Así, los grandes acontecimientos de esta época, la creación del imperio de Occidente, encarnación política de la doctrina católica; el gran movimiento del cristianismo contra el mahometismo, que une dos mundos, el occidental y el oriental; la aparición de los municipios, primera herida abierta en el organismo feudal, pasaron desapercibidos, como observa Cantú, para aquellos ingenios atentos sólo á los hechos que pudieran interesar á su convento ó á sus hermanos en religion, malgastando en empresa tan mezquina tesoros de laboriosidad y constancia, muchas veces igualados, pero jamás excedidos por los observadores subsiguientes.

Por otra parte, para elevar la inteligencia al conocimiento de leyes generales, directoras de la vida humana, á la concepción de un plan preexistente, es indispensable el espectáculo continuado del engrandecimiento y de la caída de los imperios, y la sociedad de los tiempos medios, subyugada por prejuicios político-religiosos, con idiomas rudimentarios flexibles y sencillos como los pueblos cuyas aspiraciones representan y más apropiados á la expresión de los cantos populares que á la exposición de graves y severas meditaciones, tenía por únicos conocimientos históricos los relatos de la Biblia, cuyas

aseveraciones era necesario admitir sin discusión, abandonando todo espíritu de crítica para plegarse á las exigencias de immaculada fe. Pero si en ninguna de las esferas de la actividad puede llamarse á la Edad Media, tomada en conjunto, edad de tinieblas, mucho menos puede dársele ese nombre en el orden histórico, y sobre todo en lo relativo á los grandes principios de Filosofía de la Historia, que son como la base de la ciencia: el principio de unidad y el principio de progreso. Ciertamente que á la antigua fórmula de ciudadanos y bárbaros había sustituido la no menos extraña de creyentes é incrédulos; pero en el fondo imperaban la doctrina del Maestro y las predicaciones de los Santos Padres, proclamando la fraternidad de los hombres, unos por su naturaleza, unos por su origen, unos también por su destino.

En cuanto á la idea de progreso, su noción en la Edad Media es aún más clara. «La idea del progreso», dice un célebre autor á quien su odio á la Iglesia católica ha dado fuerzas para acabar monumental obra, siendo por tanto desinteresado su testimonio», nació con el cristianismo; la antigüedad pagana estaba por sus creencias condenada al quietismo, pues creía que la humanidad recorre sin cesar el mismo círculo.»

«La palabra de Cristo puso término á esta doctrina desoladora, inaugurando una nueva era en que la inmovilidad fué reemplazada por un progreso incesante. Los Padres de la Iglesia tenían conciencia de la radical revolución operada por el Evangelio. A los partidarios del pasado, paganos ó judíos, defensores del quietismo, opusieron atrevidamente la ley universal de la creación, según la cual todo cambia y se perfecciona (1).» Partiendo de este fundamento, Laurent completa magistralmente la historia de la idea de progreso, haciéndola nacer de la predicación evangélica, viéndola ya claramente formulada por San Agustín, cuyos pasos siguen en la Edad Media Hugo de San Víctor, Santo Tomás de Aquino, Rogerio Bacon y el abate Joaquín, á quienes supone el escritor belga, inspirando á su vez en los tiempos modernos las doctrinas de Lessing y Michelet.

---

(1) Laurent, *Estudios*; edición francesa, tomo IV, pág. 286.

Tan estrechas como las concepciones científicas, son las formas en que se vacía la Historia. Siempre lo particular, siempre el detalle, siempre el hecho desnudo, descarnado, escueto, nunca la ley, el principio general determinante de los sucesos; y de aquí que la historia aparezca bajo formas fragmentarias, bajo la forma de monografías, anales, crónicas y memorias existentes sólo, como manifestaciones principales, en la infancia de los pueblos; pues en períodos de verdadera madurez se presentan como formas subordinadas, obedeciendo á la necesidad de consignar hechos particulares, sin puesto en las grandes obras por la infinita variedad de los sucesos acaecidos en todos los órdenes de la vida.

Hemos visto hasta aquí como cada época tiene su manera peculiar de concebir la Historia, como á cada estado social corresponden distintas formas históricas, en consonancia con los sentimientos, deseos, aspiraciones, con las preocupaciones mismas de los individuos. En el pueblo indio la vida exterior carece de importancia, y la Historia no existe. El pueblo hebreo marcha conducido por Dios, y del sentimiento religioso se impregna la Historia. En Grecia todo respira amor; los cielos y la tierra despiertan sentimientos placenteros y poéticos, y la Historia es continuada poesía. Su genio reflexivo distingue á Roma, y reflexivas son también sus historias. La Edad Media lo sacrifica todo al fin religioso, y no hay en ella historia que á este fin no se subordine. Una vez más va á ser comprobado este principio. Los preceptistas, arrojados de Constantinopla por el turco, llaman á las puertas del dormido Occidente, llevando en la diestra la antorcha del clasicismo helénico, y á su mágica evocación los muertos genios de las civilizaciones antiguas resucitan, y la inteligencia se remonta á concepciones elevadísimas en todas las ramas del saber. En Historia, Maquiavelo pronuncia la primera palabra; Vico y Montesquieu desarrollan la nueva idea, creando una *ciencia nueva*; Bossuet, Turgot, Voltaire, Condorcet, Herder, etc., presentan bajo varias y diversas formas la misma materia, legando al siglo XIX el inapreciable tesoro de sus portentosas disquisiciones. Sin embargo, aún la ciencia no asienta sobre sólidos sillares; los grandes pensadores

citados habían sobrepuesto á la realidad histórica su propio criterio; los hechos hablaban distinto lenguaje según los particulares gustos de cada historiador; donde uno veía causa de decadencia encontraba otro fuente de prosperidad y grandeza; para éste las sociedades en su marcha incesante cumplen los designios de Dios; para aquél la influencia de las leyes físicas lo explica todo; sin que á ninguno ocurriese juntar en una todas estas doctrinas parciales, en demostración de que así como los átomos y los cuerpos obedecen en el espacio á la combinación de las fuerzas existentes en el seno de la naturaleza, las ideas y las instituciones obedecen en su desarrollo infinito al influjo de las fuerzas existentes en el seno de la sociedad, y por tanto, que no bastan á explicar la Historia leyes determinadas, concretas, singulares, como la ley de la razón, ó la ley del providencialismo, ó la ley de la libertad, ó la ley de la influencia exterior; ántes bien, juntando estos principios parciales y viendo cómo cada uno de ellos imprime determinada dirección á los sucesos, se llegará á la determinación de la ley general histórica. Fin á que estaba llamado el siglo XIX, aún cuando en sus comienzos marchase por la senda trillada.

Pero no había de ser sólo trabajo de generalización y raciocinio el que el siglo XIX ejecutase; había una empresa jamás acometida y de término imposible al parecer. El mundo clásico, y con especialidad el pueblo griego, reconocía en medio de su orgullo sin límites que las ideas é instituciones cuya urdimbre constituía la magnífica civilización helénica habían venido de lejanas comarcas. Por otra parte, los historiadores describen con verdadero entusiasmo las maravillas de los pueblos orientales; los poetas cantan sus grandezas y convierten el epíteto oriental en el colmo del encomio, y la Biblia, por último, confirmando los anteriores juicios, habla de pueblos en los cuales el goce no tiene más límite que el hastío, ni el hombre freno alguno á sus caprichos, aún cuando para satisfacerlos necesite disipar riquezas sin cuento; pueblos cuyos ejércitos marchan de victoria en victoria dominándolo todo, y que en sus postrimerías aún conservan fuerzas bastantes para detener el vuelo de las águilas romanas; y sin

embargo, tanto esplendor y poderío desaparecen como absorbidos por la tierra, extendiéndose inmensos, arenosos desiertos, morada de bestias feroces, allí donde ántes se levantarán grandes y populosas ciudades. ¿Cómo habían pensado aquellos hombres? ¿Cuál había sido su idioma? ¿Cuáles sus costumbres? ¿Cuál su cultura? ¿Cómo aquellos imperios gigantes habían desaparecido, dejando á las generaciones futuras el recuerdo de su existencia por única noticia? ¿Por qué caminos habían ascendido á la cima del humano poder? ¿Cuál había sido la causa de su caída? El Occidente lo ignora por completo, áun cuando en conocer tan impenetrables misterios hubiesen puesto singular empeño privilegiadas inteligencias desde los promedios del siglo XII, nó cesando esos trabajos en sus resultados infructuosos ni un solo momento (1). Descifrar el enigma de la civilización oriental importaba por todo extremo á los historiadores modernos, á fin de demostrar la generalidad de la ley histórica; á fin de demostrar que aquellas sociedades no cayeron abatidas por un poder extraño, arbitrario, caprichoso, como cierta escuela sostenía con tesón; ántes bien, su ruina había obedecido á causas naturales constantes en la Historia, de fácil conocimiento, dadas las cuales en cualquier pueblo, por grande que sea su vitalidad, es imposible el progreso, la destrucción aparece muy pronto como inmediata consecuencia de las faltas cometidas. Los trabajos de los orientalistas han sido admirables; á no dudarlo, es el mayor título de gloria que la época moderna puede presentar á la estima de las generaciones venideras. Literatura, artes, ciencias, vida pública, vida privada, costumbres, religion, instituciones políticas, todo cuanto constituyó la civilización oriental, se levanta á las evocaciones de los nuevos magos, y los estudios orientales despiertan entusiasmo con mucho semejante al despertado por las literaturas clásicas en la época del Renacimiento, juntándose de este modo en nuestros días los esfuerzos hechos por los hombres en la sucesión de los siglos. En Francia, en Italia, en Alemania, en Ingla-

---

(1) Larrous, *Diccionario Enciclopédico*: Orientalismo.

terra, y hasta en Rusia y Noruega, las ciencias orientales ocupan puesto preferente, y á su fomento y propagacion se dedican verdaderas legiones de entusiastas y decididos apóstoles. Para demostrar la exactitud de nuestras afirmaciones nos basta insertar los nombres de los orientalistas más ilustres de cualquiera de las naciones citadas, dedicados hoy de lleno á estos trabajos. En Francia, por ejemplo, y Alemania, Italia é Inglaterra en nada ceden á la vecina república, han publicado en el año último notables trabajos sobre diversas materias de la cultura oriental: Honorato Chavée, Breal, Hovelaque, Lefevre, Darmesteter, Harler, Rodet, Barbier, Meynard, Codzko, Gobineau, Reboud, Costa, Berger Dugat, Leclerc, Devic, Slane, Lavoix, Saivaire, Clermont-Gaimeau, Mercier Devoulx, Bievres, Pavet, Courteille, el abate Martin, Abadie, Revillout, Hervey de Saint Denis, Leger, y los más conocidos, Guyard, el historiador de las sectas musulmicas de la Edad Media, Tassy, el presidente de la *Societé Asiatique*, el general Faidherbe, senador republicano, Oppert, Victor Guerin, Maspero, Chabas, Lenorman, Mariett, el egipciólogo, poeta, autor de *Aida*, Bartelety Saint Hilaire, el testamentario de Thiers, Ernesto Renan, y muchos otros cuyos nombres omito, pues bastan para mi propósito los ya citados. Comprendiendo los orientalistas cuánto importaba dar unidad á los esfuerzos individuales, y cuán grandes beneficios habían reportado en los últimos tiempos casi todas las ciencias de las reuniones periódicas celebradas en las principales ciudades de Europa, ante la espectacion de todos los sabios, juntáronse en Congreso internacional en Paris, en 1872, congreso á que siguieron el de Lóndres de 1874, y el de San Petersburgo de 1876, en los cuales ¡cosa extraña tratándose de hombres encanecidos al servicio de la ciencia pura y desinteresada! los congregados se dividieron en anglófilos y rusófilos, como hubieran podido hacerlo los periodistas de cualquier nacion directamente interesada en el problema oriental, siendo necesario, para no herir susceptibilidades de raza, escoger campo neutral adonde pudiesen concurrir sin escrúpulos nacionales anglómanos y panslavistas, siendo en consecuencia elegida para teatro del cuarto congreso la bella Florencia, en

la cual, bajo la presidencia de honor del príncipe Amadeo y la efectiva del senador Amari, los orientalistas más notables de todos los países han demostrado teóricamente con luminosas Memorias y de un modo práctico con la magnífica exposición, rica en toda clase de objetos, dirigida por M. Kraus, á cuánto alcanza una ciencia, hace treinta años juzgadas sus pretensiones irrealizables ensueños de fantasías visionarias. El congreso se dividió en seis secciones; en la primera, de egiptología, Naville y Maspero leyeron varios trabajos sobre el *Ritual Funerario*; en la segunda, M. Oppert expuso su sistema sobre la cronología del Génesis, y Renan, Axcoli, Merx y Sayce leyeron trabajos sobre diversos puntos de la cultura fenicia y del pueblo hebreo; en la tercera, compuesta de arabistas, el alemán Weil leyó una Memoria acerca de si Mahoma sabía leer y escribir, trabándose sobre este punto empeñada controversia; la cuarta, comprendía lo relativo á los pueblos iranios; la quinta, civilización aria; la sexta, las lenguas altaicas, y la sétima, el chino y el japonés; sobresaliendo los franceses en egiptología y arqueología semítica; los alemanes en los estudios sanscritos; los rusos en las lenguas altaicas, y los ingleses en lo relativo al pueblo chino. Tal ha sido el resultado del Congreso de Florencia, omitiendo nosotros dar cuenta detallada de los trabajos presentados. Por tanto, en el orden de los hechos los descubrimientos del siglo XIX son por todo extremo brillantes. En el orden de las ideas, ¿cómo ha cumplido su destino?

Ya lo hemos dicho: la antigüedad no concibió jamás la existencia de un plan general de la vida humana; esta idea es esencialmente cristiana, y su desarrollo, bajo el punto de vista del providencialismo, corresponde al gran padre de la Iglesia, San Agustín, verdadero precursor de Bossuet y de Schlegel, esclarecidos representantes de la escuela teológica. Afirmando que las razas humanas forman una sola especie; que así como en el mundo físico resplandece la sabiduría del Creador, sujetos á número, peso y medida, lo mismo los grandes astros perdidos en los espacios sin límites, que los pequeños átomos sometidos á incesantes modificaciones en el interior de los cuerpos, los sucesos humanos, el desarrollo y la

decadencia de las naciones, sus triunfos y derrotas no han podido ser abandonados por la Providencia; que Dios ha dotado al hombre de la facultad de progresar en todos los órdenes de la vida; que lo que en el individuo es abatimiento, decrepitud y muerte, en la humanidad es progreso y perfección; que los pueblos recorren períodos de desarrollo sucesivo; que los hombres, acabada su vida terrena, resucitan en una nueva ciudad de Dios, afirmando estos principios, repetimos, San Agustín presenta por primera vez una doctrina completa de filosofía de la historia, en la cual nada falta, todas las cuestiones aparecen resueltas, desde la relativa al origen del hombre, hasta la referente á la vida del linaje humano sobre la tierra y al término de sus destinos. Asombra el esfuerzo ejecutado por San Agustín; los defectos de su obra, impregnada de fortísimo sabor teológico, son los defectos de su escuela, salvos los nacidos de su especial índole, como destinada en sus diez primeros libros á combatir el paganismo y defender la nueva doctrina de los ataques de los gentiles. Los golpes asestados contra San Agustín herirán juntamente á Bossuet y á Schlegel. Teólogos más que filósofos, sobre todo los dos primeros, subordinan la Historia á ideas religiosas con anterioridad concebidas; someten la vida secular á la eclesiástica, ven sólo la formación, engrandecimiento y caída de los imperios en cuanto han podido favorecer el desarrollo de la idea cristiana, y prescindien en absoluto de las restantes fuerzas sociales; dividen la humanidad en elegidos y réprobos, é historian sólo la vida de un pueblo exiguo, miserable, habitante de angostísima region asiática, cien veces sojuzgado por sus enemigos, debiendo siempre la libertad á la magnificencia de éstos ántes que al propio esfuerzo, hablando idioma ignorado por los demas pueblos, falto en absoluto de las grandes virtudes que llevan á las naciones por sendas de gloria al pináculo del poder; y sin embargo, los escritores de la escuela teológica sólo ven en la antigüedad al pueblo judío, de cuyo seno había de brotar el árbol de la fe cristiana: preparar la aparición y el triunfo de ésta, hé ahí el destino del mundo antiguo. Si Alejandro subyuga al pueblo griego, es para llevar la hermosa lengua helénica á las regiones asiáticas, dando al

cristianismo el instrumento necesario para penetrar en las conciencias. Roma, al conquistar el mundo, obedece á las miras de la Providencia; pues establece relaciones estrechas entre todos los pueblos, y de este modo los apóstoles podrán cumplir con facilidad suma el divino mandato *euntes ergo et docete omnes gentes*. En cuanto á Schlegel, parte del dogma del pecado y de la redencion. La caída del primitivo estado paradisiaco engendra la Historia, obra del espíritu del mal, siempre dispuesto á atormentar al hombre bajo varias y diversas formas, y que domina á traves del tiempo, pues la antigüedad, como privada de la divina palabra, le pertenece de derecho; en los primeros siglos del cristianismo encarna en las grandes herejías; en el siglo vii lanza sobre la tierra el mahometanismo; en el xii y en el xiii, los albigenses; en el xvi la reforma protestante; en el xviii la revolucion francesa; más tarde se llama libertad de conciencia, espíritu revolucionario, racionalismo moderno, etc., etc., siendo, por tanto, segun este sistema, Satanás verdadero señor de la creacion, y quedando convertido, segun frase de ilustre escritor, el Omnipotente en Impotente.

Por tanto, ni la *Ciudad de Dios*, ni el *Discurso Preliminar*, ni la *Filosofía de la Historia* de Schlegel, pueden ser consideradas como verdaderas obras de Filosofía de la Historia, son más bien obras teológicas basadas en la revelacion y destinadas á mostrar por la manera que las fuerzas sobrenaturales obran en la vida. Para hallar pensamientos puramente filosóficos, el punto de partida de esta larga serie de escritores, para quienes la Historia es la obra del humano espíritu, necesitamos penetrar en el luminoso período del renacimiento clásico, pudiendo al mismo tiempo estudiar cómo doctrinas en un principio incompletas, parciales, van ensanchándose sucesiva, gradualmente, hasta abarcar los principios, las leyes de la vida social, presentando la Historia como un todo orgánico, cuyas partes, fuertemente enlazadas las unas con las otras, es imposible separar sin destruir la unidad del conjunto.

Maquiavelo en sus *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* se pregunta con los historiadores romanos cuál

fuera la causa del poderío alcanzado por el pueblo rey, y disintiendo de Plutarco y Tito Livio, para quienes sólo el acaso podía explicar aquellas portentosas hazañas, afirma que los ejércitos romanos no hubiesen triunfado de sus innumerables enemigos sin la virtud que les impulsaba al combate. «Afirmar que la virtud gobierna los sucesos y rige la Historia, equivale á afirmar que una necesidad suprema domina en ésta; de suerte que dadas las mismas condiciones se producen los mismos efectos, y los pueblos se suceden en el predominio del mundo segun sus condiciones de mejoramiento progresivo. Cuando salimos del reino del acaso para penetrar en el de un principio cualquiera, llámese éste virtud, razon, providencia ó fuerza, salimos del campo de lo arbitrario y respiramos el puro ambiente de la ciencia. Si Maquiavelo no hubiese tenido el presentimiento de que las cosas y los hombres obedecen á fuerzas calculables, no se hubiera propuesto averiguar las causas constantes de los hechos y no hubiera pronunciado la palabra virtud como razon de éstos (1).» Sin embargo, las condiciones de su vida y la influencia de la sociedad que le rodea, hacen á Maquiavelo incurrir en grandes errores. Concede demasiado al acaso; toma de Polibio la idea del círculo constantemente recorrido por los pueblos, y echa de ménos en su cualidad de político italiano, nutrido con la savia de la cultura romana, anteriores edades en que su patria grande y una brillaba sin rival entre todos los pueblos. «Maquiavelo desconoce la idea de progreso y las leyes generales que abrazan todas las fases y formas del desarrollo nacional y humano; pero tiene conciencia de que los hechos se suceden segun razon y obedecen á una fuerza, á la fuerza de las cosas; no aprecia los elementos nuevos y considera por tanto á la humanidad y á las naciones como recorriendo incesantemente el mismo círculo; deduce de la observacion de los hechos reglas imperecederas de conducta política y atribuye á la accion individual la influencia que quita á las causas complejas, siendo en realidad estos opuestos

---

(1) Marselli; *Le Fasi del pensiero storico*, pág. 97.

caractéres destellos luminosos que revelan á un tiempo mismo la elevacion de ideas y la claridad de inteligencia del autor y la oscuridad científica de los tiempos. Singular espíritu de análisis, cualidad distintiva de los grandes hombres de Estado; profundo conocimiento de la naturaleza humana y del espíritu y tendencias de su siglo; sentido de la realidad, que le lleva á aceptar los débiles recursos de su desdichada época; odio á la hipocresía; escritor incomparable en cuanto á la energía y pureza del estilo; corazon, inteligencia, vida, todo su sér dedicado al engrandecimiento de la patria; tal fué Maquiavelo, genio tutelar de Italia, inteligencia profética que mostró á su pueblo el camino de su regeneracion y grandeza (1).

Un lapso de tiempo de dos siglos, durante el cuál los grandes ingenios aparecen como las flores en primavera, en número infinito, y la razon humana ayudada de nuevos métodos obtiene conquistas cual jamás las alcanzara la sociedad, separa á Maquiavelo de Vico y Montesquieu; y entre éstos y el secretario florentino, hay, como historiadores, la misma distancia que entre el siglo xv y el xviii, en órden á los conocimientos científicos. En la obra de Vico aparece ya la ciencia en todo su brillo. Conocedor del progreso científico de su época y sobre todo de la obra de Bacon, *De dignitatis et augmentatis scienciarum*, rompe con las tradiciones hasta entónces servilmente acatadas por todos los escritores, y asciende en alas de la filosofía platónica á las altas regiones de la inteligencia en busca de ideales imperecederos; observa los hechos con sana y reflexiva crítica, libre de todo prejuicio, intentando hallar en los mismos hechos su explicacion y sus causas. Por esto Vico se adelanta en más de un siglo á la crítica contemporánea, á Wolf dudando de la existencia de Homero, en quien ve la personificacion de Grecia en el primer período de su historia, y de la poesía en sus primeras manifestaciones; á Niebuhr en sus juicios respecto á los orígenes de Roma, y en considerar los primeros reyes de la ciudad como otras tantas personifi-

---

(1) Marselli, obra citada, pág. 105.

caciones, producto de las falsas leyendas, hijas de la fantasía popular, recogidas por Tito Livio. En la soledad en que, según propia confesión vivió, dedicado á incansable y laborioso estudio, por espacio de treinta años, Vico concibió el proyecto de juntar en una idea general todos los conocimientos parciales de su época filología, filosofía, moral, derecho, religion, determinando de este modo las leyes que gobiernan el mundo, trazando la historia universal, eterna, que aparece en el tiempo bajo la forma de historias particulares, y describiendo el círculo sin cesar recorrido por la humanidad. Las naciones, como los individuos, nacen, según Vico, débiles, miserables, rodeadas de obstáculos infinitos, de continuo expuestas á las asechanzas de las demas; crecen y se desarrollan lentamente hasta sobreponerse al resto de los pueblos, y cuando han alcanzado el grado máximo de poderío, las costumbres se corrompen, los ciudadanos emplean las fuerzas con que ántes vencieran á los enemigos de la patria sobre los campos de batalla, en destrozarse mutuamente en domésticas contiendas; la fe huye de las conciencias, dejando plaza al escepticismo, la libertad degenera en anarquía, hasta que al cabo, rotos los lazos sociales, en el momento mismo en que el pueblo va á descomponerse, la Providencia ocurre á sus males con uno de estos tres grandes remedios: ó con la aparición de un hombre superior, como Augusto, ante el cual depongan los demas sus odios y pasiones, ó con la conquista por un pueblo extraño lleno aún de vigor y energía, como Grecia conquistada por Roma, ó por el aniquilamiento completo de la sociedad corrompida, que «retorna á la simplicidad del primer período» de su existencia, siendo de nuevo los ciudadanos religiosos, morales y prudentes, y rindiendo culto á la verdad, la piedad y la fe, fundamentos naturales de la justicia, y gracias y bellezas del órden eterno de Dios.»

Al trazar la historia de la humanidad, Vico considera tres edades: de los dioses, de los héroes y de los hombres, correspondientes á tres naturalezas, poética, heroica, y humana, existentes en cada nacion, y las cuales dan origen á tres especies de costumbres, éstas á tres clases de derecho y éste, á su vez, á tres estados civiles. Correspondiendo á la primera na-

turalidad de los poetas teólogos, encontramos costumbres piadosas, viva expresión de los sentimientos religiosos; un derecho divino, pues los hombres creen que sus personas y bienes pertenecen á los dioses, *sustancia* ó autores de todas las cosas, y gobiernos teocráticos fundados en la voluntad de aquéllos, interpretada por los oráculos. A la naturaleza heroica corresponden costumbres violentas y rudas, cuyo representante es Aquíles; un derecho brutal fundado en la religión, y gobiernos aristocráticos como los primitivos de Grecia y el de Esparta. A la naturaleza humana, por último, costumbres dulcificadas por el sentimiento de los deberes civiles; derecho humano dictado por la razón, y gobiernos basados en la igualdad ante la ley, dependiente de la igualdad de naturaleza (1).

Y ésta es la marcha de la Humanidad en la historia. Pecador el hombre, se encontró en un valle de soledad y lágrimas, cuyo horizonte escapaba á sus miradas. En continuo contacto con la naturaleza, compañero de las bestias feroces, sin otros medios de defensa y de vida que sus propias fuerzas, sujeto á las alternativas de la atmósfera, atribuye origen divino á los fenómenos naturales, llegando á confundir éstos con la Divinidad misma, y creando dioses análogos á las ideas existentes en su cerebro. Júntanse los dos sexos y aparece la familia; el número de familias se multiplica; la tierra pasa á ser propiedad colectiva de la tribu, cuyos miembros, ante el espectáculo invariable que diariamente contemplan, no aciertan á concebir la existencia más allá de las montañas que limitan su valle; créense nacidos del suelo por ellos hollado, y, en su independiente orgullo, miran á los demás hombres como seres inferiores; y cuando su número aumenta y el reducido espacio del teatro de su vida no basta ya para la satisfacción de las necesidades más imperiosas, y los más osados ó los más inteligentes van á levantar sus tiendas en valles no muy distantes, sosteniendo con la primitiva tribu relaciones estrechísimas, las ideas de los primeros días toman nueva direc-

---

(1) *Science nouvelle*; traducción francesa de 1844, pág. 322 y sig.

cion, y cuando el Estado nacional se forma, pasan á ser ideas de la colectividad ; y en la vida de ésta nuevas épocas, semejantes á las épocas de la vida individual, se suceden las unas á las otras; y cuando un pueblo cumple su destino le reemplaza otro en mejores condiciones para el gobierno del mundo, obedeciendo al mismo impulso, influenciado por causas idénticas; y así, cuando el primer Imperio asirio cae le reemplaza el segundo Imperio asirio, y á éste el Imperio caldeo babilónico; y cuando éste sucumbe, hereda el dominio del mundo el Imperio medo-persa; y cuando el Imperio medo-persa se extingue aparece mucho más pujante que él el Imperio greco-macedónico, hasta que al cabo, la antigüedad toda desaparece con el Imperio romano ante nuevas sociedades, las sociedades germánicas; ante nuevas ideas, las ideas cristianas. Y los tiempos divinos se reproducen; los gobiernos presentan caracteres teocráticos; el rey viste la dalmática del sacerdote y de manos de éste recibe la consagración de sus derechos; coloca la cruz sobre sus estandartes de guerra y marcha, obedeciendo á sobrenatural impulso, á defender la fe cristiana en apartadas regiones. Aparece luégo la edad heroica en la organización feudal y el vasallaje; y por último, el estudio del derecho romano, en las ciudades de Italia sobre todo, despierta en las inteligencias la idea de la igualdad natural, primer destello del período humano.

«Al estudiar la obra de Vico, dice un escritor distinguido, respiramos el aire de la ciencia. Vemos un método de investigación histórica y una nueva crítica fundada sobre aquél. Tenemos plan, principios, leyes, una teoría de la Historia en cuanto ésta es considerada como obra de los hombres, las leyes como arrancando de la naturaleza misma, y la acción providencial como ejercida por regular y ordinario modo. En la obra de Vico, forma y contenido nos advierten que nos encontramos en la región de la ciencia; pero ésta no nace en la plenitud de su desarrollo, como no se levanta instantáneamente el sol sobre el horizonte. La ciencia se desenvuelve siguiendo la ley de lentas y continuas transformaciones progresivas, y la ciencia de Vico es jóven é incompleta; jóven porque notamos en su obra las reminiscencias teológicas de

los pueblos primitivos, trocadas más tarde en ideas metafísicas; incompleta, porque estudia el desarrollo del espíritu, atenta sólo á sus cambios, no á sus progresos.....

.....  
 ...Es innegable el valor de las leyes del movimiento humano descubiertas por Vico, cuando se las juzga en conjunto; pero cuando se las estudia separadamente, numerosas objeciones asaltan la inteligencia. En primer lugar, ¿la edad divina como Vico la concibe y la explica, es una verdad que el exámen científico confirma, ó es más bien creacion poética de fantasía alimentada por ilusiones teológicas? Nadie pondrá en duda que la tribu constituye la sociedad primitiva, y la potestad patriarcal la forma rudimentaria de gobierno; pero ni las modernas observaciones científicas, ni el conocimiento de la naturaleza humana, nos permiten creer que el hombre haya salido de un estado semi-salvaje para entrar en otro semi-divino; ántes bien, juzgando por analogías, atendiendo á la ley de continuidad y á la doctrina de la transformacion de las especies, hemos de convenir en que Vico pintó con colores muy oscuros el estado de embrutecimiento y con colores demasiado brillantes la edad divina. ¿Pues qué, no tenemos hoy noticias que nos hacen dudar de la castidad patriarcal? ¿No vemos en los pueblos primitivos concubinatos entre los miembros de una misma familia, siendo la prudencia hija del instinto más que de la razon, y el sentimiento religioso semejante al espanto producido en los animales por el eco de lejano trueno ó al respeto del perro hácia su dueño? Además, arrancando la sociedad civil de un estado patriarcal, casi divino, la edad heroica aparece como una nueva caída, pues la fuerza es la única norma de la vida, así pública como privada, naciendo en consecuencia la desigualdad de las distintas clases» (1).

Mas, el principal defecto de la doctrina de Vico es su concepcion del movimiento social. Ve á los pueblos antiguos atravesar tres épocas, las cuales se distinguen por caractéres multiformes y responden á las edades naturales del espíritu;

---

(1) Marselli, obra citada.

nacen, se desarrollan, decaen, mueren y vuelven de nuevo al primer período de su existencia con los mismos caracteres, á luchar con los mismos obstáculos, expuestos á los mismos peligros, sin discrepar en nada su nueva condicion de su condicion primitiva, sin que puedan romper el círculo de su destino. Los pueblos recorren, sí, esos distintos períodos de su desarrollo; pero cuando sus propias faltas los sepultan en los abismos del no ser, no tornan á antiguas formas, no se repiten anteriores estados sociales, perdiéndose el trabajo acumulado en largas épocas de angustia y sufrimiento, como no se pierden los elementos vitales de los cuerpos organizados al mezclarse sus átomos con la materia universal; ántes bien, un pueblo al disolverse, un estado social al desaparecer, engendra nuevas instituciones, da vida á ideas de las anteriores generaciones desconocidas, sobre las cuales se levanta más tarde nueva civilizacion, encargada, á su vez, del cumplimiento de especialísimos fines, sin que jamás la humanidad se detenga en su camino; pues así como ninguna fuerza se pierde en el seno de la naturaleza, en el seno de la sociedad ninguna idea se extingue.

El objeto de la ciencia es tan vasto que no puede en su totalidad y de una sola vez ser abarcado. Así, al providencialismo de Vico, mezcla del hado griego y del Dios cristiano, sucede la doctrina de la influencia del mundo exterior desenvuelta por Montesquieu y Herder. En Vico el espíritu humano es señor absoluto del mundo; en Montesquieu sufre ya las contradicciones de los agentes exteriores, rebeldes á su capricho; en Herder lo encontramos sometido á la naturaleza. Montesquieu al definir la ley como *las relaciones necesarias derivadas de la naturaleza de las cosas*, había de afirmar la existencia de leyes generales é invariables en el órden moral y en el histórico. Y partiendo de esta base, al construir el edificio, al examinar, si bien imperfecta y defectuosamente, la civilizacion de los distintos pueblos, encuentra la razon de existencia de las instituciones en el influjo del mundo exterior sobre los individuos, é introduce de este modo en la historia un nuevo elemento hasta entónces no apreciado, el elemento naturalista. Herder viene á la historia con el en-

cargo de fortificar el naturalismo, marcando aún más su influencia en las sociedades, estudiando no sólo la acción del clima, como Montesquieu, sino extendiendo sus observaciones á las múltiples relaciones del hombre con la naturaleza.

El comienzo de la filosofía de la Historia está para Herder en el cielo. Mas allá del hombre, más allá de la naturaleza, se levanta un Dios bueno, sabio, justo, omnipotente, cuya acción en las cosas humanas es regular, ordinaria, ejercida por medio de leyes *ab initio* establecidas, no siendo posible en modo alguno hallar en la historia, cual pretende determinada escuela, ese poder divino que interviene en cada momento, á cada hora, en la marcha de los sucesos. ¿Qué valor, dice, tendría en el orden universal una Providencia que dejando sin Señor, sin regla, sin ley al Universo, se ocupara sólo en ejecutar los designios de cualquier insensato? El Dios que busco en la Historia debe ser el mismo que existe en la naturaleza, pues el hombre es sólo una pequeña parte del todo y su historia, como la del microscópico insecto, está ligada á la historia general de la vida. Esta debe ofrecer á su vez, un sistema de leyes inherentes á la esencia misma de las cosas, leyes de las cuales la Providencia no puede apartarse, pues en ellas se muestra en el supremo esplendor de su poder con bondad, sabiduría y justicia perdurables.

Si la filosofía de la Historia ha de ser digna de este nombre, es necesario, segun Herder, que comience en el cielo, pues la tierra vive en relacion directa é inmediata con los grandes cuerpos celestes, siendo grano de arena suspendido en el espacio infinito, uno de los planetas medios, por su posicion, por su magnitud, por la duracion de sus revoluciones alrededor del sol y de su propio eje. «Así pues, dice, la naturaleza nos ha colocado en el planeta en que parece reinar más armonía y más justa proporcion, no sólo en las divisiones del tiempo y del espacio, sino tambien en la organizacion de los séres. Quizá las relaciones entre nuestra materia y nuestro espíritu sean análogas á la duracion del dia y de la noche; quizá la rapidez de nuestros pensamientos dependa de las revoluciones de nuestro planeta alrededor de su eje y alrededor del Sol, como la mayor ó menor delicadeza de

nuestros sentidos depende de las condiciones topográficas del lugar por nosotros habitado (1).» De este modo continúa Herder examinando las revoluciones de nuestro globo, su oblicuidad con respecto al Sol, la composición y fenómenos de la atmósfera, los accidentes de la superficie terrestre, y termina el libro primero con brillantísimo capítulo destinado á comparar los dos hemisferios, notando sus analogías y diferencias.

En el libro II aparece ya la vida sobre el planeta, y al estudio de los varios organismos está dedicado. Así, elevándose del mundo inorgánico al orgánico, estudia el reino vegetal en sus relaciones con el hombre, y las de éste con el mundo animal, creando verdadera unidad natural, sin saltos bruscos ni violentas interrupciones. Como las plantas y los animales irracionales, el hombre nace de gérmenes, para cuyo desarrollo es indispensable lugar cuidadosamente preparado; como la semilla en el seno de la tierra, el hombre reviste sus primeras formas en el claustro materno, y en los primeros momentos de su vida la estructura de sus fibras nos ofrece puntos de contacto con las fibras de la sensitiva, por ejemplo. Nuestras edades son las edades de la planta; idéntico nuestro tránsito por el planeta: nacer, crecer, florecer, marchitarse y morir el destino del hombre. Sin nuestro consentimiento nacemos, sin nuestro voto adquirimos temperamento, sexo, familia, patria, siendo asimismo independientes de nuestra voluntad las causas internas y externas que han de influir en el curso de nuestra vida, y las leyes superiores, ante las cuales nos inclinamos y cedemos en todas ocasiones. «El hombre, como el vegetal, mientras siente la savia de la vida hervir en sus venas, ¡cómo se ostenta lozano y vigoroso! ¡cuán bello y sonriente aparece el mundo ante sus ojos, y cómo al extender sus miembros le parece tocar el cielo! En la flor de la vida, ¡cuántas riquezas muestra la naturaleza! Se creería que una creación nueva va á embellecer este mundo de maravillas. Dejad pasar algún tiempo, y vereis cómo todo cambia. Ya las flores cubren el

---

(1) Herder, *Philosophie de l'histoire*, traducción francesa por Emilio Faudel.

suelo, y algunos frutos verdes todavía las reemplazan; al poco tiempo el árbol ve marchitas sus hojas y sacudiendo su despoblada cabeza dirige dolorosas miradas á sus queridos hijos, dispersos por el suelo; las secas ramas caen arrastradas por la tempestad, y por último él cae también devolviendo á la naturaleza el resto de la esencia vital que le animaba (1).»

Pero si bien el hombre está íntimamente unido con la naturaleza, su superioridad sobre cuanto le rodea es incontestable, siendo en realidad la forma en que se compendian todas las perfecciones, el microcosmos de la creación, pues dotado de sentidos delicadísimos y de la facultad racional, organizado para el lenguaje, el arte, la ciencia, la libertad, la religión y la inmortalidad, es como un mundo nuevo sujeto á leyes de superior naturaleza, aún cuando análogas á las del mundo físico, y se remonta por ellas impulsado á regiones por completo desconocidas de los otros seres.

En el libro V estudia el desarrollo progresivo de la creación; cómo la materia pasa de la piedra al cristal, del cristal al metal, del metal á la planta, de la planta á los animales y de éstos al hombre, existiendo en realidad en la esencia de estas transformaciones un tipo único más determinado á medida que la perfección orgánica aumenta; cómo á cada fuerza corresponde un órgano de acción y cómo fuerzas y órganos, inseparables las unas de los otros, adquieren cada vez mayor desarrollo; cómo el organismo humano es un sistema de poderes espirituales, siendo la existencia terrestre preparación en un mundo imperfecto en que la virtud sucumbe y triunfa el vicio, como lo demuestra la Historia, para otro mundo sin lágrimas ni amarguras.

En el libro VI ya se ocupa en el estudio del hombre en particular; examina su diversa condición según los lugares; defiende la unidad de la especie humana; demuestra la acción del clima sobre los individuos, capaz de ser apreciada sólo después de largos períodos y por señales pocas intensas, no obrando jamás violentamente, pero dando á los pueblos esta

---

(1) Herder, obra citada.

particular manera de ser que se nota en el conjunto de sus hábitos y costumbres, en la totalidad de su vida.

En el libro VIII examina la influencia del clima sobre la sensibilidad, la imaginación, los sentimientos, las inclinaciones y la razón. En el IX la importancia de las grandes instituciones, el arte, la ciencia, el gobierno y la religión. En el X entra ya en el estudio de las grandes cuestiones históricas relativas al lugar cuna de la especie humana, y analiza la tradición mosaica, primer monumento escrito, y las demás tradiciones asiáticas por diversos medios conservadas al estudio de la posteridad.

En el libro XI comienza la parte verdaderamente histórica de la obra. De los pueblos asiáticos, á cuyo exámen consagra dos capítulos, pasa á Europa y entona himnos magníficos en loor de la cultura helénica, en alabanza de aquella lengua sin rival, de aquella mitología rica y bella cual ninguna, de aquella poesía eterno modelo de brillantez y buen gusto, dones magníficos del genio de la naturaleza á un pueblo inculto y grosero en sus comienzos.

De Grecia pasa á Roma. Su admiración hácia la cultura helénica se trueca en odio profundo hácia el pueblo-rey; odio que transpira desde las primeras palabras que le dedica. « Nos aproximamos, dice, á las riberas de donde el genio de la destrucción ha partido tan frecuentemente para llevar la ruina y la desolación á todos los lugares de la tierra. » « Se injuria á la Providencia, añade más adelante, cuando se supone que para acabar su obra, para fundar el estado de justicia y de verdad, el cristianismo, necesitó valerse de las manos tiránicas y ensangrentadas de los romanos. »

Abandona la historia de Roma para entregarse de nuevo á disquisiciones abstractas sobre el destino del hombre y sobre las fuerzas destructoras que le combaten; estudia luego el desarrollo de los pueblos bárbaros, el origen del cristianismo, sus progresos en Oriente y Grecia; en el libro XVIII los reinos fundados sobre las ruinas del imperio romano; en el XIX la jerarquía católica y sus relaciones con los poderes temporales en la Edad Media, y por último, en el XX analiza el estado de Europa durante las Cruzadas, no creyendo que estas

empresas insensatas hubiesen podido por sí solas producir las grandes maravillas en este tiempo realizadas. Examina, además, la influencia de las relaciones comerciales, del espíritu caballeresco, de las cruzadas y de los árabes, y termina su obra preguntándose cómo Europa ha alcanzado el rango que ocupa en la civilización del mundo. «Si Europa, dice, tan rica como la India, hubiera estado dividida como la Tartaria, aislada como la América ó bañada por un sol abrasador como África, ninguna de estas grandiosas obras de la inteligencia hubiese existido. En medio de la más profunda barbarie, su situación la llevaba siempre hácia la luz, y sus rios y sus mares le daban incontrastables ventajas. Haced desaparecer el Danubio, el Elba y el Rhin, el mar del Norte, el Báltico, el Atlántico, el Mediterráneo, el Adriático y el mar Negro, con sus riberas, sus islas y sus afluentes, y la gran actividad comercial que dió á Europa nueva vida hubiese cesado por completo» (1).

La obra de Herder será siempre grandioso monumento levantado por potente inteligencia; en ella todo seduce, la novedad del fondo, el colorido de la forma, los vastos conocimientos en literatura, en artes, en moral, en filosofía, en derecho, en química, en astronomía; pero aún no ha sonado la hora de la gran reconstrucción histórica, y Herder incurre en dos errores capitales provinientes de una sola causa: la excesiva importancia concedida al elemento material. En muchas páginas de la *Filosofía de la Historia* se echa de ver la inclinación constante de Herder hácia un fatalismo natural; pues las fuerzas exteriores obran sobre el hombre por tan principal manera, que ideas é instituciones dependen de las propiedades del suelo, de la intensidad de los rayos solares, de las condiciones atmosféricas, sin que jamás intente demostrar como estos agentes son modificados por completo, hasta el punto de convertirse la inhospitalaria Galia descrita por Julio César, en la bella y rica Francia de nuestros días; hasta el punto de levantarse ciudades magníficas, cual jamás las conociera la antigüedad, allí donde ántes se extendían espesos

---

(1) Herder, obra citada, tomo III, pág. 396.

bosques ó pantanos cenagosos, como en los Estados-Unidos de América acontece, merced al influjo de una fuerza superior con mucho á las fuerzas naturales, merced al influjo del espíritu humano.

El campo de la Historia se ensancha lenta, paulatina, insensiblemente. Vico proclama el providencialismo; Herder demuestra la importancia de la naturaleza; ahora Jorge Hegel va á enseñarnos cómo hay un ideal esencia de la realidad. Si bien la naturaleza desempeña en la Historia principal papel, el elemento sustancial de ésta, en sentir de Hegel, es el espíritu y su desarrollo en el tiempo. La marcha del sol simboliza la marcha del espíritu; el Asia es su oriente, la Europa su ocaso; el mundo oriental, el greco-romano y el germano sus tres fases cardinales. En el mundo oriental brotan los gérmenes de las grandes instituciones; el espíritu duerme, y el hombre ignorante de sus derechos se entrega al despotismo civil y religioso; en el mundo greco-romano, el espíritu conoce parte de sus derechos; en el mundo moderno ya se siente dueño de sí mismo. Pasa luégo el gran filósofo á examinar la distinta representacion histórica de cada pueblo. En China ve el predominio de la unidad, que concentra la vida individual en manos del emperador, verdadero padre de su pueblo. En la India la division en castas demuestra que el espíritu ardiente y fantástico no ha llegado aún á la concepcion de la vida individual. Persia, la primera nacion verdaderamente histórica, establece la distincion entre la naturaleza y el espíritu, subordinando aquélla á éste. El Egipto une confundiéndolos estos dos elementos; el espíritu es materia y la materia espíritu; el símbolo nos ofrece esta contradiccion y el problema que la contradiccion implica lo encontramos planteado en los hieroglíficos, en las costumbres, en la religion, en las manifestaciones todas de su vida. El Egipto es por naturaleza un enigma; forma ambigua, medio bestia, medio hombre, en la cual se nos muestra el espíritu elevándose por cima de la materia, de la cual, sin embargo, no puede apartarse. La última palabra de Egipto es la inscripcion de la diosa: *Yo soy lo que existe, lo que ha existido y lo que existirá, y nadie hasta ahora ha levantado el velo que me cubre, y mi fruto es Helios.*

El velo fué levantado por el griego Apolo. *Hombre, concóctete á ti mismo; Helios, lo que es luz por sí mismo*: hé ahí la solución del enigma egipcio. Cuando Edipo, al decir de la leyenda, resolvió el problema de la esfinge con la palabra *hombre*, el monstruo se precipitó desde lo alto de la roca. Entónces termina la infancia de la Historia con sus vaguedades, su falta de reflexion y su credulidad sin límites, y el espíritu aparece en toda la lozanía y frescura de la juventud.

Grecia, la juventud del mundo, cuya historia comienza con Aquíles, el jóven héroe de la poesía, y acaba con Alejandro, el jóven héroe de la realidad, es reemplazada por Roma, la virilidad madura y austera. En Grecia todo es espontaneidad, en Roma todo reflexion, siendo su principal carácter la oposicion del elemento individual al social, que convierte su historia interna en no interrumpida lucha de patricios y plebeyos, y su historia externa en incesante deseo, realizado al cabo, de dominacion universal. El individualismo triunfa; los lazos sociales se aflojan, y para evitar la disolucion del pueblo-rey, aparece el imperio fundado, no por el genio del César, sino por la necesidad histórica. Los crímenes del imperio despiertan en los hombres aversion á la naturaleza, horror á la realidad, y les obliga á replegarse en el fondo de la conciencia en busca de una nueva vida espiritual. Crear ésta fué la obra de Cristo; mas el gérmen de la nueva doctrina no podía desarrollarse en aquella tierra esterilizada por la sangre vertida por el imperio. El antiguo organismo era demasiado imperfecto para que en él encarnase la nueva idea, y desde las regiones septentrionales vienen sobre el Mediodía gentes desconocidas, entre cuyos robustos brazos perece el imperio, inaugurando este hecho un período de union grosera entre el elemento espiritual y el material, un período de tendencias al fraccionamiento, á romper las agrupaciones universales, sustituyéndolas con pequeños centros de gobierno, fundados en privilegios especiales; período que recorre en Europa hasta la constitucion del imperio de Occidente, y caracterizado en Asia por la aparicion del mahometismo. En el período siguiente el imperio franco se divide; aparece el feudalismo; la Iglesia, representante del elemento espiritual, se separa del Estado, en-

carnacion del poder temporal; la Europa marcha al sepulcro de Cristo en su busca, pero Cristo ha resucitado en la razon y en el tiempo; y apénas el entusiasmo producido por las Cruzadas se apaga en los corazones, los hombres se sienten arrastrados por superior impulso hácia las grandes empresas, así intelectuales como materiales, y la faz de la humanidad cambia por completo. La naturaleza viste de nuevo las ricas galas de que el ascetismo de la Edad Media la había despojado; los aires y las aguas, los cielos y la tierra puéblanse de alegres sonrientes dioses, y la inteligencia poderosa y creadora arranca á las ciencias verdades desconocidas, y á los mares el secreto de un nuevo mundo. La tercera edad comienza; el hombre reconoce que el elemento espiritual necesita para su desarrollo de instituciones seculares, y el elemento secular para su progreso de la influencia espiritual; y que los Estados y las leyes son sólo manifestaciones de la idea en sus relaciones con la realidad. Este principio fué desde luégo proclamado por la reforma protestante; por la revolucion francesa más tarde, y el hacerlo penetrar en las conciencias é informar los hechos es el destino de los pueblos europeos (1).

---

(1) Flint, Hegel.

J. ALVARADO.

*(Se continuará.)*





## ANALISIS Y ENSAYOS

---

# LOS LIBROS DE BIBLIÓFILOS EN ESPAÑA.

VIAJES POR ESPAÑA DE JORGE DE EINGHEN, DEL BARON LEON DE ROSMITHAL, DE BLATNA, DE T. GUICCIARDINI Y DE ANDRÉS NAVAJERO. *Traducidos, anotados y con una Introduccion por D. ANTONIO M. FABIÉ.*—Madrid, Fe, 1879. CLIII y 583 páginas.

**C**UANDO alguna de las muchas Sociedades de Bibliófilos que hay en España publica un libro, me ocurre, y ocurrirá á otros, una serie de consideraciones acerca de lo que son y de lo que deben ser esas sociedades; no siempre es ocasion oportuna para dar publicidad á esas consideraciones sin molestar grandemente al editor ó colector de muchos de esos libros; pero hoy que vamos á ocuparnos en uno cuya importancia es innegable, bien podremos indicar de paso algo de lo que deseáramos que ocurriera en este punto, vituperando mucho de lo que ocurre, sin que á todo esto tenga motivo el Sr. Fabié, editor del tomo que tenemos á la vista, para darse por aludido y por lo tanto por molestado.

Para explicar mi modo de pensar en este asunto es preciso ante todo señalar el vacío que resulta necesariamente en la publicacion de textos, al cesar la Coleccion de Autores Españoles de Rivadeneira, por la muerte de este celoso editor, hombre enérgico y perseverante si los hubo, como lo demostró al concebir y llevar á cabo en gran parte tan vasta idea; la muerte le sorprendió ántes de termi-

nar su obra, resultando con esto incompleta; pongamos por ejemplo nuestro Teatro, y veremos que nada más que en esta parte faltan en primer lugar los Orígenes, prometidos por el editor desde el primer tomo de la Biblioteca, sin que se le pueda achacar esta falta seguramente, pero ello es que existe; tampoco contiene la colección ningún tomo de entremeses, pasos, jácaras, sainetes y demás piececillas dramáticas poco importantes por sí mismas, pero que lo son mucho para el conocimiento de lo que fué nuestra escena. Por fin, como complemento no hubiera estado de más un tomo que contuviera algunos de los tratados que en pro ó en contra del Teatro se escribieron en el siglo xvii y en el siguiente: un extenso y meditado estudio histórico sobre nuestro Teatro desde sus orígenes hasta Moratin, trabajo que no existe, al ménos de manera que baste á satisfacer el deseo de los estudiosos, hubiera podido servir de Introduccion, como de portada, al magnífico monumento erigido á nuestro Teatro por Rivadeneyra.

Y cuenta que no es este el único grupo de la Colección que resulta incompleto, sino que los hay tanto ó más, y algunos que no están siquiera representados. Entre los primeros citemos á los Historiadores y á los Filósofos; entre los segundos á los Críticos y autores de Memorias históricas, algo como los historiadores de sucesos particulares, pero más íntimos que aquéllos; por ejemplo, un grupo que contuviera las memorias de D. Pedro Niño y de D. Alvaro de Luna, impresas por Sancha, y otras muchas análogas, que existen en su mayor parte inéditas; los Avisos de Pellicer, tan curiosos para la historia del siglo xvii ocuparían muy buen lugar en este grupo.

Parecía lo natural que las sociedades de bibliófilos se hubieran dedicado á llenar, en parte al ménos, este vacío; no sucede así, y no seguramente por falta de actividad, puesto que para no referirnos ahora más que á las sociedades que tienen su asiento en Madrid, han publicado sobre unos *cincuenta tomos*. El escaso interés que ofrece la mayoría de las obras contenidas en sus volúmenes, debe atribuirse, aunque nos duela decirlo, á poco acierto en su elección; este poco acierto, á su vez, debe achacarse á dos causas: para los textos inéditos, muy principalmente al excesivo entusiasmo que suele apoderarse del curioso que tiene la fortuna de topar un manuscrito de una obra desconocida para los demás, que hace que la considere desde luego, y sea cualquiera su verdadero valor, como muy importante y de verdadera necesidad su publicación, siendo así que sobre todo las obras del siglo xvi acá, si han pasado desapercibidas y no se han impreso, la mayor parte de las veces es porque no merecían ver la luz; no sucede lo mismo en épocas más remotas, cuando la imprenta era aún desconocida ó cuando, ya descubierta, no era aún cosa vulgar, como lo llegó á ser más tarde; no sería, pues, extraño que existieran textos interesantísimos de aquellas épocas, aunque nuestras sociedades de bibliófilos parezcan

confesar tácitamente que no hay tales textos, puesto que no los publican.

La segunda causa del desacierto que preside en la eleccion de obras se refiere sobre todo á las reimpressiones de las que, por varias causas, se han hecho *raras* en el comercio; ésta consiste en que los que á su publicacion se dedican, suelen tener mucho más en cuenta sus propias aficiones que la utilidad y provecho de la generalidad; así vemos *salir nuevamente á luz* tratados referentes á tal ó cual ciencia ó arte trasnochadísimas, y libros de literatura amena, cuya principal *amenidad* consiste en la desvergüenza de su lenguaje y deshonestidad del asunto, sin que estos gravísimos defectos estén compensados por aquellas relevantes dotes que los hacen olvidar ó tolerar al ménos.

Así no es extraño que las tres cuartas partes de los libros de *bibliófilos* publicados hasta ahora en España no tengan más importancia de la que les dió su descubridor, y para algunos la que adquieren dado el corto número de ejemplares de que suele constar su tirada, por más que éste no sea tan corto que no resulte larguísimo para las obras que no merecen publicarse, y en cambio lo sea tanto que no permita la vulgarizacion de las que tienen un mérito real y son dignas de ser conocidas y estudiadas.

Pero es más: si sólo existiera una sociedad dedicada á dar á conocer obras de la índole de esas, aún se comprendería esto; pero ¿era tal la necesidad que de esas publicaciones se hacía sentir, que explique las nueve ó diez colecciones distintas que por mi cuenta existen hoy en España? De ningun modo; en esto, como en otras muchas cosas, hacemos patente la viciosa tendencia, que tanto nos cuesta, de atender á lo lujoso y puramente supérfluo con preferencia á aquello que nos es necesario. En España, y principalmente en la capital, se vive hoy de apariencias, como se vivía ya en el tiempo de Guicciardini y de Navajero; hoy es un motivo de admiracion para nosotros la Alhambra, no tan sólo por el arte maravilloso que nos recuerda, como por la tendencia que revela en los que levantaron tan soberbio edificio, á la vida sedentaria; si recorreis por fuera el célebre alcázar de Granada, de seguro no os ocurrirá que dentro de aquellos muros desnudos y frios vais á encontrar habitaciones que, si no existieran, no podrían ser soñadas por el poeta de imaginacion más ardiente. ¡Cuán al revés sucede hoy con nuestras casas, todo lujo de fachada y mezquindad interior! Y aquí me refiero á las moradas de los poderosos, que si descendemos algunos peldaños de la escala jerárquica, nos será muy difícil adivinar que tal apuesto y elegante jóven que se pavonea en una butaca del Teatro Real, irá despues á dormir á un cuarto frio y triste, sin más muebles que una cama que amenaza ruina, á pesar de la liviandad del colchon que está encima, la cómoda clásica cuyos cajones descarrilan siempre que se intenta abrirlos ó cerrarlos, y un par de sillas de Vitoria. No

hablemos de la manutencion, porque es conocida de todos la proverbial sobriedad española, que no se suele desmentir más que cuando por dicha tenemos ocasion de comer bien de balde ó por poco dinero.

Pues bien, eso mismo que pasa en las cosas materiales, sucede tambien en las de la inteligencia; aquí se lee muy poco, casi nada; esto en gran parte sucede porque falta el libro, por lo ménos con las condiciones de bondad y baratura que son de desear; no tenemos ediciones críticas y escogidas de las obras sobresalientes de nuestros clásicos, publicadas en condiciones tales que puedan llegar á las manos de todos sin que la baratura resulte perjudicial para el esmero y decoro de la edicion. Algo de esto se proponía sin duda hacer la Academia Española en una coleccion de Clásicos que á mi juicio reunía gran parte de las condiciones apetecibles, y no digo que todas, porque la publicacion de la *Araucana*, que ocupa dos de los nueve ó diez tomos que salieron á luz, parecía indicar esa tendencia *extra-clásica* que se suele apoderar de todos los que llegan á poseer un asiento en tan culta institucion; la verdad es que casi nadie lee la *Araucana*, y aunque se tache esto de herejía, yo tengo la debilidad de preferirle el *Lazarillo de Tormes* y tal vez no soy solo en esto; sea como quiera, la Coleccion de Clásicos de la Academia de la Lengua dejó de existir á poco de nacer, y hoy no hay ninguna que la sustituya; seguimos sin tener una buena edicion del *Lazarillo*, del *Buscon*, de *Lope de Rueda*, de *Torres Naharro*, de *Garcilaso*, y de tantos otros autores, que, aunque estén comprendidas entre los que contiene la Coleccion Rivadeneyra, no los ha de ir á buscar allí la mayor parte del público, la parte precisamente á la que se trataría de dar á conocer las obras más sobresalientes del ingenio. En cambio bien podrán leer todos, aunque no todos comprando los libros, elegantemente impresos en papel de hilo, numerados los ejemplares, etc., etc., *El Crotalon*, *Lazarillo Vizcardi*, *Enrique Fi de Oliva*, la *Tragedia llamada Josefina*, los *Sermones del loco Amaro*, *El Cortesano*, *La Lozana Andaluza*, la *Serafina* y demas *curiosidades ejusdem farinae* y que no sirven para maldita de Dios la cosa.

En vista de esto, no parecerá extraña la agradable sorpresa que causa la aparicion de un libro útil, verdaderamente curioso é instructivo; tan sólo la rareza del hecho explicará este fenómeno. Pues precisamente es el caso que ocurre con el libro que tenemos á la vista y cuyo título va á la cabeza de estas líneas. Pertenece el tomo á la *Coleccion de libros de Antaño* comenzada por el entendido y celoso editor D. Alfonso Duran, y que hoy continúa el Sr. Fé.

De las cinco narraciones que componen el volúmen ilustrado por el Sr. Fabié, la primera nos cuenta el viaje del caballero Jorge Eingham, que visitó la Península en busca de aventuras el año 1457, reinando ya en Castilla D. Enrique IV, cuyo retrato llamará

seguramente la atención por el aspecto de verdad que tiene, y que le hace desde luego parecer más auténtico que los otros retratos de monarcas, que como éste acompañan á la narración. Por lo demás, ésta ofrece poco interés, alcanzando no obstante cierto valor relativo coleccionada como está con las otras, con las cuales concuerda principalmente en el modo de juzgar el carácter de los habitantes de los reinos en que entónces se dividía nuestra Península.

La segunda relación es mucho más importante; la escribió una de las personas que acompañaron en su viaje al barón de Rosmihal, cuñado del rey de Bohemia, Jorge de Podiebrad, que vino á España algunos años después que Eingham; curiosísima por varios conceptos, á pesar del espíritu feudal y gótico que la dictó, la relación de Schaschek, que éste es el nombre del autor, lo es también por referirse á una de las épocas más turbulentas de nuestra historia; en efecto, dos años antes de la venida del noble bohemio, algunos magnates castellanos habían depuesto en Ávila á su rey Enrique IV, alzando en su lugar á su hermano D. Alfonso, resultando de aquel estado anormal de cosas los bandos y parcialidades consiguientes, unas á favor del rey *viejo* y otras al del *nuevo*, para servirme de las expresiones de Schaschek; y aunque éste suele ser muy inexacto al referir sucesos que no presencié, merece entera fe cuando refiere lo que les sucedía ó presenciaban; en este concepto merece leerse lo que cuenta el narrador que pasaron para poder entrar en la catedral de Santiago, sitiada á la sazón por las gentes del Conde de Trastámara; véase sobre este suceso la Introducción del libro, páginas LX y siguientes, en las que el señor Fabié lo ilustra cumplidamente, siendo inútil hacer aquí un débil bosquejo de lo que en toda su extensión merece leerse. También se puede creer al secretario de Rosmihal cuando describe la dificultad que encontraban los viajeros en ser admitidos á penetrar en las plazas fuertes, lo cual se explica en algún modo, como lo hace notar el Sr. Fabié, por la mucha gente que acompañaba al ilustre viajero (cuarenta personas); en tiempos tan revueltos, era de temer un golpe de mano, y los bohemios eran bastante numerosos para infundir recelo. En Segovia, donde á la llegada de Rosmihal estaba D. Enrique, no se les permitió entrar hasta después de ido el rey, y aún entónces tuvieron que visitar el alcázar divididos en pequeños grupos; tal era la desconfianza con que eran mirados: en las poblaciones que tenían por D. Alfonso no pudieron entrar ni aún en grupos; esto solo, pinta con vivos colores el sobresalto en que se vivía entónces, y el recelo con que se miraban unos á otros en aquella calamitosa época.

En punto á moralidad y buenas costumbres, no es tampoco muy consolador el cuadro que de las de entónces nos presenta Schaschek, principalmente al tratar de los vecinos de Olmedo, donde siguieron al rey, que pasaba frecuentes temporadas allí. Pero tiene

cierta gracia la anécdota que nos cuenta el autor á reglon seguido, de haber vituperado duramente á los de Olmedo por su inmoralidad; la *bonhommie* verdaderamente germánica que revela en su autor, nos induce á copiarlo. Dice así (p. 72): «Retozando Juan Zehzowitz con una muchacha, le palpó un pecho, y habiéndolo visto un castellano, lo maldecía en su lengua, aunque al pronto no le entendimos; D. Juan le dió una puñada y lo echó de casa, mas apénas habían pasado dos horas, volvió aquel hombre con cerca de otros cuatrocientos y rodeó la posada con deseo de matarnos, lo cual sabido por el rey, envió al punto unos nobles para que apaciguasen aquel bullicio.»

Fuera de lo que veían, ya hemos dicho que hay gran confusion en el relato de Schaschek, y aún más en de el otro bohemio compañero de aquél, y que sirve como de complemento al primero; en cambio, ambos autores se muestran puntuales y diligentísimos cuando refieren alguna de las muchas consejas que llegaban á sus oídos; entre éstas hay algunas curiosas, como la que comienza en la página 104 y refiere cierto viaje de exploracion por mar ordenado por un rey de Portugal que, como es natural, no se nombra, por más que, segun Schaschek, la relacion de ese viaje conste en los anales de la historia.

Pero lo que á mi juicio debe considerarse más en el viaje de Rosmithal, con tanto mayor motivo cuanto que en esto concuerda perfectamente lo mismo con Eingham que con Guicciardini y aún con el mismo Navajero, es lo desfavorablemente que juzga su autor á los judíos y mudejares, por entónces abundantísimos en Castilla y Aragon, hasta el punto de existir pueblos enteros habitados por ellos; casi tanta repulsion y desprecio despiertan en nuestros viajeros esos infelices que los catalanes, y es cuanto se puede decir. Inútil parece añadir que los cristianos de Castilla no sentían mayor atraccion hácia judíos y mudejares que los mismos extranjeros, y bien sabido es que uno de los motivos que animaron más á los adversarios de Enrique IV contra este monarca, fué la singular aficion que tenía á los usos y costumbres de esas razas. Sin querer ahora, ni por otra parte ser fácil tarea, averiguar si este desprecio estaba ó no justificado, es preciso convenir en que existía; por eso puede decirse que el Sr. Fabié, al vituperar á los Reyes Católicos por el célebre decreto de 1492 expulsando á los judíos, juzga este acto desde el punto de vista humanitario de las ideas modernas, y por tanto, con poca justicia. Con todo el genio político y administrativo que todos les reconocen, ¿podían D. Fernando y doña Isabel pensar como nosotros en las cuestiones religiosa y de unidad de raza? Creo que no; bien ó mal de su grado, no podían ménos en esto de pertenecer á su época, y aquella época clamaba continuamente contra los desdichados judíos, como clamaba y siguió clamando contra los moriscos hasta que, un siglo más tarde, se consiguió tambien su expulsion

con los tristísimos resultados que todos conocemos. Es, además, de tener en cuenta, y esta suposición mía es muy plausible dado el carácter de D. Fernando, ya que no el de doña Isabel, el estado deplorable en que se encontraron el Tesoro real al morir D. Enrique, y los enormes gastos ocasionados por las guerras que emprendieron; esto sin contar con lo mucho que les costaría la *mania de edificar*, de que estaban tan poseídos aquellos monarcas; son contadas las poblaciones de Castilla que no conserven uno ó varios ejemplos de la decadente y monótona arquitectura de aquel tiempo; la capilla de los Reyes de Granada, San Juan de los Reyes de Toledo, la fachada de la Catedral y sobre todo el Convento de Santo Tomas de Avila, y tantas otras construcciones análogas en Valladolid y otros puntos; esto costaba mucho. ¿Y qué obra más agradable y meritoria que la de satisfacer á la Iglesia, dar gusto á todo un pueblo, y de paso llenar las exhaustas arcas del Tesoro? No podía existir la duda, ó de existir tenía que desvanecerse bien pronto; pero se puede dudar que los Reyes Católicos estuvieran en esto á mayor altura que los preladados de su tiempo, y éstos, como el pueblo, pedían la expulsión y el exterminio; ¡qué mejor disculpa para los autores del célebre decreto! ¡Y cómo juzgarlos por esto equitativamente, mirando las cosas al través de un prisma de cuatro siglos!

Estas consideraciones me han apartado demasiado del principal objeto de este artículo; aunque sea con brevedad, continuaré dando una ligera idea de los viajes que nos ocupan, pasando desde luego al de Guicciardini.

El célebre político é historiador italiano estuvo en España en calidad de embajador florentino cerca de Fernando V en los años 1512 y 1513, en cuyo tiempo estudió con sagacidad nuestros hombres y nuestras cosas, escribiendo despues sobre unos y otras la relación que ha traducido el Sr. Fabié, y que es seguramente la más sintética y la más artística de todas. El juicio de Guicciardini sobre las fuentes de nuestra riqueza, mejor dicho, de nuestra pobreza; su retrato del Rey Católico y sus observaciones sobre nuestro carácter aventurero y vano, todo ha tenido completa confirmación despues; tal vez en lo referente á nuestro carácter, cuadro por lo demas lleno de vida, toque el autor algun tanto en la caricatura, si bien en esto no le podemos juzgar nosotros españoles con toda la imparcialidad apetecible, porque por desgracia, los modelos que sirvieron á Guicciardini para su retrato parece que se han hecho eternos, llegando sin alteración hasta nuestros días. Cuando dice nuestro autor: «La pobreza es grande, y en mi juicio no tanto proviene de la calidad del país cuanto de la índole natural de sus habitantes, opuesta al trabajo; prefieren enviar á otras naciones las primeras materias que su reino produce, para comprarlas despues bajo otras formas... (pág. 200,» y más adelante: «No son aficionados á las letras, y no se encuentra ni entre los nobles ni en las demas clases conocimiento

alguno, ó son muy escasos, y son pocas las personas que saben la lengua latina,» parece que su viaje se ha escrito hace algunos años; y cuenta que estas citas están tomadas al acaso; la relacion está llena de observaciones tan atinadas como éstas, pero en gracia de la brevedad no se copian aquí otras, pasando al último de los viajes que contiene el tomo, y que tal vez es el más conocido, de nombre al ménos, de cuantos aquí se imprimen.

Micer Andrés Navajero, noble veneciano y embajador de la Señoría cerca de Carlos V, estuvo en España cuatro años largos, durante los cuales siguió á la corte de Toledo á Sevilla, despues á Granada, más tarde á Valladolid y por fin á Búrgos, indicando en su viaje cuanto le llamaba la atencion en todas esas poblaciones y en otras por donde tuvo que pasar. Pero no se crea que hay en el Itinerario consideraciones y juicios sobre los monumentos de tan diversa índole y de épocas tan várias como pudo ver Navajero en nuestras principales ciudades; á excepcion de la Giralda de Sevilla y de la Alhambra de Granada, apénas hace mencion de edificio alguno, y esto como de pasada; lo que sobre todo atrajo su atencion y de lo que más habla, tanto en el Itinerario como en las cartas á Ramusio, es de la maravillosa fertilidad de Andalucía; de los bosques de naranjos que le hacen exclamar al hablar del que vió en el Alcázar de Sevilla, donde no penetraba el sol, *que era quizá el lugar más ameno de España*. Debe consignarse, no obstante, como apreciacion artística, la que hace Navajero del célebre enterramiento de los Reyes Católicos al hablar de la capilla en que está: «aquí labraron sus sepulcros de mármol, que son harto hermosos para España... (pág. 292).»

Bastará recordar que nuestro autor era veneciano y noble, y que pertenecía al gran siglo xvi, para dar por supuesta su vasta instruccion, y por ende lo atinado de sus observaciones en todas las cosas de que habla; desde la geografía antigua de nuestro suelo hasta sus problemas lingüísticos, como puede verse por lo que dice del vasconce, por ejemplo: de nuestro carácter, aunque con más dulzura, dice lo mismo que Guicciardini, sino que, al hablar de los moriscos, señala con lucidez lo que con su falta había de perder nuestra agricultura: el hombre del renacimiento italiano ve con pena acercarse la época en que la Inquisicion había de entrar en Granada... Por fin, los detalles íntimos que da Navajero sobre personajes de su tiempo, son muy curiosos, y algunos saladísimos, como este que transcribimos aquí para terminar: «...Doña Teresa Enriquez tiene un hijo, que es el adelantado de Granada; es muy vieja, y de sus rentas da muy á poco á su hijo, que es ya tambien viejo y desea tener dineros, gastándolo todo la madre en monasterios y cosas de devocion, por lo que suele decir aquél con ingenio á los que le preguntan cómo está: *que tiene un mal nuevo y que no suelen padecer los hombres, que es mal de madre*» (pag. 259-60).

Réstanos decir algo de la parte que al Sr. Fabié corresponde, la cual consiste en una traducción esmeradísima, castiza y pura como lenguaje, en una extensa y erudita Introducción y en notas que ilustran el texto; lástima es que el parcelamiento en que está ese trabajo de resultas de haber preferido el Sr. Fabié dedicar una parte exclusiva en la Introducción á cada autor, le haya hecho caer en repeticiones que hacen lánguida á veces la narración é inútiles muchas notas. En lo referente al célebre príncipe de Viana, son tantas las veces que se alude á él en la Introducción y notas para recordarnos que todos sabemos su lamentable historia, que seguramente hubiera ocupado ménos espacio referir la historia por extenso. Fuera de esto la Introducción es un trabajo serio y digno en todo del biógrafo de Alfonso de Palencia.

Un grave defecto he encontrado en todo el libro, pero sobre todo en la Introducción, sin que de esto tenga seguramente la culpa el Sr. Fabié: aludo aquí á la multitud de erratas que hay por todas partes, y que hacen de este libro uno de los peor impresos que he leído, á pesar de ser *libro de bibliófilo* y no muy barato. No hay que hablar de los nombres extraños, pero hasta los españoles tienen á lo mejor una ortografía fantástica que á veces divierte; BÍlbilis se convierte en Bibbilis ó en Bibilis; el célebre Pedro Mártir se nos aparece cuando ménos uno piensa convertido en un vulgarote Pedro Martín (pág. 393, nota), y así por el estilo. Lo demás del texto está tan descuidado como los nombres propios, y es lástima, porque el libro bajo otros conceptos es tan elegante como los demás de la colección á que pertenece.

Aquí haremos punto, dando la más cordial enhorabuena al señor Fabié por su acertada elección y por el esmero con que ha sabido ilustrar y traducir las cinco interesantes relaciones que ha publicado, y deseando que siga dando á luz otras de la misma índole que de épocas más recientes se conservan, no vertidas aún á nuestra lengua.

E. ROUGET.

Marzo, 1879.

---

Madrid 30 de Marzo de 1879.

Propietarios gerentes: **PEROJO HERMANOS.**

---

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO  
Mendizabal, 64.